



Guillermo Hudson

## **Días de ocio**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

I

¡Al fin la Patagonia!

Un ventarrón había soplado durante toda la noche, azotando al tambaleante vapor que me conducía a Río Negro. Yo esperaba por momentos que el viejo barco, hostigado por tantas tormentas, se diera vuelta de una vez por todas para sepultarme bajo ese tremendo tumulto de agua. Por los gemidos de su castigado maderamen y la máquina palpitante como un corazón cansado, la embarcación se me antojaba un ser viviente que, agotado por el esfuerzo de la lucha, encontraría la paz en las profundidades del mar.

Pero alrededor de las tres de la mañana el viento empezó a amainar, así que, quitándome el saco y los botines, me eché sobre la litera para dormir un rato. Debo decir que el nuestro era un barco singular, viejo y bastante desvencijado; largo y angosto como un navío vikingo. Los camarotes de los pasajeros se alineaban sobre cubierta formando filas de pequeñas casitas de madera; su fealdad era solo comparable a la inseguridad de viajar en él. Para colmo de males, el capitán, un hombre de más de ochenta años, yacía en su camarote gravemente enfermo y de hecho murió poco después de ese accidentado viaje. El único piloto de a bordo dormía, habiendo confiado a los marineros la delicada tarea de dirigir el vapor en esa peligrosa costa y a la hora más oscura de una noche tempestuosa.

Estaba a punto de caer en un sopor cuando una serie de golpes, extraños ruidos, chirridos y sacudidas bruscas de la embarcación me hicieron saltar de la cama y correr hacia la puerta del camarote. Aun era noche oscura y sin estrellas, con viento y lluvia, pero el mar a muchos metros en derredor se veía más blanco que la leche. Me detuve de pronto, pues muy cerca, a medio camino entre mi puerta y la baranda a la que estaba amarrado el único bote, conversaban en voz baja tres marineros. “Estamos perdidos”, decía uno. “¡Perdidos para siempre!”, respondía otro. En ese momento el piloto se levantó de su lecho y corrió hacia ellos. “¡Dios mío! ¡Qué han hecho con el barco!”, exclamó con dureza. Y luego, bajando la voz, añadió: “¡Bajen el bote enseguida!”

Yo me deslicé sigilosamente y me detuve a menos de dos metros de distancia del grupo, que a causa de la oscuridad no había notado mi presencia. Ni la más leve idea del cobarde acto que estaban a punto de realizar pasó por mi mente - pues su intención era escaparse, dejándonos abandonados a nuestra suerte-. Solo pensaba en salvarme -saltando al bote a último momento, cuando únicamente pudieran evitarlo golpeándome y dejándome sin sentido- o perecer con ellos en esa horrible superficie blanca. Pero otra persona más experimentada que yo -y cuya valentía tomó una forma diferente- escuchaba también. Era el primer ingeniero, un joven inglés de Newcastle-on-Tyne. Viendo

que los hombres se dirigían al bote, salió del cuarto de máquinas con un revólver en la mano, siguiéndolos sin que lo vieran y, cuando el piloto dio la orden, se adelantó y dijo con voz tranquila pero firme que haría fuego contra el primero que se aventurara a obedecerlo. Los hombres retrocedieron inmediatamente, desapareciendo en las tinieblas.

Unos momentos después los pasajeros empezaron a afluir a la cubierta, en medio de gran alarma. Detrás de todos, pálido y con los ojos hundidos, apareció como un fantasma el viejo capitán, que venía de su lecho de muerte. Se quedó de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin dar ninguna Orden y sin prestar atención a las preguntas agitadas que le dirigían los pasajeros, cuando por una feliz casualidad el vapor se zafó de las rocas, sumergiéndose por un momento en la hirviente y lechosa superficie; luego, de manera repentina penetramos en aguas oscuras, ya en relativa calma.

Durante diez o doce minutos navegamos rápida y suavemente. Entonces se corrió la voz de que el barco había dejado de moverse y que estábamos clavados en la arena de la costa, aunque nada veíamos por la intensa oscuridad y yo tenía la impresión de que seguíamos avanzando rápidamente. El viento había dejado de soplar, y a través de las nubes que delante de nosotros se entreabrían con celeridad apareció para nuestro alborozo el primer resplandor del alba. Gradualmente la oscuridad se volvía menos intensa, solo frente a nosotros quedaba una playa inmutable y negra, como una porción de las tinieblas que pocos minutos antes nos habían hecho confundir el cielo con el mar. Pero, al aumentar la luz, comprobamos que se trataba de una hilera de montículos o médanos de arena situados a muy pequeña distancia de la embarcación. Realmente, habíamos varado; y aunque aquí el barco estaba más seguro que entre las puntiagudas rocas, la posición no dejaba de ser peligrosa, de modo que inmediatamente resolví desembarcar. Otros tres pasajeros decidieron hacerme compañía, y como la marea estaba baja, calculando que el agua nos llegaría a la cintura, descendimos hasta el mar por medio de cuerdas, dirigiéndonos hacia la costa, a la que pronto llegamos.

No tardamos en subir a los médanos para observar el panorama que ellos escondían. ¡La Patagonia estaba allí, por fin! ¡Cuán a menudo la había visto en mi imaginación! ¡Cuántas veces había deseado ardientemente visitar ese desierto solitario, no hollado por el hombre, para descansar en la lejanía de su paz primitiva y desolada, apartado de la civilización! ¡Allí estaba, completamente abierto ante mis ojos, el desierto intacto que despierta tan extraños sentimientos en nosotros; la antigua morada de los gigantes, cuyas pisadas impresas en la playa asombraron a Magallanes y a su gente, y le valieron el nombre de Patagonia!

Allí también, mucho más lejos de la costa, se encontraba un lugar llamado Trapalanda y el lago custodiado por un espíritu en cuyas márgenes se levantaron los cimientos de la misteriosa ciudad que muchos buscaron pero ninguno encontró. No fue, sin embargo, la fascinación de las viejas leyendas ni el deseo del desierto lo que me atrajo. Hasta que no gusté su sabor, en esa y otras ocasiones posteriores no supe lo que significaba para mi su tranquilidad y su soledad, ni imaginé las cosas extrañas que me enseñaría y con qué fuerza

habría de quedar su recuerdo grabado en mi espíritu. Nada de eso me llevó allí, sino la pasión por la ornitología. Muchas aves errantes familiares para mí desde mi niñez en La Plata eran visitantes ocasionales o regulares que provenían de ese desierto de espinos. Algunas aves no estaban más que de paso y solo era posible verlas cuando se detenían para dar descanso a sus alas u oír las desde lejos lamentándose en su camino de nube a nube, impelidas por esa incomprensible y misteriosa facultad tan diferente de cualquier otro fenómeno, en sus manifestaciones, como para otorgarle algo de lo sobrenatural entre las cosas naturales.

Esperaba encontrar otra vez a estos pájaros errabundos en la Patagonia especialmente los que solo migran en forma parcial o limitada, oír sus cantos estivales, y ver sus polluelos en los nidos de verano; tenía la esperanza también de descubrir nuevas especies, pájaros tan hermosos como el torcecuello europeo o el triguero, y tan antiguos como ellos sobre la tierra, pero nunca vistos por ningún ser humano ni clasificados con nombre alguno. No sé qué experimentan los otros ornitólogos en sus momentos de máximo entusiasmo; de mí puedo decir que a menudo soñaba con un pájaro nuevo, al que veía vívidamente. Aunque casi siempre el ave aparecía con una modesta coloración grisácea, parda o algún tinte sobrio, esos sueños me parecían hermosos y lamentaba despertarme.

Desde la cima de la arenosa loma, vimos una llanura ondulante, limitada tan solo por el horizonte, completamente cubierta por hierba corta, agostada por los soles del verano y manchada de vez en cuando por la sombra de los tristes arbustos. Era un desierto que había sido siempre un desierto y por tal razón la más dulce de las escenas, su antigua quietud interrumpida solamente por el reclamo de algún ave o los gorjeos de pájaros pequeños. Mientras tanto el aire de la mañana que aspiraba tornábase delicioso, y sentía que me llegaba como un débil perfume familiar.

Bajando la mirada percibí que a mis pies crecía en la arena una planta de buenasnoches con no menos de veinte capullos abiertos en sus ramas bajas, ampliamente extendidas, y era ésta, mi flor favorita, tanto en los jardines como en los desiertos incultos, la que exhalaba su perfume en esa soledad. Su fragancia sutil, antes y ahora, ha representado mucho para mí; me ha seguido del Nuevo al Viejo Mundo, sirviéndome a veces como una especie de segunda memoria más fiel y planteando a mi espíritu un bello problema, al que dedicaré un capítulo al final de este libro.

Terminada nuestra inspección, iniciamos la marcha hacia Río Negro. Antes de abandonar el barco habíamos conversado unos minutos con el capitán, quien, mirándonos como si no nos viera, dijo que la nave había varado algo al norte de esa población, más o menos a cincuenta kilómetros, según sus cálculos, y que, indudablemente, encontraríamos chozas de pastores en nuestro camino. No necesitábamos, pues, cargar alimentos y agua. Al principio nos mantuvimos muy cerca de los médanos que bordeaban la playa, abriéndonos paso entre una abundante vegetación de regaliz silvestre, una hermosa planta de cuarenta y cinco centímetros, de follaje verde oscuro, coronada por espigas de flores azul pálido. Algunas de las raíces que arrancamos del blando suelo arenoso

eran extraordinariamente largas, llegando a veces a más de dos metros y medio. Con las drogas extraídas de las plantas que vimos esa mañana, los boticarios de todo el mundo podrían haberse aprovisionado para varios años.

Para mí no hay nada tan delicioso como ese sentimiento de alivio, de desahogo y

libertad absoluta que se experimenta en una vasta soledad donde el hombre tal vez nunca ha vivido, o por lo menos no ha dejado rastros de su existencia. Aquella mañana esa sensación me dominaba, produciéndome un regocijo inexplicable, por lo que no experimenté ninguna alegría al descubrir, un poco más adelante, las bajas paredes de media docena de chozas de barró. Mis compañeros de viaje se sentían, sin embargo, encantados con el hallazgo, y creyendo estar ya cerca de la población que imaginábamos allí, nos apresurarnos, pero las chozas se hallaban deshabitadas, con las puertas rotas y los pozos tapados e invadidos por las plantas de regaliz silvestre. Supimos luego que algunos hombres aventureros habían venido con sus familias para constituir su hogar en ese sitio remoto, pero los Indios los atacaron aproximadamente un año antes de nuestra visita, destruyendo la incipiente colonia.

Apenas nos alejamos de las ruinosas cabañas, mis compañeros expresaron su desencanto; yo, en cambio, me sentía secretamente feliz al poder gozar un poco más de la naturaleza salvaje.

Después de recorrer alguna distancia, encontramos un angosto camino que desde la aldea en ruinas se dirigía hacia el sur, y creyendo que llevaba directamente a El Carmen, la vieja población a orillas del río que está a unos tres kilómetros del mar, resolvimos seguirlo, aunque luego nos dimos cuenta de que tal camino nos alejaba del océano. Antes del mediodía perdimos de vista los bajos montes de arena, y a medida que penetrábamos en el interior eran cada vez más abundantes los arbustos. El follaje tupido, rígido y de coloración oscura confería a estos árboles una apariencia extraña sobre la pálida llanura reseca por el sol; semejaban peñascos de tan innumerables como fantásticas formas, esparcidos sobre el suelo gris amarillento. No se velan aves grandes, pero abundaban los pájaros pequeños que alegraban el desierto con su música y sus coros. Los más notables entre los verdaderos cantores eran las calandrias patagónicas y cuatro o cinco pinzones, dos de ellos nuevos para mí. Allí vi por primera vez un pájaro singular y hermoso: el chingolo grande, de pecho colorado; un pinzón también, aunque solo en apariencia. Es un pájaro sedentario que, al posarse majestuosamente sobre la rama más alta, muestra su rojo plumaje inferior. Emite, a veces, a manera de canto, notas que se asemejan al suave balido del cabrito, y cuando es perturbado salta de un arbusto al otro, produciendo con sus alas una especie de zumbido. Más numerosos e interesantes eran los siempre presentes dendrocoláptidos llamados por lo común trepadores, pues su vuelo es muy corto, el plumaje tiene un color marrón uniforme y sobrio, son rutinarios en sus costumbres y no cesan de parlotear con voces ya agudas y penetrantes, ya resonantes y claras. Ejemplares de una especie terrestre, de plumas de color marrón-arena, la

*Upurcerthia dumetoria*, corrían por el campo delante de nosotros, semejantes a guesos ibis en miniatura, con patas muy cortas y pico exageradamente grande.

Cada arbusto tenía su reducida colonia de pequeños pájaros del género *Synallaxis*, que se alimentan de granos, moviéndose constantemente entre las hojas y suspendiéndose a veces de las ramas cabeza abajo, a imitación de los paros. Un pájaro mucho más grande, el cachalote (*Homorus gutturalis*), dejaba oír a intervalos regulares gritos estridentes que parecían carcajadas histéricas. Todos estos dendrocoláptidos ofrecen una característica particular: tienen un gran amor por la construcción, y sus nidos son mucho más grandes de los que, por lo general, hacen las aves de ese tamaño. Donde ellos abundan, los árboles y arbustos están cargados a veces con sus desproporcionadas construcciones. Hay que pensar que estos activos y pequeños arquitectos pierden el tiempo en una vana e infructuosa labor; no solamente porque construyen su nido tan grande como el del gavilán para albergar apenas media docena de huevos del tamaño de un guisante, que podrían ser cómodamente incubados en una caja de píldoras, sino porque frecuentemente, cuando el nido está terminado, el constructor empieza a demoler su obra con el fin de obtener material para un segundo nido. Una especie muy común, *Anubius acuaticaudatus*, denominada en idioma vernáculo de diversas formas, espinero, leñatero o tiru-ri-ru, hace a veces tres nidos en el curso del año, utilizando una cantidad enorme de ramitas. El nido del leñatero es, sin embargo, de una estructura insignificante comparada con el del estrepitoso cachalote que mencioné hace un momento. Este pájaro, que es casi tan grande como el mirlo del muérdago, escoge un arbusto bajo y espinoso, con ramas abiertas y gruesas, y en el centro de la planta construye su vivienda, perfectamente esférica, de un metro y medio de profundidad. La entrada está a un lado y más bien alta, y cerca de ella hay una angosta galería abovedada que descansa sobre una rama horizontal. Ese enorme nido es de una consistencia tal que me fue difícil romperlo; aun parándome sobre él y golpeándolo con mi bota no pude hacerle el menor daño. Durante mi estada en la Patagonia encontré alrededor de una docena de esos magníficos nidos, y creo que, como nuestras propias casas, o más bien nuestros edificios públicos, algunos hormigueros y las cuevas de las vizcachas y los castores, están hechos de manera de perdurar para siempre. El único mamífero que vimos fue un pequeño armadillo, *Dosypus minutus*. Era muy común, y por la mañana temprano, cuando todavía estábamos llenos de energía, nos entretuvimos persiguiéndolos. Capturamos varios, y uno de mis compañeros, un italiano, mató a dos que colgó de su hombro, con la idea de que podríamos asarlos y comerlos si el apetito nos sorprendía antes de llegar a destino. No nos molestó mucho el hambre, pero cerca del mediodía la sed comenzó a hacernos sufrir.

Poco después vimos una llanura baja, cubierta de pastos largos y toscos, de monótona coloración verde amarillenta. Esperábamos encontrar agua allí, y no tardamos en descubrir el brillo de una laguna; pero, al acercarnos, advertimos que la blancura o apariencia de agua no era más que la eflorescencia de la sal en un punto estéril del terreno. En esta baja planicie el calor se tornaba sofocante; no había árbol alguno que nos protegiera del sol; todo era un monótono desierto de pasto seco del que se levantaban, a medida que avanzábamos, multitud de mosquitos que nos recibían con un coro de

zumbidos. La hermosura de la mañana, que tanto nos encantara al principio, se habla esfumado y nos resultaba casi odioso mirar ese paraje. Estábamos bastante fatigados, pero el calor, la sed y sobre todo el zumbido de los voraces mosquitos no nos permitían detenernos para descansar.

En medio de tanta desolación descubrí algo de interés: un singular pajarito de finas formas y suave color pardo amarillento. Posado en un tallo, emitía a intervalos regulares un silbido claro, prolongado y lastimero, que podía oírse desde medio kilómetro; esa nota no modulada era su único canto. Cuando intentábamos acercarnos, descendía, ocultándose en el pasto con una timidez poco común en el desierto, donde los pájaros no han sido nunca perseguidos por el hombre. Pudo muy bien ser una ratona, un trepador, un coligudo o tal vez una cachirla; no podría decirlo, tan celosamente me escondía sus hermosos secretos. La vista de un grupo de médanos a cuatro o cinco kilómetros a nuestra derecha nos indujo a desviarnos del estrecho sendero que seguíamos hacia más de seis horas; desde su cima esperábamos descubrir la meta de nuestro viaje. Al acercarnos, percibimos que formaban parte de una larguísima cadena de médanos que se extendía al norte y al sur, hasta donde alcanzaba la vista. Creyendo encontrarnos nuevamente cerca del mar, convinimos en que el mejor plan sería, después de tomar un baño, para refrescarnos, seguir la costa hasta la desembocadura del río Negro, donde, según sabíamos, estaba la casa del práctico. Una hora de caminata nos llevó hasta los médanos. Trepamos a la cúspide, y ¡cuál no sería nuestro pavor al contemplar, no el inmenso Atlántico azul que tan confiadamente esperábamos ver, sino un océano de estériles montículos de arena extendiéndose ante nosotros hasta donde la tierra y el cielo se confundían en una bruma azul! Yo, sin embargo, no tenía derecho a quejarme ahora, ya que había salido esa mañana con el único deseo de beber en la salvaje copa que es dulce y amarga a la vez. Pero fui yo, ciertamente, quien más sufrió ese día, pues habla insistido en llevar mi enorme poncho, que me resultaba una gran carga. Además, mis pies estaban tan hinchados y doloridos a causa de las pesadas botas de montar que calzaba, que tuve que quitármelas, viéndome obligado a caminar descalzo sobre las piedras y la arena caliente.

Alejándonos de allí, empezamos, cansadísimos, a buscar el camino anterior, dirigiendo nuestro rumbo de manera de encontrarlo seis o siete kilómetros más adelante de donde lo habíamos dejado. Huyendo del largo pasto, hallamos de nuevo llanuras ondulantes y arenosas con arbustos de hojas oscuras y por doquier bandadas de pájaros que cantaban y gorjeaban. Se veían también armadillos, que corrían por nuestro sendero ya sin peligro, pues no pensábamos en perseguirlos. Al atardecer encontramos de nuevo el camino, y, a pesar de que habíamos andado doce horas con aquel calor, sin comer ni beber, continuamos la marcha. Solamente cuando oscureció resolvimos detenernos, pues empezó a soplar un repentino viento frío del lado del mar que nos hizo sentir ateridos y doloridos. Como la leña abundaba, hicimos un gran fuego, y el italiano asó los dos armadillos que pacientemente habla llevado consigo todo el día. Era delicioso el olor que despedían; pero, como supuse que la carne gorda y apetitosa aumentaría mi torturante sed, mientras los demás comían con fruición, yo me solacé con la pipa, sentado en pensativo silencio junto a la pequeña fogata. Terminada la comida, nos acostamos en el

suelo, cerca del fuego, sin otro abrigo que mi poncho, y a despecho de lo dura que era la cama y del viento frío logramos sumirnos en un sueño reparador.

A las tres de la mañana estábamos nuevamente levantados y en camino, soñolientos y con los pies doloridos, pero sintiendo por fortuna, menos sed que el día anterior. A la media hora de marcha advertimos con alegría que se acercaba el amanecer, no por el cielo, en el que centelleaban todavía las estrellas, sino por el canto maravillosamente dulce y claro de un pájaro pequeño que se encontraba a corta distancia de nosotros. El canto se repetía a cortos intervalos; luego fue seguido de otras voces, y pronto salieron de cada arbusto tan suaves y deliciosos acordes que me alegré de todo lo soportado en mi caminata, puesto que ahora podía oír esa exquisita melodía del desierto. Este cantor del alba es un hermoso pinzón gris y blanco, el Diuca minor, muy común en la Patagonia y que posee la más hermosa voz de todos los fringílicos que allí se encuentran. Los diucas eran profetas seguros; al poco tiempo los primeros rayos de luz aparecieron en el este, pero cuando la claridad aumentó buscamos en vano el ansiado río. El sol se elevó sobre la misma gran planicie ondulante con sus arbustos oscuros desparramados y su alfombra de hierbas marchitas, esa harapienta alfombra debajo de la cual aparecía el estéril suelo de arena y guijarros del cual saca su escasísimo sustento.

Durante más de seis horas continuamos tenazmente nuestra marcha por la llanura desierta, sufriendo intensamente a causa de la fatiga y la sed, pero sin atrevernos a descansar. Por fin, el paisaje comenzó a modificarse: nos aproximábamos a la población ribereña. El pasto se volvió cada vez más escaso y era evidente que los miserables arbustos habían sido ramoneados; nuestro estrecho sendero estaba también cruzado en todas direcciones por huellas de animales de modo que se hacía más tenue a medida que avanzábamos, hasta que desapareció del todo. Vimos luego una tropa de ganado que en largas filas caminaba lentamente en dirección al campo abierto. Un hermoso arbolito llamado chañar (*Gurliaca decorticans*), que crece 'solo o en pequeños grupos, empezó a aparecer con frecuencia. Su altura es de cuatro metros aproximadamente, es muy gracioso, con el tronco verde, suave y pulido y de follaje gris verdoso. El fruto es dorado, del tamaño de la cereza y de un sabor peculiar y agradable, aunque no siendo aún la estación en que maduraba, sus ramas no soportaban sino la carga de los grandes nidos de los industriosos leñateros. Pese a que corría entonces el mes de diciembre y había pasado ya la época de la puesta, yo, en mi ardiente deseo de una gota de algo húmedo, empecé a tirar y destrozar nidos, tarea por cierto nada fácil, a causa de su tamaño y consistencia. Al fin me vi recompensado por tres huevitos blancos y, complacido por la pequeña merced, los rompí rápidamente sobre mi lengua reseca. Media hora más tarde, alrededor de las once, caminábamos lentamente cuando apareció un hombre a caballo que conducía una tropilla de animales. Respondiendo a nuestro llamado se acercó, y por él supimos que nos encontrábamos como a un kilómetro y medio del río. Informado de nuestras desventuras, apartó cuatro caballos para nosotros. Montamos en pelo y lo seguimos al galope largo a través de la última y feliz etapa de nuestro prolongado viaje. Bruscamente llegamos al fin, pues al salir de la espesura de los espinos enanos, por donde habíamos avanzado en fila, se presentó de repente ante nuestros ojos el magnífico río Negro. Ninguno nos



pareció nunca tan hermoso; más ancho que el Támesis en Westminster, se perdía a lo lejos en el horizonte, con sus bajas riberas engalanadas por la hermosura de las arboledas, de los frutales, viñedos y maizales en plena maduración. A lo lejos, en medio de la corriente azul, se deslizaban grupos de cisnes de cuello negro, cuyo plumaje brillaba como espuma bajo el sol. Abajo y a muy poca distancia de nosotros estaba el rancho de nuestro guía: el humo salía mansamente de la chimenea de su cocina, formando espirales. La casa se levantaba en medio de un bosquecillo de viejos cerezos frondosos que aumentaban el encanto del paisaje, y al acercarnos a la tranquera pudimos ver las cerezas, ya bien maduras, que relucían como carbones encendidos entre el verde intenso de las hojas.

## II

### Cómo me convertí en un ocioso

Si las cosas me hubieran salido bien, si hubiera dedicado doce meses en Río Negro, según era mi intención, a observar pájaros y escuchar sus cantos melodiosos, nunca habría escrito estos capítulos, que podrían considerarse como el relato de lo que no llegué a realizar. Porque en ese caso habría dedicado todo el tiempo a mi tarea y no me hubiera resignado a abandonar sus encantos, ni aun para gozar un momento de libertad, ya que sucede a menudo que si nos ocupamos demasiado de un solo asunto todos los demás parecen lejanos, oscuros y poco interesantes. Pero mis planes no se cumplieron. Un accidente que describiré más tarde me incapacitó por algún tiempo y no pude estudiar a los pequeños seres alados, ni seguirlos sigilosamente hasta sus escondites, o contemplarlos a través del frondoso enrejado de las hojas. Yacía impotente en el lecho, pasando así esos bochornosos días de la mitad del verano entre cuatro paredes blancas que eran todo mi paisaje, todo mi horizonte, y con la única compañía de una veintena de moscas zumbonas constantemente ocupadas en su intrincada danza. Me vi obligado, pues, a pensar en una gran variedad de temas y ocupar mi mente con problemas que nada tenían que ver con la migración de las aves. Estos problemas, además, se parecían mucho a las moscas que, aunque compartían mi habitación, resultaban extrañas para mí como yo para ellas, puesto que habla un abismo entre sus mentes y la mía. Pequeños enigmas del universo, con su revoloteo de silfos iniciaron la vida como cosas abstractas, y desarrolladas luego como imago de la cresa, se convirtieron en seres vivientes. Yo las observaba siempre, mientras ejecutaban su danza confusa, ya girando en círculo, cayendo y elevándose, o posándose inmóviles, para luego, súbitamente, dirigirse hacia

mí, burlándose de mi incapacidad para atraparlas, y lanzarse de nuevo al espacio, como flechas.

Contrariado, abandonaba el juego, como un pájaro cansado que torna a su percha; pero yo también como el impaciente pájaro pronto volvería a ellas, quizá solo para verlas girar más velozmente aún, describiendo figuras nuevas y fantásticas, con movimientos más rápidos; sus siluetas eran semejantes a finas líneas negras que iban y venían en todas direcciones, como si se hubieran puesto de acuerdo para escribir una serie de originales caracteres en el aire, formando una extraña frase, ¡el secreto de los secretos! Afortunadamente para el progreso de la ciencia, solo unos pocos de esos insectos, que tanto fascinan y mortifican el cerebro, pueden aparecer al mismo tiempo a nuestra vista: por lo general, nos fijamos en un único espécimen, como lo hace el halcón ante una bandada de palomas o un numeroso ejército de pequeños mistos, o la libélula en medio de una espesa nube de mosquitos o moscas de los arenales. Tanto el halcón como la libélula morirían de hambre si pretendieran capturar, o simplemente mirar, a más de uno a la vez.

No capturé nada ni descubrí cosa alguna; y, sin embargo, aquellos días de forzosa ociosidad no dejaron de ser felices. Después de abandonar mi cuarto, rengueando y ayudado por un grueso bastón, visitaba las casas vecinas, en las que departía con hombres y mujeres, oyendo día a día el relato de sus triviales asuntos, que nada tenían que ver con las aves, hasta que empezaron a interesarme, aunque no demasiado. Siempre me alejaba de ellos sin pesadumbre, para tenderme sobre el verde césped y fijar la mirada en los árboles o el cielo azul, pensando en todas las cosas imaginables.

El resultado fue que aun cuando no tenía ya excusas para la nación, se había creado un hábito en mí, el de la indolencia, tan común entre la gente de la Patagonia, y aparentemente el resultado del clima; costumbre y especial estado de ánimo de los que reaccioné, durante mi estada allí, solo en momentos excepcionales.

La vigilia es a veces como un sueño que se desarrolla en forma lógica hasta que el estímulo de una nueva sensación, objetiva o subjetiva, lo confunde temporariamente, o lo interrumpe; pero luego continúa, con nuevas características, pasiones y motivos y un argumento distinto. Después de deleitarnos con las cerezas y descansar en la estancia, desde donde por primera vez pudimos ver la costa, nos dirigimos hacia la pequeña ciudad de El Carmen, población fundada un siglo atrás y edificada al lado de una colina o farallón frente al río. En la costa opuesta, donde no hay rocas ni barrancas, y el valle verde, bajo y nivelado se extiende unos ocho kilómetros hacia las grises y áridas mesetas, está situado otro pequeño pueblo, llamado La Merced. En estos dos lugares pasé alrededor de quince días, y luego, con un joven inglés que había estado uno o dos años en la colonia, organizamos una cabalgata y recorrimos unos ciento cincuenta kilómetros río arriba. Hacia la mitad del camino nos detuvimos en una pequeña cabaña de troncos rústicos, que mi compañero había construido el año anterior, abandonándola más tarde, al percibir que la tierra de aquel paraje no era apta para el cultivo; allí había dejado, encerrados bajo llave, sus útiles de trabajo y otros enseres. Esa tosca

cabaña servía a la vez de vivienda y depósito. El interior era solo lo suficientemente espacioso como para permitir a un hombre de mi altura (un metro y ochenta centímetros), parado en el centro de la cabaña, girar revoleando un gato sin destrozarle los sesos contra los ásperos troncos de sauce de las paredes. Y, sin embargo, en este reducido sitio vi una colección tal de armas, enseres y herramientas que hubieran resultado suficientes como para que una pequeña colonia de hombres luchara eficazmente contra el inculto desierto y fundara una ciudad para los hombres del futuro.

Mi amigo tenía ingenio y conocía infinidad de oficios. Se consideraba feliz cuando alguien le llevaba un arma de fuego, un reloj o alguna complicada pieza de hierro o bronce rota o descompuesta; entonces brillábanle los ojos, se restregaba las manos y solo ansiaba dedicarse cuanto antes a su nuevo trabajo, en el que ponía a prueba su habilidad. Pasó dos o tres días entre sus maderas y metales, asentando los filos de los cinceles, afilando los dientes de los serruchos, aceitando y puliendo las armas, cambiándolas de lugar, contándolas y repasándolas amorosamente como un animal que acaricia sus cachorros,.. todo ello antes de empaquetarlos para el transporte, tarea que también era muy lenta. Mientras mi amigo se entregaba al deleite de esos menesteres, yo caminaba sin rumbo por las cercanías, observando los pájaros que vivían en aquel lugar triste y solitario, donde solo se veían algunos raquíuticos sauces colorados. Las canas y los juncos que se alzaban sobre los negros charcos de aguas estancadas estaban amarillos y secos, y seco también el pasto, color estopa y agostado sobre el suelo, de una blancura cenicienta, agrietado por el sol ardiente y las largas sequías. Únicamente el río cercano corría siempre fresco, verde y hermoso. Finalmente, un caluroso atardecer sentados sobre nuestras mantas en el piso de tierra de la cabaña, comentábamos la jornada del día siguiente, los encantos que encontraríamos, al final del día, en la casa de un colono inglés que pensábamos visitar. Mientras charlábamos tomé su revólver, para examinarlo; empezó mi amigo a decirme que esta arma tenía características peculiares y la particularidad de que era tan celosa que al más leve contacto, y aun a la más pequeña vibración del aire, caía el gatillo. Aun no había terminado de explicármelo, cuando sonó un estampido ensordecedor y un proyectil de forma cónica se incrustó en mi rodilla izquierda. No fue un dolor muy intenso -mas bien experimenté la sensación de un golpe fuerte, pero al intentar ponerme en pie caí de espaldas. No podía mantenerme parado. Un chorro fino y continuo de sangre comenzó a brotar del orificio redondo y simétrico que parecía llegar hasta el fondo de la articulación, y nada de lo que hicimos pudo detenerla. ¡Hermosa situación la nuestra! A sesenta kilómetros del pueblo y sin ningún vehículo; recordábamos solamente haber visto una carreta en una casa a varios kilómetros río arriba, pero en la margen opuesta. Sin embargo, mi amigo, en su desesperación por auxiliarme, concibió la esperanza de cruzar la carreta al otro lado del río, y así fue cómo, después de colocar previsoramente un recipiente de agua a mi lado, me tendió sobre un mandil, y asegurando la puerta del lado de afuera para evitar la intrusión de vagabundos indeseables montó a caballo y se alejó al galope. Había prometido volver poco después del anochecer, ya fuera solo o con algo que sirviera para transportarme, pero en vano lo esperé toda la noche. Encontró un bote y un hombre que lo llevó hasta la otra orilla, donde comprobó que el plan era impracticable. Entonces decidió regresar con las malas noticias;

pero, como el bote había desaparecido, se vio obligado a atar su caballo a un arbusto y tenderse en el suelo, en espera de la mañana.

Para mí la noche llegó demasiado pronto. Cerrada como estaba la cabaña y sin ventanas, no teniendo con qué alumbrar, me hallé en la más completa oscuridad. La pierna herida se había inflamado y me dolía intensamente; la hemorragia continuaba al extremo de que estaban empapados los pañuelos con que la habíamos vendado. La noche se puso fría y, a pesar de estar completamente vestido, tuve que echarme encima mi grueso poncho para entrar en calor. Bien pronto renuncié a esperar a mi amigo, calculando que no habría nada que hacer hasta la mañana, mas no podía dormir ni pensar: solo escuchaba. A raíz de lo que experimenté durante esas negras horas de ansiedad puedo imaginar lo que representa el sentido del oído para los ciegos, así como para los animales que viven en cuevas oscuras.

Cerca de medianoche un ruido leve y extraño, que sonó a mi lado dentro de la cabaña, interrumpió el silencio. Me pareció como el resbalar de una soga que caía suavemente sobre el piso de tierra, pero cuando encendí un fósforo el rumor habla cesado y no vi nada. Después de un corto intervalo, lo oí una vez más, pareciéndome entonces que venía de afuera, de los alrededores de la choza, por lo que le presté poca atención. Pronto volvió a cesar, y no lo oí más. Tan oscuro y silencioso quedó todo que la cabaña parecía un vasto ataúd dentro del cual yaciera mi cuerpo, a tres metros bajo tierra. Sin embargo, no estaba solo: tenía un compañero de hecho que se había introducido sigilosamente para compartir el calor de mi manta y mi cuerpo. Un ser de cabeza ancha en forma de flecha, redondos ojos sin párpados, relucientes como gemas amarillas; un cuerpo sin miembros, largo y liso, extrañamente segmentado y cubierto por una vaga escritura de místicos caracteres oscuros sobre un fondo grisáceo. Por fin, más o menos entre las tres y media y las cuatro de la mañana, oí algo que me llenó de alegría: el gorjeo familiar de un par de tijeretas posadas en un sauce vecino, y más tarde, el armonioso y suave canto de la golondrina, cuyas notas se elevaban y descendían suavemente. Es éste un hermoso pájaro, de cola blanca, que ensayando en círculos su vuelo, inicia el canto cuando las estrellas comienzan a palidecer; esa melodía es quizá más dulce que todas las demás porque la oímos al alba, cuando se eleva la temperatura del cuerpo y fluye con más fuerza nuestra sangre poco antes de despertar cada mañana. Luego hicieron oír los verdones una rara e impetuosa ejecución que más se asemejaba a un grito que a un canto; estos hermosos pájaros son de color verde oliva, con el pecho ante; tienen vistosas y largas colas y el pico colorado. Entre los intervalos de esas espasmódicas explosiones de sonidos, se oyó la delicada y suave melodía del gorrión de cresta gris. El último de todos fue el grito prolongado de un chimango que pasaba por las proximidades, y supe que hacia el este la mañana era espléndida.

Poco a poco la luz empezó a colarse entre las grietas, débil al principio, reflejada en tenues rayos sobre el suelo negro; luego más viva, hasta que la cabaña se inundó de una relativa claridad.

Mi amigo no regresó hasta una hora después de la salida del sol, y me encontró todavía esperanzado y en pleno goce de mis facultades, pero incapaz de moverme sin ayuda. Tomándome en sus brazos, me levantó, y cuando acababa de incorporarme sobre la pierna sana, apoyado pesadamente en él, vimos deslizarse del poncho caído a mis pies una enorme serpiente venenosa, la *Craspedocephalus alternatus*, llamada por lo común "víbora de la cruz". Si mi compañero no hubiera tenido que sostenerme, la habría atacado con la primera arma que encontrara a mano, dándole muerte sin duda, con lo cual yo habría experimentado un eterno remordimiento. Por fortuna, desapareció con rapidez por un agujero de la pared, yéndose con ella el peligro. Mi hospitalidad había sido inconsciente, pues hasta ese momento ignoraba tal compañía, pero me regocijé al pensar que ese terrible reptil volvía ileso a su cueva, después de descansar toda la noche a mi lado, calentando su sangre fría contra mi cuerpo.

A propósito de esa serpiente de nombre extraño, recordé que Darwin la conoció durante sus excursiones patagónicas, más o menos sesenta años antes, y al describir su aspecto fiero y horrible, dice: "No creo haber visto nada más feo, exceptuando tal vez algunos murciélagos vampiros". Señala, asimismo, la gran amplitud de la base de las mandíbulas, la boca triangular, la pupila lineal en medio del iris moteado y cobrizo, y sostiene que ese aspecto repugnante y desagradable se debe a la semejanza que tiene su cara con el rostro humano. La idea de repulsión y desagrado ante un animal inferior semejante al hombre es, según creo, bastante común, porque un animal de esa clase nos parece una copia vil de nosotros mismos, o una maliciosa caricatura realizada para burlarnos. Quizá sea una idea errónea o una verdad a medias, pues observamos que algunos animales parecidos a la raza humana no nos causan tanta repulsión; por ejemplo las focas, las sirenas y los tritones de los antiguos marinos. Lo mismo ocurre con el perezoso, de cara simple y redonda, cuya mirada nos resulta en cierto modo cómica y patética. Muchos monos nos parecen feos, pero consideramos hermosos los lemúridos y admiramos a los titís, esos muñecos peludos con vivos ojos de pájaro. Sin embargo, es cierto que hay algo humano en el rostro de muchas serpientes y de algunos vampiros, como dice Darwin, y que a eso se debe el horror que despiertan en nosotros. Pero el famoso naturalista no percibió que es la expresión y no la forma lo que desagrada, pues esos seres fingen gestos tan extraños que despiertan en nuestra propia especie temor, aversión y hasta una piedad intensa y dolorosa; denotan a menudo ferocidad, cautela, malignidad; a veces nos arrojan miradas de angustia o desesperación, así como también asumen expresiones de demencia.

Se ha dicho acertadamente que no hay ~n nosotros fealdad, excepto cuando ésta es

la expresión de malos pensamientos y bajas pasiones, los que se imprimen en

forma indeleble en nuestra fisonomía. Al mirar una serpiente como mi compañera

de esa noche

y he observado muchas- surge en mí la fantasía de encontrarme ante un congénere, tal vez un infeliz marginado de la civilización, que, a causa de sus horribles crímenes, fue tornado en sierpe y condenado a la inmortalidad. Por regla general, nos complace descubrir parecidos ilusorios y plagios que la naturaleza hace de sí misma, cuando por casualidad los encontramos, y el placer es aumentado por el asombro o el sentido del misterio. Pero el caso de esta serpiente constituye una excepción, y, a pesar de la simpatía que siento hacia los ofidios, no me resulta agradable.

Volviendo a la narración: mi amigo hizo fuego para hervir el agua, y después de tomar el desayuno galopó nuevamente, aunque en otra dirección; acababa de recordar que de este lado del río vivía un colono que tenía una carreta, y hacia allí se encaminó. Alrededor de las diez de la mañana estaba de regreso, seguido poco después por el hombre con una carreta que tiraba una yunta de bueyes. En este vehículo fuimos al pueblo, teniendo que soportar, además del calor y el polvo, los barquinazos producidos por el camino despereado, todo lo cual me hizo sufrir mucho. Como los bueyes avanzaban lentamente, nuestro viaje duró todo el día y la noche siguiente, y llegamos a destino cuando empezaba a clarear en el horizonte, y las golondrinas se elevaban en amplios círculos por el aire, haciéndolo vibrar melodiosamente con sus gorjeos. Mi penosa travesía terminó en una casa de la Sociedad Misionera Sudamericana, situada en la villa que mira hacia la vieja ciudad, sobre la costa del río. Cuando abandoné la carreta tambaleante y me eché en una confortable cama, experimenté un alivio tan inmenso que pronto me quedé plácidamente dormido. Al despertar algo más tarde, me encontré en manos de un caballero que era tan hábil cirujano como buen sacerdote, y que había extraído más proyectiles y compuesto más huesos rotos que muchos doctores que no han tenido ocasión de practicar en los campos de batalla. Sin embargo, mi bala se resistía a salir y ni siquiera era posible hallar su escondite, de modo que durante quince días, todas las mañanas, me hacían pasar un terrible cuarto de hora. El médico se presentaba en mi habitación con una tranquila sonrisa y un gran paquete de sondas -¡aquellas sondas!- de todas formas, tamaños y materiales: madera, marfil, acero, goma. Pasados los momentos de dolor, con el único resultado de que recrudecía mi sufrimiento al reabrirse la herida, que tendía a curarse, no me quedaba más remedio como ya dije que quedarme inmóvil, observando las moscas y a veces soñando.

Para concluir este capítulo, de tan diferentes matices, debo recalcar que

algunos de los momentos más felices de mi vida se debieron a las mismas

circunstancias que podrían haberme hecho más desgraciado: graves accidentes y

enfermedades que me incapacitaron, convirtiéndome en una carga para los

extraños; y la adversidad, que aunque

Como un sapo negro y venenoso, empero

Lleva una piedra preciosa en la cabeza

Palabras familiares, pero aquí nuevamente interpretadas, porque esa joya que encontré -el amor del hombre por el hombre y la ley de servicial bondad escrita en un corazón- es digna de ser apreciada sobre todos nuestros bienes, pues es el más excelso, ya que eclipsa a las alhajas y las piedras preciosas, y su virtud es tan soberana que el cinismo enmudece y se avergüenza ante su luz.

III

El valle del río Negro

Cuando -en los primeros días de febrero- la hospitalaria casa de la misión todavía me albergaba, mi mayor placer consistía en observar las golondrinas purpúreas -*Progne furcata*-, especie que abunda en esa zona y anida en ~s rocas sobresalientes de la costa. Como tantas otras golondrinas de regiones diferentes, éstas viven también bajo los aleros de las casas. Es un pájaro grande y hermoso, cuyo plumaje brillante ostenta en la parte superior un bellissimo color púrpura, en tanto es negro por debajo. Golondrinas tan grandes como aquéllas, así como otros ejemplares de su género, no se conocen en el Viejo Mundo, y si un visitante europeo viera por primera vez una de esas aves la confundiría con un vencejo. No obstante, los vencejos tienen las alas en forma de guadaña y avanzan por el aire con rapidez alocada. Por el contrario, el vuelo de las golondrinas es mucho más lento y no dan tantas vueltas rápidas como otros tipos de esa especie. También difieren de la mayoría de los miembros de su familia en su canto afinado, que consta de varias notas bien moduladas, emitidas de un modo indolente y siempre en el momento en que se remontan por los aires. Como melodistas, merecen un lugar de preferencia entre los hirundínidos. Los árboles de la misión atraían mucho a estos pájaros; y los altos álamos de Lombardía eran sus favoritos, lo cual resulta extraño, porque con el fuerte viento (que en ese entonces soplaba con frecuencia) esos árboles de tronco delgado y cimbreante constituían un albergue poco apropiado. Sin embargo, las golondrinas acudían a los álamos cuando el viento era más violento; empezaban por revolotear y girar a su alrededor formando una inmensa bandada, y cuando se presentaba la ocasión descendían poco a poco, para posarse sobre las ramas finas y verticales, a semejanza de las langostas, amontonándose como ellas hasta que los árboles se ennegrecían con sus cuerpos. De repente, una ráfaga demasiado fuerte azotaba y balanceaba las altas copas, y las golondrinas, despedidas de su inseguro refugio, se elevaban en una nube purpúrea, sembrando de chirridos el borrascoso cielo, mas, en seguida volvían a reunirse, revoloteando y posándose de nuevo.

Echado sobre el pasto, junto a la orilla del río, yo las contemplaba durante horas, observando su inquietud e indecisión, y pensando en el extraño y salvaje espíritu que las hacía simpatizar con el viento y los irritados álamos, porque algo nuevo e insólito había venido a perturbarlas: el suave aliento que con poderoso lenguaje sentido, pero no oído, rige a las aves, del cielo.

Pero respecto del carácter de este aliento pregunté en vano a la naturaleza, pues ella es la única mujer capaz de guardar un secreto, basta de amante. La lluvia llegó por fin, cayendo en forma continua durante toda una noche. A la mañana siguiente (14 de febrero), cuando salí y miré el cielo cubierto por veloces nubes grises, vi una bandada compuesta por cuarenta o cincuenta golondrinas grandes que volaban hacia el norte, y después no vi más. Esa primera mañana húmeda, antes de que me levantara, la nube purpúrea había abandonado el valle.

Las extrañé mucho y deseaba que hubiesen demorado su partida, puesto que era más fácil y prometedor examinar su misterioso instinto teniéndolas cerca. Me interrogaba sobre esa interrupción en el curso de sus vidas, el cambio forzoso de hábitos, el conflicto entre dos emociones opuestas: los lazos del lugar, que las retenían, vistos y adivinados en sus actos, y la voz que las llamaba desde lejos en forma cada vez más imperativa, y que influía de tal modo en ellas que por momentos las hacía parecer fuera de sí. Observando todo esto, oyéndolas y mirándolas durante todo el día, me parecía estar más próximo a descubrir alguna verdad oculta que cuando se alejaban de mí. Ahora se habían ido, y con su partida desaparecía mi último pretexto para permanecer más tiempo inactivo en ese lugar.

Comencé de nuevo mi viaje río arriba, e hice una larga visita a los dueños de una estancia inglesa situada más o menos a cien kilómetros de la ciudad. Dedicué gran parte del tiempo que allí permanecí a solitarias excursiones, que me permitían paladear una vez más “la dulce y amarga copa de la naturaleza salvaje”. A medida que avanzaba el invierno, la naturaleza se volvía gris y melancólica, y nada había que inflamara la imaginación, pero mis paseos resultaron tonificantes.

A menudo iba a caballo hasta las lomas, tierras altas que tomaban la forma de terrazas y estaban lejos del valle, mas la descripción de estas soledades y de los efectos que causaban en mí los reservo para otro capítulo, cuando haya terminado de narrar los hechos que ahora me ocupan. En el presente y en el que sigue describiré la naturaleza del valle.



No permanecí largo tiempo en ningún lugar fijo, pero durante los meses de otoño, invierno y primavera estuve en diversos puntos, visité la desembocadura del río y las planicies adyacentes, y luego reanudé mi viaje río arriba, avanzando esta vez cerca de ciento ochenta kilómetros. En todo el camino la apariencia del valle no varía mucho, y éste podría ser descrito como el lecho aplanado de un viejo río, de doscientos a trescientos metros de ancho, cortado en la meseta por el río actual, que corre rápido y profundo, serpenteando por su mismo centro; es decir, no siempre se mantiene en él, pues en sus zigzags se dirige hacia el norte o hacia el sur, y en algunos puntos toca los límites del valle, cortando a veces el borde de la barranca, la que forma una escarpada orilla que llega en ciertos lugares a treinta metros de altura.

Este río fue llamado por los aborígenes Cusar-leofú o río Negro, nombre por cierto impropio a menos que se refiera solo a su rapidez y peligrosidad, pues no es negro como su tocayo amazónico. El agua que brota de los Andes, a través de una mole de piedra y grava, es maravillosamente pura y de un claro tono verde mar. Tan verde parece bajo ciertas luces, que cuando sacamos un poco en un vaso nos asombra el cambio, no siendo ya más del color de la esmeralda, sino cristalina como el rocío o el agua de lluvia. Es indudable que el hombre es científico por naturaleza y descubre que las cosas no son lo que parecen, llegando hasta el fondo de todo misterio; pero su otro yo, más viejo, más profundo, más primitivo y que aún persiste, no es científico sino mítico, y a pesar de la razón se sorprende del cambio; ve en él un milagro, una manifestación del poder y de la inteligencia que existe en todas las cosas. El río tiene también sus días turbios, aunque escasos y distanciados. Una mañana me extrañó ver que el agua no tenía el color hermoso de la tarde anterior; su tono era rojo, un rojo sombrío, a causa de la tierra colorada que algún afluente crecido había arrojado en su corriente, a miles de kilómetros hacia el oeste. Este cambio duró solo uno o dos días, después de lo cual el río corrió nuevamente verde y puro.

El valle, al final de un verano largo, caliente y ventoso, tenía un aspecto excesivamente seco y estéril. Según me dijeron, el campo había recibido escasas lluvias durante tres años, tanto que en algunos puntos hasta las raíces del pasto reseco estaban arrancadas, y cuando el viento era fuerte una nube de polvo amarillo caía durante todo el día. En esos lugares, las ovejas se morían de hambre, y si las vacas y los caballos sobrevivían era porque podían llegar hasta las mesetas donde ramoneaban los arbustos. El suelo del valle tiene poco espesor; está constituido principalmente por arena y grava, mezcladas con pequeña cantidad de tierra vegetal, y su primitiva vegetación estaba compuesta por toscos pastos permanentes, arbustos y juncos; pero el ganado introducido por los colonos blancos destruyó las plantas y los pastos de lento crecimiento. No sucedió allí lo que en la mayoría de las regiones templadas del globo colonizadas por los europeos, en las que el pasto fragante y rápido en crecer, así como los tréboles del Viejo Mundo, se extendieron por todo el suelo; porque estas tierras, en virtud de su pobreza, la sequedad del clima y la violencia de los vientos estivales, no eran adecuadas para la vegetación importada, que resultó un triste sustituto de la propia. Aquella no crece lo bastante como para retener la poca humedad existente, es de muy efímera vida y las frágiles raicillas no se agarran al suelo como las de los

antiguos pastos, que formaban un sólido manto fibroso. El calor la quema hasta reducirla a cenizas y el viento arrastra hojas y raíces, junto con la superficie de la tierra, dejando al descubierto en muchas partes la arena amarilla de capa inferior y todo lo que está enterrado en ella desde antiguo. Así se descubrieron los sitios en que estaban asentados innumerables pueblos pertenecientes a los anteriores habitantes del valle. Tan numerosos eran esos lugares que en el transcurso de una hora pude visitar hasta una docena. Donde había existido una villa populosa, o habitada durante largo tiempo, el terreno era un verdadero lecho de piedras labradas, entre las que fueron encontradas puntas de flecha, cuchillos de piedra, raspadores, morteros y sus mangos, grandes piedras redondas, con un orificio en el medio; otros pedazos rudamente pulidos, usados como yunque; conchas perforadas, fragmentos de alfarería y huesos de animales. El amigo que me hospedaba me dijo que ese año el valle no había producido otra cosa que una abundante cosecha de puntas de flecha. Los antropólogos no podían haber deseado un año más favorable ni una mejor cosecha. Yo recogí un gran número de estos objetos; y unas trescientas o cuatrocientas puntas de flecha que encontré entonces están ahora, según creo, en la famosa colección Pitt-Rivers. Pero, como era en extremo cuidadoso, lo mejor de mis tesoros, las cosas más hermosas y raras que pude juntar, las empaqueté aparte, para mayor seguridad; pese a lo cual, desgraciadamente, se perdieron en el camino. Fue para mí un rudo golpe, mucho más doloroso que la herida que recibí en la rodilla. En algunos de los pueblos que exploré, y dentro de un radio de pocos metros respecto del lugar donde se asentaban las chozas, encontré depósitos de huesos de animales que habían sido utilizados como alimento. Eran huesos de ñandú, guanaco, venado, pecarí, dolichotis o liebre patagónica, armadillo, coypú, vizcacha, así como también los había de mamíferos más pequeños y de pájaros. Los más numerosos eran los huesos de la pequeña cavia (*Cavia australis*), una especie de conejillo de Indias, y los del tucutuco (*Ctenomys magellanica*), pequeño roedor cuyas costumbres se asemejan a las del topo.

Mencionaré ahora un hecho interesante. Las puntas de flecha que recogí en los distintos lugares eran de dos clases muy diferentes: las grandes, de fabricación tosca, parecidas a las paleolíticas europeas, y las de prolija terminación o neolíticas, de varias formas y tamaños, aunque la mayor parte medía de tres a cinco centímetros de largo. Estos eran los restos de los dos grandes períodos de la Edad de Piedra, el último de los cuales se prolongó hasta el descubrimiento y colonización del país por los europeos. Las armas y objetos del último período eran las que más abundaban y fueron encontradas sobre todo en el valle, mientras las armas más antiguas y toscas se hallaron en las barrancas, donde el río se interna en la meseta. El lugar del que extraje gran número de ellas había quedado sepultado a una profundidad de dos metros y medio; solamente cuando el agua de una lluvia copiosa llevaba grandes cantidades de arena y grava, las puntas de flecha y otras armas y utensilios quedaban a la vista. Estas aldehyelas, profundamente enterradas, eran sin duda muy antiguas. Con respecto a los objetos más modernos, constituía para mí un verdadero placer encontrar rastros de algo así como la división del trabajo en las distintas poblaciones, la individualidad del trabajador y un claro gusto artístico o estético, y llegué a esta conclusión al descubrir una pequeña aldea donde no había grandes piedras redondas, ni cuchillos, ni raspadores, ni

puntas de flecha de gran tamaño y del tipo común; de estas últimas las únicas que existían en tal paraje eran más o menos de un centímetro de largo y probablemente se usaban para matar pequeños pájaros y mamíferos. No sólo eran pequeñas, sino que además estaban exquisitamente terminadas y poseían un fino recorte, aparte de que, sin excepción, el material empleado en todas ellas comprendía los tipos más hermosos de piedra: cristal, ágata y sílice de color verde, amarillo y marfil. Cuando se tenía a mano media docena de estas joyas de fina tonalidad y delicada factura se pensaba que tanto la belleza como la utilidad habían constituido los puntos de mira del artesano. Fuera de estos objetos, no encontré nada más que una daga pequeña; era de piedra roja, de punta bien afilada y mango en forma de cruz, de alrededor de diez centímetros de largo, y tan delgada y perfectamente redondeada como un lápiz.

Durante esta investigación traté algunas veces de imaginarme cómo sería la vida espiritual y material de esos habitantes desaparecidos. Los pieles rojas de hoy pueden pertenecer a la misma raza y tener la misma sangre; en una palabra: pueden ser los descendientes directos de los que trabajaban la piedra en la Patagonia; pero, sin duda, están tan cambiados y han perdido a tal extremo sus características que sus progenitores no los reconocerían ni los aceptarían como parientes. Allí, como en la América del Norte, el contacto con una raza superior los ha rebajado, concluyendo por reducirlos a la mínima expresión. Algo de su sangre salvaje continuará corriendo por las venas de los que han tomado su lugar; pero como raza tendrán que desaparecer de la tierra, tal cual se han extinguido completamente en unas pocas décadas los constructores de túmulos del valle del Misisipí y las razas que levantaron las ciudades de Yucatán y América Central, hoy invadidas por la selva.

Los hombres que en el pasado habitaron el valle patagónico estaban solos con la naturaleza, construían sus propias armas y se mantenían con recursos propios; no los alcanzaba ninguna influencia exterior y no conocían otro mundo más allá del valle y las adyacentes mesetas inhabitadas. Y aun juzgando por esa confusa e incompleta visión que me forjé de su desvanecida existencia, a través de las armas y fragmentos hallados, parecía evidente que la inteligencia no estaba del todo dormida en ellos y que progresaban paulatinamente hacia un estado superior. No pude avanzar mucho en este terreno; cuantos esfuerzos hice para saber o imaginar algo más fracasaron, como ocurre siempre en circunstancias parecidas. En otra oportunidad a la que me referiré en un capítulo posterior, la deseada visión del pasado se me ofreció inesperadamente, sin buscarla, permitiéndome ver por un momento la naturaleza tal como la ve el salvaje y como la vio en la Edad de Piedra, aunque sin esa idea de lo sobrenatural que tanta preponderancia tuvo en su mente. Meditando sobre tales temas llegué a la conclusión de que es imposible indagar, porque voluntariamente no podemos eludir nuestra personalidad, nuestro ambiente, y nuestra concepción de la naturaleza. No solo fueron inútiles mis esfuerzos, sino que el solo hecho de pensar en el asunto algunas veces ensombrecía mi mente con una cierta melancolía fatal para la investigación, pues "todas las cosas decaen y languidecen". En tal estado de ánimo solía encaminarme a uno de los seis cementerios ubicados en los alrededores de la casa en que me hospedaba. Prefería -en general- el más

grande y populoso, donde medio acre de tierra hallábase sembrado con esqueletos destrozados. Buscando con prolijidad, se encontraban allí algunos adornos y puntas de flecha que habían sido enterrados con los muertos. Yo me sentaba o caminaba sobre la arena caliente y amarilla, sobre esa páfida arena a la cual se había confiado en vano, hacia tantos años, el amargo secreto, y pisaba cuidadosamente para no hollar las calaveras que tenía a la vista, aunque el próximo animal salvaje que pasara las destrozaría con sus cascos como si fueran frágiles vasos de vidrio. La superficie pulida e intensamente blanca de esos cráneos reflejaba la luz del día con tanta fuerza, por haber estado largo tiempo expuesta al sol, que casi dañaba los ojos. Solía detenerme en los lugares en que había muchas juntas, para levantarlas y examinarlas una por una, pero luego las volvía a colocar cuidadosamente en el suelo. Y algunas veces, sosteniéndolas en mis manos, dejaba escurrir la arena de las cavidades, y contemplando el brillante chorro, mientras caía, me asaltaban los más inútiles pensamientos y conjeturas.

#### IV

##### Aspectos del valle

Para retornar brevemente a esos calvarios que visité con frecuencia en el valle, no como coleccionista ni arqueólogo, ni siquiera guiado por un espíritu científico, sino solo en apariencia para entregarme a mis lúgubres pensamientos:

¿Qué habría visto en la cavidad vacía de esos Insepultos cráneos rotos si hubiera podido contemplar allí, como reflejada en una mágica bola de cristal, la imagen del mundo que tenían esos hombres?

Tal pregunta no podría ni debiera ser formulada a la vista de un cráneo humano en cualquier otra región, pero en la Patagonia ello no parece grotesco ni siquiera inútil o fantástico, como la idea que tenía Buffon de una figura geométrica impresa en las circunvoluciones del cerebro. Por el contrario, hasta parece natural, y la respuesta es fácil, y solo puede ser la siguiente:

En la cavidad, extendiéndose de un lado a otro, habría aparecido una banda de color, con bordes grises, que iría disminuyendo su tono, más azules hacia el exterior, para palidecer del todo finalmente; entre los bordes grises, la banda sería verde, y a lo largo de esta banda mediana, no siempre en el centro, aparecería una línea sinuosa y brillante, semejando una serpiente de pellejo reluciente que descansa sobre el pasto. Porque el río tiene que haber sido, para los aborígenes del valle, el eje principal de la naturaleza y de la vida del

hombre. Si algunos nómades o colonizadores de pueblos cisandinos o transandinos llevaron allí sus tradiciones u otros sistemas sobrenaturales, resultado de una naturaleza diferente, ellos habían sido modificados, si no completamente, disueltos y arrastrados por esa rápida y eterna Corriente verde, a cuyo lado continuaban viviendo, de generación en generación, olvidando todas las cosas antiguas. El agua brillante estaba siempre a la vista, y al salir del valle solo encontraban un desierto gris -soledad donde la vida del hombre era imposible- tan extenso que se perdía en la bruma azul del horizonte. Más allá no había nada.

En esa banda gris, en los límites de lo desconocido, buscaban tortugas, cazaban unos pocos animales salvajes, recogían frutos silvestres, huesos y maderas duras para hacer armas; y luego retornaban al río, como niños que regresan junto a su madre. Todas las cosas se reflejaban en sus aguas: el cielo azul, las nubes y los astros, los árboles y las altas hierbas de sus márgenes y sus propios rostros oscuros, y así como ellos se reflejaban en el río, también la corriente se reflejaba en sus cerebros. Por eso, el anciano que quedaba ciego podía seguir viviendo feliz, olvidado de su desgracia, ya que siempre llevaba en la mente la imagen luminosa y persistente del río. Para él éste era. más sagrado que todos los otros objetos y fuerzas de la naturaleza; los Incas adoraban al Sol, los relámpagos y el arco iris, para los habitantes del valle, el río era más que éstos: era lo más poderoso que existía en la naturaleza, lo más benéfico y su dios más excelso.

Si los primeros pobladores de esta tierra dejaron descendencia, si quedaron sobrevivientes de aquella época que dejó rastros de un talento creciente en sus trabajos de piedra, es algo que ignoro, y que quizá nadie sepa. Probablemente no sea así; los pocos indios que ahora moran en el valle son -al parecer- colonos modernos procedentes de otras familias y naciones; sin embargo, no me sorprendió saber que, no mucho antes de mi visita, algunos de esos salvajes semicivilizados y semicristianos habían sacrificado un toro blanco en holocausto del río, arrojando a las aguas su cuerpo aun caliente y sangrante. Los mismos colonos europeos han sido influidos por las peculiares condiciones de vida y el fanatismo que los ata al río, del que dependían. Al principio yo mismo parecía dispuesto a reírme del lugar que el no ocupaba en la mente de todos los hombres, pero después de vivir unos meses en sus márgenes me avergoncé al recordar mi irreverencia, como si hubiera cometido un sacrilegio. Aun hoy me es imposible recordar al río patagónico como uno de los tantos que he conocido. Comparados con él, los demás parecen vulgares y sin otro fin que el de proporcionar agua a los hombres y a las bestias, y servir como canales para el transporte. Un día, una mujer nacida en el lugar, acompañada por seis niños de brillantes ojos azules, llegó de visita a la casa en que me hospedaba. Mientras los mayores conversábamos y tomábamos mate en la sala, uno de los pequeños, de nueve años aproximadamente, abandonó sus juegos y se llegó hasta nosotros. Yo lo llamé a mi lado entreteniéndolo un rato con cuentos y hablándole de pájaros y otros animales. El niño me preguntó dónde vivía.

Mi hogar -le dije- está en las pampas de Buenos Aires, mucho más al norte de la Patagonia.

¿Es cerca del río? -interrogó-. ¿Está en la misma orilla, como esta casa?

Le expliqué que quedaba en una gran llanura cubierta de pasto, que allí no había río y que cuando montaba a caballo no tenía que subir ni bajar a los valles, sino galopar rectamente en cualquier dirección, norte, sur, este u oeste. Me escuchó parpadeando de asombro y, luego, salió con una risa alegre a reunirse con los otros niños, que estaban jugando. Fue como si le hubiera dicho que yo vivía sobre un árbol que crecía hasta las nubes, o debajo del mar, o cualquier otra cosa inverosímil; para él aquello era nada más una broma. Su madre, sentada cerca de nosotros, nos había estado escuchando y, cuando el niño se alejó riendo, traté de explicarle que para un chico nacido y criado en ese valle, encerrado entre las espinosas y áridas mesetas, resulta inconcebible que en otros lugares la gente pueda vivir fuera de un valle y lejos de un río. Ella me miró con expresión de sorpresa, como tratando de ver mentalmente lo que sus ojos no habían visto nunca, como queriendo imaginar algo de la nada. Asintió con palabras vacilantes, y me di cuenta de que había cometido una indiscreción, pues en ese momento recordé que también la madre había nacido en el valle -era la bisnieta de uno de los fundadores de la colonia- y que quizá fuera tan incapaz como el niño de sospechar una situación distinta a la que siempre había estado acostumbrada.

Me pareció que allí los niños llevarían una vida sana y feliz, especialmente los que tenían su hogar en la parte angosta del valle, pues podían recorrer todos los días las mesetas llenas de espinos, en busca de huevos de pájaros, o intentar esas pequeñas aventuras, emocionantes y sabrosas, que tanto significan en la vida infantil. En ese lugar, los más preciados huevos son los del tinamu o martineta copetona (*Colodroma elegans*), que pone cerca de una docena tan grandes como los de la gallina y con una cáscara pulida de color verde oscuro, así como también los de la más pequeña *Nothura daidawini*, cuyo tinte varía entre el borra de vino y el rojizo. En verano y otoño los frutos y gomas dulces son abundantes. Existe un arbusto de hojas grises muy buscado por su savia, la que fluye del tronco y se solidifica en pequeños grumos que tienen el aspecto y el gusto del azúcar blanco. También crece un pequeño cactus en forma de disco con afiladas espinas que lo defienden, el que da un fruto amarillo rosado de sabor muy agradable, y otro gran cactus que mide más de un metro de alto, de un verde tan oscuro que parece negro, comparado con los arbustos de color gris pálido; llama la atención su espléndida flor carmesí, pero su fruto, del mismo tono, es tan insípido que nadie lo come. Pese a ello, como su color es tan hermoso, el solo verlo proporciona suficiente placer. La planta no es muy común, y aun andando todo el día no es fácil encontrar muchas de esas frutas: Como las piedras preciosas, existen en pequeñas cantidades.

El fruto del chañar es del tamaño de una cereza, con un carozo en el centro; la pulpa es blanca y la piel dorada; el sabor es peculiar y delicioso y al parecer gusta mucho a los pájaros, de modo que los niños raramente lo disfrutaban. Otro fruto silvestre ofrece el piquillín (*Condalia spínosa*), arbusto de hojas oscuras que mencioné en el primer capítulo. Sus bayas pequeñas, de forma oval, nacen en tal profusión que durante el otoño convierten sus copas en compactas masas oscuras. Hay dos variedades: punzó y púrpura casi negro, como las

endrinas y las zarzamoras. Su sabor es fuerte y agradable, siendo apreciado muy especialmente por los niños, quienes a menudo presentan los labios manchados de rojo por su delicioso jugo.

Volviendo al tema del río, su magnetismo es probablemente intensificado por los monótonos tintes gris, verde y marrón de sus orillas. El brillo de las aguas, con su poderoso efecto, nos fascina, y la vista se posa en ellas como en un camino de plata reluciente; es decir, de plata en ciertas condiciones de la atmósfera, y de pulido acero, en otras.

En general, no existe allí ninguna otra cosa brillante en la naturaleza que llame la atención y desvíe nuestra vista. Solo dos veces al año, en primavera y otoño, se ven algo así como esplendentes masas de vegetación. La más común de las plantas de follaje gris que crecen en las tierras altas que bordean el valle es el chañar (*Gurliaca decorticans*); un árbol por la forma, pero poco más que un arbusto por su tamaño. Hacia fines de octubre se cubre enteramente de racimos de flores que, por su apariencia, tamaño y sobre todo brillante color amarillo, se asemejan a las de la retama. En esa época las tierras altas, a todo lo largo del valle, ofrecen un aspecto singularmente alegre, y de nuevo en el otoño se tornan amarillas -el profundo amarillo de la xantofila-, cuando las hojas de los sauces colorados que crecen en las márgenes del río cambian de color, antes de caer.

Este tipo de sauce (*Salix humboldtiana*) es el único árbol silvestre de gran tamaño que se encuentra en la región; no sé si exista en la Patagonia antes de la llegada de los españoles. Ese árbol, que majestuosamente crece desde hace un siglo, está predestinado a ser cómoda percha y mirador de las águilas grises que abundan en el valle y de los todavía más comunes buitres y caranchos, así como también alta morada de la noble bandurria. Sirve, asimismo, de hogar y vivienda al ñacurutú (lechuzón magallánico) y al gato montés "*Felis geoffroyi*". Por último, hasta al puma le es dable descansar a gusto en las ramas horizontales, que se elevan a diez o doce metros sobre el suelo. Como su madera es blanda, puede cortarse fácilmente, y al caer al río forma una especie de balsa que la corriente arrastra aguas abajo y que luego usan los habitantes como combustible barato, para edificar chozas o con otros fines.

En el punto más alto a que llegué durante mis excursiones a lo largo del valle, a unos ciento noventa kilómetros de la costa, encontré un extenso monte de estos sauces, muchos de gran tamaño, y otros secos de tan viejos. Visité el lugar con un amigo inglés que vivía unos treinta kilómetros más abajo, y pasamos un día y medio abriéndonos paso por entre los altos pastos y los arbustos, bajo los árboles delgados que, por ser pleno invierno, estaban despojados de hojas. El tiempo era el peor que yo había soportado en el lugar. un frío penetrante, vientos huracanados y frecuentes tormentas de lluvia y granizo. Los ásperos y húmedos troncos de los árboles se elevaban altos y rectos como negros pilares, emergiendo del exuberante pastizal, y en las ramas más altas se posaba una innumerable cantidad de cuervos (*Cathartes atratus*), que permanecían monótonamente en ellas todo el día, a la espera del buen tiempo, con el que habían de salir en busca de alimento. En el suelo este cuervo parece insignificante, especialmente cuando se menea y salta

ejecutando el “balanceo del gavián”, al disputar a sus compañeros un animal muerto; pero si se lo ve bien posado en una rama alta, con su pequeña cabeza rugosa y pelada, el cuello y el pico corvo resaltan sobre la negra superficie de sus alas plegadas y adquiere cierta prestancia. Como no me interesaba matar cuervos, y eran ellos las únicas presas posibles, renuncié a la caza.

Poco después de las doce del segundo día, ensillamos nuestros caballos y emprendimos el regreso a casa. Pese a que el viento soplaba con más fuerza que de costumbre, azotando el agua del río, que se festoneaba de abundante espuma en la orilla opuesta, y caía a menudo lluvia y granizo, ese viaje de retorno me resultó magnífico y no lo olvidaré mientras viva.

Nunca me pareció la Patagonia tan sobria ni tan tristemente gris como esa tarde en la que galopamos rápidamente a lo largo de la costa norte. El suelo, exceptuando los lugares tapizados por el pasto de invierno, había adquirido un color marrón, acentuado por efecto de la lluvia infiltrada; en las boscosas tierras altas, el gris era profundo, mientras el cielo se ponía tormentoso y oscuro. Pero luego comenzó a brillar el sol por el oeste, asomándose justamente detrás de nosotros por entre ‘los claros que le dejaban las nubes; al mismo tiempo apareció ante nuestros ojos un espléndido arco iris de colores tan vivos que prorrumpimos en exclamaciones de júbilo. Cabalgamos cerca de una hora admirando esta visión de gloria; a la derecha habla bosques y más bosques de sauces deshojados, que mostraban sus oscuras cortezas; a la izquierda, loma tras loma de grises espinos. Grandes bandadas de avutardas se elevaban continuamente delante de nosotros, emitiendo penetrantes silbidos y profundos y solemnes graznidos. El arco de fuego y agua seguía allí, palideciendo a ratos hasta casi desaparecer, para brillar luego con mayor intensidad y esplendor, pues adquiría más claridad a medida que el sol se hundía en el horizonte. Quizá los colores no fueran más fuertes que los de muchos otros arcos iris que antes había visto; pero el contraste con el gris universal de la tierra y el cielo, en aquel invierno gris y en esa región donde el panorama es tan pobre en matices, hacía resaltar poderosamente su hermosura, de manera que el espectáculo nos embriagaba como el vino. Dice Bacon que agrada más a los ojos un bordado brillante sobre un fondo oscuro. En efecto, lo comprobamos observando el magnífico arco verde y violeta sobre el inmenso telón gris pizarra. Porque la naturaleza es demasiado sabia como “para segar el éxtasis de un placer poco frecuente”.

Un día de gloria y esplendor sobrenatural aparece solamente después de muchos otros monótonos y sombríos. Se lo espera y desea, y su llegada es recibida con fiestas y regocijos; así el día en que se hizo la paz, en que retornó nuestro amor o cuando nos llegó un hijo. Tales visiones son como ciertos sonidos, que no sólo nos deleitan con su pureza y calidad, sino que despiertan en nosotros sentimientos imposibles de escudriñar y analizar; resultan familiares y, sin embargo, extraños, con una belleza que no pertenece a la tierra; como si un amigo muy querido, muerto hace tiempo, transfigurado, inesperadamente nos mirara desde el cielo. Curiosamente, por lo que hasta el momento se sabe, han sido los Incas los únicos adoradores del arco iris.



Una tarde de otoño presencié, cerca del pueblo, una extraordinaria y magnífica puesta de sol. En el cielo, casi totalmente despejado, se destacaban algunas nubes hacia el oeste, que se pintaron con colores vivos y brillantes después que el sol desapareció, y el horizonte, antes pálido, empezó a iluminarse con un haz de rayos rojos, como si fuera un enorme abanico de fuego. Estaba yo de pie cerca de la costa, mirando hacia occidente por sobre el río, y observé que de pronto el agua cambiaba su tono verde por un rojo intenso, que se extendía a ambos lados hasta donde abarcaba mi vista. El agua corría, y en el centro, la superficie encrespada formaba olas que temblaban y centelleaban como una llama; en la orilla opuesta, donde las filas de altos álamos de Lombardía se reflejaban en el agua, el río tomaba un delicado matiz violeta. Tal espectáculo duró cinco o seis minutos, pues Juego los colores fueron oscureciéndose gradualmente, hasta desaparecer.

Había leído y oído hablar con frecuencia de este fenómeno y muchas personas me habían asegurado haberlo visto “con sus propios ojos”. Pero uno no sabe qué es lo que los otros han observado. Contemplé a menudo, en la superficie del océano, de un lago o de un río, la tonalidad rosada del crepúsculo; pero fue rara suerte para mí ver en ese momento el agua convertirse en sangre y fuego, después de la puesta del sol, y prolongarse esta visión maravillosa hasta el anochecer, haciendo que la tierra y los árboles, por contraste, parecieran negros. No he tenido ocasión de observarlo nuevamente desde aquel día, y creo que si en el globo terrestre existiera algún río que adquiriese semejante aspecto con frecuencia, sería ya famoso y atraería continuamente turistas de tierras lejanas, como sucede con el Chimborazo y las cataratas del Niágara. Entre el pueblo y el mar, como por unos treinta kilómetros, el valle está en su mayor parte sobre el lado sur del río; en la orilla norte, la corriente de agua se acerca mucho y en algunos lugares lame la barranca. Recorrí su curso por ambos márgenes, cabalgando por la costa. La orilla norte era arenosa, estando respaldada por bajas dunas que se extendían a lo lejos hasta perderse en el infinito; pero por la margen sur, más allá del valle, un inmenso y escarpado precipicio miraba hacia el océano. Una corta aventura con un cóndor, el único que encontré en la Patagonia, puede dar una idea de la altura de esta pared rocosa. Ibamos a caballo con un amigo, a lo largo del acantilado, cuando apareció el majestuoso pájaro, que descolgándose del cenit llegó a revolotear a unos quince metros sobre nuestras cabezas. Mi compañero levantó su escopeta e hizo fuego, y oímos resonar el tiro en las plumas duras de las amplias alas inmóviles. No cabía duda de que alguna de las municiones había penetrado en su carne, pues cayó rápidamente hasta la orilla del precipicio, desapareciendo de nuestra vista. Desmontamos y nos acercamos con cautela al borde del terrible murallón, pero aunque miramos detenidamente hacia abajo no descubrimos nada. De nuevo a caballo, avanzamos poco más de mil metros, para llegar adonde terminaba la roca escarpada, y galopar luego en sentido contrario al pie del acantilado, sobre una estrecha franja de playa que dejaba en seco la marea baja. Cuando arribamos al lugar buscado, en el cual suponíamos hallar al cóndor muerto, lo vimos de nuevo, posado en la boca de una pequeña cavidad abierta entre la piedra, cerca de la cúspide, y su tamaño parecía a esa distancia no mayor que el de un buaro. Estaba a salvo, fuera del alcance de nuestras armas, y si la herida no era mortal podría volar sobre esa costa desolada para pelear, por medio siglo aún, con los cuervos y las águilas,

disputándose los restos de focas y pescados. Cerca de la desembocadura del río existe una isla baja y chata de unos ochocientos metros de largo, cubierta en su mayor parte por gruesos pastos y espadañas; sus únicos habitantes son unos cuantos cerdos, cuyo número se mantiene constante a pesar de las crecidas que cubren a veces la isla entera y a pesar también de los hambrientos caranchos y águilas que acechan de continuo el paso de algún lechón descarriado. Hace muchos años, mientras algunos gauchos arreaban una tropa de vacas cerca de la costa, cayó una ternera al agua, y aunque pudo nadar hasta la isla, su dueño la consideró perdida. Más o menos un año después, un hombre fue a la isla en busca de juncos para un tejado, y presenció un curioso cuadro: la vaca dormía, echada a lo largo, en una hondonada pequeña y cubierta de hierba, y unos veinticinco cerdos dormían también, amontonados a su alrededor. Aparentemente, todos querían tenerla por almohada, y la vaca quedaba casi escondida debajo de ellos. De pronto, uno de los animales advirtió la presencia del extraño y dio la voz de alarma; todos se levantaron rápidamente y desaparecieron detrás de un macizo de juncos. La vaca, condenada a vivir "sola, aunque no solitaria", fue vista más tarde, en varias oportunidades, seguida siempre por sus feroces compañeros, que la escoltaban como si trataran de protegerla. Durante algunos años la fama de la vaca convertida en jefa y soberana de los cerdos salvajes de la isla se extendió por todo el valle, hasta que un hombre, por cierto nada "sentimental", llegó un día al pequeño reinado con un rifle, disparó sobre ella y la mató.

Esto me hace pensar que, pese a lo que nos han enseñado, muchas veces el hombre es algo inferior a los animales.

Después de oír tal incidente es imposible sentirse con buen apetito ante un plato de carne de cerdo o un asado de vaca.

V

Un perro en el exilio

Río arriba, en la estancia inglesa, donde permanecí un largo período, habla varios perros, algunos del tipo que es común en la Argentina: un animal de pelo suave, cuyo color varía, pero más a menudo es rojizo o negro, y cuyo tamaño también difiere, siendo en general tan grande como un collie escocés. Habla asimismo algunos de raza, los que me interesaron particularmente porque no

habían sido amaestrados ni encaminados en ningún sentido, con el fin de sacar algún provecho de sus buenas cualidades. Era curioso observar como, librados a sus propios recursos, pasaban penurias al par de sus congéneres. De todos ellos, el único capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias era un collie escocés, un hermoso animal de pura sangre.

El perro común del campo colabora en muchas tareas: gran amante de la caza, aunque mal cazador; excelente buscavida, buen guardián y destructor de animales

dañinos, y

## VI

### La guerra con la naturaleza

Mientras permanecí en Río Negro, las cartas y periódicos me llegaban muy de vez en cuando. En una ocasión pasé cerca de dos meses sin recibirlos, y cuando por fin tuve un diario ante mis ojos lo tomé ávidamente y recorrí con rapidez las columnas, o mejor dicho los títulos, en busca de noticias importantes del extranjero; pero después de un momento lo dejé para escuchar a alguien que hablaba en la misma habitación, y al fin me fuí de allí sin haberlo leído. Supongo que al principio lo tomé maquinalmente, con el mismo instinto con que el gato se abalanza sobre el ratón aunque no tenga hambre. Era tan solo la manifestación de un viejo hábito, una treta del inconsciente, que nos explicaríamos observando a una persona cuya vida ha transcurrido siempre en una choza, en el preciso instante de cruzar la puerta de una catedral o al pasar bajo una alta arcada: lógicamente se inclinaría, sin darse cuenta, para no golpear su frente contra un dintel imaginario.

Pensé al abandonar la habitación en que había dejado el periódico sin leerlo, que mi constante preocupación por los asuntos del mundo habla desaparecido en gran parte; sin embargo, esta idea no me chocó ni me asombró descubrir semejante indiferencia, aunque hasta entonces siempre me interesaran profundamente los acontecimientos que se desarrollaban sobre el gran tablero político mundial. ¿Qué había sucedido en esos dos meses -me preguntaba- o de qué copa encantada habría bebido para sufrir tal transformación?

Había bebido de la copa de la naturaleza, y mis días habían transcurrido en paz. Pensé entonces que la pasión por la política, la perpetua exigencia de novedades, es solo un afiebrado sentimiento artificial, un elemento necesario en ciertas condiciones de nuestra vida, del cual nos separamos cuando nos damos cuenta de que no nos es indispensable. Igual le sucede al alcohólico cuando se aparta de la tentación: recupera su salud y descubre con sorpresa que puede vivir sin la ayuda de estimulantes. Es muy fácil renegar de esta situación libre y agradable; en el último caso, el hombre liberado vuelve a la bebida, y en el anterior, a la lectura de los editoriales y a las fogosas expresiones de aquellos que hacen de la política su profesión. No puedo jactarme de no haber sido culpable de apostasía; sin embargo, la lección que me dio la naturaleza en aquel apartado lugar no fue desperdiciada, y mientras duró mi estado de ánimo la encontré muy de mi gusto. Comprobaba con placer que mi mente no necesitaba el estímulo de muchos telegramas diarios o de la discusión de probabilidades remotas para salir de su letargo. Las cosas que antes no me atraían, ocupaban ahora mi pensamiento, llenándome de gratas emociones. ¡Qué sanamente humano me parecía encontrar interés en los recuerdos del pueblo, la vida doméstica, los placeres sencillos, las inquietudes y luchas de la gente con quien vivía! Este sentimiento solo lo habrá experimentado en alto grado aquel que haya dejado de preocuparse por los ambiciosos proyectos de Rusia, la situación de la Sublime Puerta o la reunión o disolución de los parlamentos. Cuando los problemas del Oriente perdieron para mí su anterior fascinación, encontré un mundo lo suficientemente amplio como para depositar mi simpatía en la pequeña comunidad de hombres y mujeres de Río Negro.

Durante más de un siglo ha existido la colonia, a pesar de que cientos de leguas de tierras desoladas le impiden toda comunicación con otras poblaciones cristianas y de que la rodee un gran desierto árido y cubierto de espinos, tan solo poblado por pumas, avestruces y tribus nómades de salvajes. En esta romántica soledad, los colonos pasan toda su vida vagando en su niñez por las boscosas mesetas; más tarde, al llegar a la edad adulta, una nube oscurece su horizonte lleno de sol -el miedo al indio-, y viven siempre listos para montar a caballo y empuñar las armas cuando los estampidos del cañón anuncian estruendosamente la alarma desde el fuerte.

Necesariamente la guerra entre blancos e indios debía ser a muerte, ya que la lucha no solo se entabló contra las tribus salvajes que defendían su feudo de los que le robaron su herencia, sino contra la naturaleza, pues desde el momento en que el hombre empieza a cultivar la tierra, a introducir el ganado y a matar más animales salvajes de los que necesita para alimentarse -y el hombre civilizado debe hacer todo esto, con el fin de crear las condiciones que imagina necesarias para su subsistencia- está en antagonismo con la naturaleza, y debe padecer infinitas persecuciones por parte de ella. Después de un siglo de permanencia en el valle, el colono se ha arraigado tanto que nadie lograría sacarlo de allí. Hace veinticinco años, un gran cacique aún podía llegar al pueblo montado en su caballo, haciendo resonar la plata de su apero y agitando la lanza, para exigir, por medio de amenazas, se le pagase el tributo anual de ganado, hojas de cuchillo, añil y cochinilla. Pero ahora el espíritu del indio ha sido doblegado, pues su raza ha decaído tanto en número como en

coraje. Durante la última década su sangre regó abundantemente muchos lugares del desierto; sin embargo, dentro de algún tiempo se dejará de pensar en la vendetta, porque el indio ya no existirá más.

En cambio, la naturaleza -ahora sin su aliado indígena- mantiene todavía el conflicto, y alista los elementos, los pájaros, las bestias y los insectos para luchar contra el odiado perturbador blanco, cuyo modo de vida no concuerda con el suyo. En primer término figuran las fieras. Los pumas infestan el lugar; estos astutos y audaces ladrones frecuentan la ribera durante todo el año, pero en invierno las temibles bestias descienden en gran número de las mesetas para dar muerte a ovejas y caballos, siendo sumamente difícil seguirles el rastro hasta sus madrigueras, en la espesura de los bosques de espinos. Me dijeron que los pastores y cuidadores de ganado mataban más de cien pumas por año. Los estragos que causa la langosta son aún mayores. En verano, yo recorría con frecuencia leguas enteras que estaban completamente cubiertas de estos insectos dañinos, los que se elevaban en nubes delante de mí, produciendo con sus alas un ruido semejante al de un viento fuerte. Me dijeron que todos los años sucedía lo mismo: aparecían en algún lugar del valle y destruían las cosechas y los pastos. Había también allí un número incalculable de pájaros de variadas especies. Este sitio era un paraíso para el turista ocioso y sin arraigo. Un día vi un trigal destruido, y advertí que los tallos estaban rotos y pelados de manera bastante curiosa. Me sorprendí cuando el dueño del campo me dijo que tal destrozo era obra de las gallaretas. Miles de esas aves subían desde el río todas las noches y, a pesar de lo mucho que se hacía para asustarlas y espantarlas, habían concluido por arruinar la cosecha.

A ambos lados de la solitaria colonia se extiende el desierto inhabitado; inhabitable, en realidad, por su carencia de agua y su suelo arenoso y árido donde solo crecen espinos enanos. Ese lugar es, sin embargo, un inmenso criadero de aves, y nunca finaliza una estación sin que lleguen al valle legiones hambrientas de diferentes clases. Durante mi estada observé que las palomas, los patos y los gansos eran los mayores enemigos del agricultor. Cuando empezó la siembra, las palomas (*Columba maculosa*) llegaron también por millares a comer los granos, que en esa región se siembran a voleo. En muchas granjas las matan con rifle o las envenenan; en otras, los perros aprenden a perseguirlas, aunque, pese a todas estas medidas, se devoran la mitad de las semillas depositadas en los surcos. Igual sucede con el maíz, pues cuando está completamente maduro y listo para ser cosechado aparecen grandes bandadas de patos barcinos, también llamados patos maiceros (*Dafila spínacauda*), que se lo devoran. Apenas empieza el invierno es temible la llegada de las avutardas (*Cloephaga magellanica*) emigrantes. Resulta muy difícil ahuyentarlas, especialmente cuando el trigo es nuevo o cuando empieza a germinar. He visto con frecuencia bandadas de estas aves comiendo tranquilamente a la sombra de los espantapájaros colocados allí para asustarlas. Hacen mas daño aún en los terrenos de pastoreo, donde acuden en número tan elevado que no dejan una hoja de trébol, con lo que privan a las ovejas de su único alimento. En algunas haciendas, peones jóvenes recorren a caballo los sembrados dando fuertes gritos que espantan a los dañinos animales; pero su labor es infructuosa, porque nuevos ejércitos de avutardas en su viaje hacia el norte se detienen allí, convirtiendo al valle en un vasto

campamento, y no dejan siquiera una brizna de hierba para el hambriento ganado. Vista a la distancia, desde cómodas casas, esta lucha del hombre contra las innumerables fuerzas destructoras de la naturaleza parece ser el mayor desastre en la vida del colono, algo así como una gota amarga que, vertida en la copa, torna desagradable su sabor. Es una idea errónea, aunque la mayoría de los que actualmente luchan no lo admitiría. Ello es extraño, pero no inexplicable. Nuestros sentimientos con respecto a muchas cosas se modifican a medida que progresamos en la vida y ampliamos nuestra experiencia, aunque en la generalidad de los casos seguimos usando las mismas expresiones que hemos aprendido en la niñez. Continuamos llamando negro al negro porque así nos lo enseñaron, pese a que en la actualidad pueda parecernos púrpura, azul o de otro color. Aprendemos una especie de lenguaje afeminado en el hogar, nos lo enseñan los maestros y los libros escritos bajo techo, y tiene que servirnos. Es falso, pero su falsedad tal vez nunca se reconozca claramente. La naturaleza nos emancipa y el sentimiento cambia, mas no se ha pensado en profundidad sobre el asunto y la idea es vaga. Oímos a ciertas personas relatar las luchas y tormentos de su juventud o de su vida pasada, recibiendo sin inmutarse palabras de simpatía o de piedad de los que las escuchan, y, aunque en su cerebro no haya una luz muy clara, sienten en su corazón que estas cosas constituyeron su verdadera dicha y que, si no hubieran existido, la vida para ellas habría sido mucho menos sabrosa. Para el hombre sano o para aquel cuyos instintos viriles no se han atrofiado por la vida artificial que hacemos, la lucha -si no física, por lo menos mental- es indispensable para la felicidad. Un principio de la naturaleza es que solo puede mantenerse la fuerza por medio de la lucha. Cuando alguna especie no hace uso de ella o no la necesita, se degenera. Pero la situación de los animales inferiores con respecto a la dureza o al esplendor de sus vidas no nos incumbe. Nos gusta creer que todos en algún sentido son felices, aunque es difícil suponer que lo son en el mismo grado. Podemos captar la diferencia que existe entre el perezoso, ese mamífero tan protegido, que se duerme rápidamente en cuanto abraza su rama, y el gato montés, que ante la necesidad de salvarse, mantiene todas sus facultades despiertas y aguzadas.

En lo que se refiere al hombre, que tiene la facultad de analizarse a sí mismo y de ver en las otras mentes a través de la propia, el caso es muy distinto y merece estudiarse. Sobre este tema pueden escribirse páginas, capítulos y aun libros, pero no es necesario, ya que cada uno encuentra fácilmente la verdad en su propia experiencia. Esta le dirá si le produjeron más satisfacción los días duros o los fáciles de su vida, y si valoró más los triunfos conseguidos en la lucha que los no buscados. Aun en la niñez, presumiendo que sus primeros años pasaron en condiciones bastante naturales, esos golpes y moretones, rasguños y aguijonazos de abejas furiosas sirvieron tan solo para despertar un espíritu que tenía en sí algo de poder consciente y alegría, y en esto el niño fue el padre del hombre.

Mas el asunto que especialmente me interesa ahora es la vida del colono en una región nueva e inculta, y como allí experimenta los mayores, los más reales y en muchos casos los únicos placeres de su existencia y ellos son habitualmente denominados sufrimientos, se me debe perdonar que me detenga en el tema. Dice Mill que nuestra felicidad es siempre ilusoria, pues si

fuéramos capaces de ver las cosas como son, la vida resultaría una carga inaguantable. De ser verídica esta doctrina, consideraríamos un cruel favor advertir al emigrante:

“No encontrarás aquello que sales a buscar”.

Esto no quiere decir que no hallará la felicidad, la que, como la lluvia y la luz del sol, llega igualmente a todos los hombres, aunque en una medida más moderada. Solo significa que la forma particular de felicidad que anhela nunca será suya. Pero no temamos hacer esta advertencia, ni aun gritaría públicamente, porque él no le daría crédito ni la escucharía. Su pensamiento está fijo en los tres premios gloriosos que lo empujan: aventura, fama y oro. Estas magníficas manzanas son, tal vez, tan accesibles y fáciles de obtener en el hogar como lejos de él; pero el joven entusiasta, mirándolas a través de su imaginario telescopio, cree que allende el océano cuelgan de ramas más bajas, y supone que solo es necesario atravesarlo para agarrarlas. Dejando de lado esta metáfora, la aventura en ese lugar distante le parecerá tan común como el aire que respira, proporcionándole durante el camino un placer vigorizador al avanzar hacia la posesión de cosas tan placenteras. Con el cerebro ágil, el espíritu intrépido y las manos dispuestas, que son característicos de los habitantes de las Islas Británicas, será capaz, seguramente, de adquirir fama, ese lindo pedacito de cinta que tantos hombres gustan lucir.

Sin embargo, es el oro la mira principal de su viaje. Sabiendo cuánto puede hacerse con él en su país, donde se lo estima tanto, tratará de proveerse de buena cantidad para su regreso. El método preciso para adquirirlo no le preocupa basta que llega a destino; tal vez será el resultado de su trabajo, pero en la mayor parte de los casos considerará más agradable conseguirlo en su estado primitivo, durante sus excursiones por los bosques. Los sencillos aborígenes, siempre dispuestos a satisfacer un gusto excéntrico, lo ayudarán a recolectarlo, y con una pequeña remuneración, compuesta por cuentas de colores y espejos de bolsillo, lo transportarán en grandes sacos hasta el puerto de embarque. No quiere decir esto que el inmigrante tenga siempre ilusiones tan halagüeñas; dejémoslo sombrear su cuadro hasta que el tono corresponda a su creación individual; seguirán siendo un sueño y una ilusión, a pesar de todo. No encontrará su placer en estas cosas que nunca serán suyas, ni acariciando sus sueños, sino en algo muy diferente.

No me refiero a ese gran porcentaje de inmigrantes que no encontrarán ni placeres ni cosas buenas. Para el joven de temperamento ardiente y generoso que llega a alguna ciudad distante, donde todos los hombres son libres e iguales y donde los rígidos convencionalismos del Viejo Mundo son desconocidos, resulta muy duro de creer, quizá, que cuando él caiga ninguna mano lo ayudará a levantarse; que cuando diga estas simples palabras: He agotado todos mis recursos, las sonrientes caras que lo rodeaban desaparecerán como por encanto; que el poco dinero que le quede en el bolsillo será como una cadena que pierde un eslabón cada día, evitándole un terrible destino. Pero no divaguemos más sobre esa miseria moral; sigamos a ese juicioso e intrépido muchacho que, echándose la capa a la cara, pasa indemne a través de la atmósfera envenenada del desembarcadero y corre

miles de kilómetros mientras siempre delante de él, como una sangrienta bandera roja, se agita y brilla el sueño que lo incita a avanzar. Y ahora, al final de su viaje, la realidad pone sobre él sus manos rudas, sacudiéndolo brutalmente; y, antes de que se haya repuesto del golpe, esa bandera roja en la cual han estado fijos sus ojos durante tanto tiempo se irá desvaneciendo poco a poco, hasta desaparecer, al cabo, como una nube en el lejano horizonte. Pero no la extraña, pues lo concreto ocupa ahora todo su pensamiento. Cuando un hombre está luchando contra las olas no se pone a examinar con curiosidad el paisaje, ni se queja de que los árboles no tengan hermosas flores. La nueva aventura ocupa el sitio de los sueños desvanecidos, los que, como los nenúfares, crecen solo en aguas estancadas. No hay en ese lugar ninguna de las comodidades de que ha gozado desde la infancia, considerándolas casi como un fruto espontáneo de la tierra; no hay persona alguna para realizar los oficios necesarios, por lo que este delicado caballero se ve obligado a lustrarse los zapatos, a amansar y atar al arado los bueyes y caballos, matar los corderos y asarlos él mismo. Nada hay allí, en verdad, sino la ruda naturaleza que se resiste a ser sometida, y el emigrante solo cuenta para dominarla, con sus manos débiles y suaves.

¡Qué dura parece -a quien está habituado a las comodidades de la civilización y no familiarizado con las labores manuales- la suerte del colono que ha dejado detrás de sí una existencia fácil y hermosos sueños y tiene por delante únicamente la perspectiva de largos años de trabajos ininterrumpidos, pensando que cada día será menos capaz de volver a la dulce vida del pasado! Mientras tanto, y como único premio, solo tendrá el suficiente alimento para satisfacer su apetito y una rústica vivienda para defenderse del calor o del frío, de las torrenciales lluvias del invierno y de las enneguecedoras nubes de polvo del verano. Sin embargo, es feliz, porque para compensar las comodidades desaparecidas y los vanos esplendores hay en su dura existencia algo más noble que la esperanza de lograr una prosperidad futura.

Desde el instante en que se interna en el desierto el colono experimenta la sensación de que tendrá que sostener una lucha continua, no habiendo sentimiento comparable a éste para templarlo e inspirarlo con un sano y constante interés por la vida. A ello se agrega el encanto de la novedad que causa esa interminable sucesión de sorpresas que la naturaleza prepara al poblador, algo desconocido en la vida rural de las regiones sometidas durante mucho tiempo a cultivos. Los más grandes desastres y dificultades tienen la virtud de acentuar este encanto, y de ahí que disminuya su poder para abatir el espíritu humano. El joven entusiasta que recorre Londres despidiéndose de sus amigos y ultimando los preparativos de su viaje tal vez sonría ante estas líneas, porque todavía alimenta su ilusión. Mas no trato de descorazonarlo; por el contrario, le hablo de una límpida corriente de agua que allá en el lugar a donde se dirige le permitirá durante muchos años refrescarse diariamente y de la que sentirá (aunque no lo piense ni lo diga) que es la más encantadora que existe sobre la tierra.

Es duro vivir en el seno de una naturaleza indomada o sometida a medias, pero hay en ello una maravillosa fascinación. Desde nuestro confortable hogar en Inglaterra la naturaleza nos parece una paciente trabajadora, que obedece



siempre sin quejarse, sin rebelarse nunca y sin murmurar contra el hombre que le impone sus tareas; así puede cumplir la labor asignada, aunque algunas veces las fuerzas le fallen. ¡Qué extraño resulta ver a esta naturaleza, insensible e inmutable, transformada más allá de los mares en un ser inconstante y caprichoso, difícil de gobernar; una hermosa y cruel ondina que maravilla por su originalidad y que parece más amable cuanto más nos atormenta! Alguien que tan pronto ríe como llora, tirana y esclava alternativamente, desbaratando hoy el trabajo de ayer o realizando mañana, contenta, más de lo que se espera de ella, y que de repente, frenética, hunde sus dientes malignos en la mano del que la golpea o la acaricia... Todos estos cambios rápidos e incomprensibles, aunque dañan y destruyen nuestros planes, repercuten en la mente, sacudiendo energías latentes cuyo descubrimiento nos llena de satisfacción. Pero aún no hemos sondeado todas sus profundidades, ni nos imaginamos, al ver sus frecuentes sonrisas placenteras, hasta dónde puede llevarla su fiero enojo. A veces es presa del furor que le causan las indignidades a que la sujeta el hombre podando sus plantas, levantando su suelo blando, pisoteando sus flores y sus hierbas. Entonces adopta su más negro y terrible aspecto, y como una mujer hermosa que en su furia olvida su delicadeza, arranca de raíz los más nobles árboles y levanta la tierra esparciéndola por las alturas y dándole al cielo un tinte aun más sombrío. Y como si la oscuridad no fuera suficiente para aterrorizarnos, inflama el poderoso caos que ha creado cruzándolo con latigazos de fuego, mientras el suelo es sacudido con sus coléricos truenos. Cuando se cree que la maldición ha caído sobre el hombre y toda su obra, cuando se han agotado las energías para proseguir la lucha, su genio cambia, se calman los arrebatos y parece no quedar rastro de ellos cuando miramos hacia arriba y nos reconforta su pacífica sonrisa. Estas iras sublimes son, no obstante, poco frecuentes y se olvidan con rapidez. El hombre aprende a despreciar las amenazas de un cataclismo que nunca llega y sigue enderezando viejos árboles, cultivando el suelo y alimentando las manadas con su pasto y sus flores. El dominará los ímpetus salvajes algún día, pero el momento no ha llegado aún, pues la naturaleza luchará por mantener su antigua supremacía. Y el hombre no puede alterar inmediatamente el inveterado orden, al cual se aferra tenazmente, como el indio a su vida salvaje. La naturaleza ha fracasado en su intento de ahuyentar al hombre. El se ríe de su máscara terrorífica porque sabe que ésta la sofoca y que, por lo tanto, no podrá soportarla mucho tiempo. Acabará por desecharla y hará la guerra al hombre de otra manera. Se someterá a su yugo y será dócil, para poder traicionarlo y vencerlo al fin; inventará mil sorpresas y tretas extrañas, para molestarlo en cien formas; zumbará en sus oídos y clavará agujones en su carne; lo enfermará con el perfume de las flores y lo envenenará con la dulce miel, y cuando repose, a la hora del descanso, lo aterrorizará con una súbita aparición de un par de ojos sin párpados y una temblorosa lengua en forma de horquilla. El hombre esparce las semillas, y mientras espera que germinen y brote la verde espiga, la tierra se abre, dando paso a un ejército de langostas amarillas que las devoran. Ella también, caminando invisible a su lado, arroja sus milagrosas semillas junto a las suyas. Pero él no se deja vencer, porque destruirá a esos listados y moteados seres, secará los pantanos, incendiará los bosques y praderas, y matará a sus salvajes animalillos por millares, para cubrir las llanuras de ganado, ondulantes plantas de trigo y montes frutales. Y ella, escondiendo la cólera que hierve en

su corazón, sale un día al amanecer, secretamente, y sopla sus trompetas sobre las montañas, llamando en su auxilio a sus innumerables hijos. Se halla en apuros y grita para que los hijos que la aman vengan a ayudarla y defenderla, y muy pronto, del norte y del sur, del este y del oeste, llegan por millares seres que se arrastran por el suelo y avanzan por el aire nubes que oscurecen el cielo. Ratones y grillos pululan en los sembrados; mil pájaros audaces reducen a piltrafas los espantapájaros, con el fin de proveerse de la paja necesaria para construir sus nidos; son devorados los verdes pastos y los árboles, ahora descortezados, parecen enormes esqueletos blancos sobre los campos desnudos y solitarios; agrietados y resecos por el fuerte sol. Cuando el hombre llega al colmo de la desesperación, cesa por fin el ataque y el hambre diezma las huestes de sus enemigos, que se devoran los unos a los otros y perecen en su totalidad. Todavía vive él para lamentar su pérdida, luchando aún, invencible y resuelto. Ella también llora la destrucción de sus hijos, que ahora, muertos, solo sirven para fertilizar el suelo y dar nueva fuerza a su implacable enemigo. Pero tampoco se rinde; seca sus lágrimas y ríe otra vez, pues ha encontrado un arma nueva que usará para atormentarlo durante mucho tiempo. Diseminará por la tierra infinidad de plantas nocivas que surgirán por doquiera, invadiendo los campos como parásitos, absorbiendo toda su humedad, tornando a las tierras estériles. Por todas partes, como por milagro, se extiende el manto verde de las hojas dañinas que abriga las mieses y únicamente producen simientes amargas y frutos venenosos. El las cortará por la mañana, pero por la noche crecerán de nuevo; con sus queridas hierbas ella agotará su espíritu destrozándole el corazón, y reirá, mientras él se cansa cada vez más de la infructuosa lucha, hasta que al fin, cuando ya esté a punto de perecer, subirá de nuevo a las montañas, y haciendo sonar sus trompetas llamará otra vez a sus súbditos para que acudan y lo destruyan definitivamente. Y no es esto pura imaginación: he pintado a la naturaleza con colores muy reales. Tal es la contienda en que se embarca el colono, llena de grandes e inesperadas vicisitudes, y que requiere la mayor vigilancia y la más sutil estrategia de su parte. Si sus sueños no se realizaron nunca, su situación no es la peor, comparada con la de los demás. Para el que nació y se crió en la llanura, las montañas distantes son siempre una región encantada, mas cuando llega allí arriba se esfuma la gloria, pues han desaparecido los matices opalinos, las sombras azuladas de la tarde y los tonos violetas del crepúsculo. No encuentra sino una confusión de rocas amontonadas y, aunque no era esto lo que esperaba, concluye por preferir la rudeza de la montaña a la monotonía de la planicie.

El hombre cuya carrera termina a causa de una caída del caballo o que es arrastrado por la corriente y se ahoga al cruzar un arroyo desbordado, ha tenido, en la mayoría de los casos, una vida más feliz que el que muere de apoplejía en una elegante oficina o en su lujoso comedor, o aquel a quien la muerte sorprende leyendo -fin que parecía tan infinitamente bello a Leigh Hunt y que a mí me resulta por demás odioso, y deja caer la cabeza sobre un libro abierto. Es indudable que el colono no se hastió del mundo y que nunca se quejó ni lamentó de la vanidad de todas las cosas.

## VII

### La vida en la Patagonia

Dejemos ahora la lucha de desgaste que libró el colonizador contra la naturaleza, en la que nubes de seres alados fueron su principal enemigo, para considerar un conflicto más grave, la guerra que sostuvo contra los nativos hostiles. En ella se vieron envueltas las pequeñas poblaciones aisladas muy a menudo durante su siglo de existencia. Quiero relatar un episodio de su memorable historia, porque en este caso los habitantes de la Patagonia, por única vez, tuvieron que oponer sus fuerzas a un enemigo civilizado y extranjero. El relato resulta tan extraño, aun en los románticos anales sudamericanos, que hasta parece increíble. Sin embargo, los principales hechos pueden comprobarse en documentos históricos y los detalles que mencionaré me fueron suministrados por personas que vivían en el lugar y estaban familiarizadas con ellos desde la niñez.

En los comienzos de este siglo, los brasileños se persuadieron de que en la nación Argentina tenían un decidido adversario de su política agresiva y de pillaje; por muchos años se mantuvieron en guerra con Buenos Aires, desplegando todas sus débiles energías en ataques por tierra y por mar para destruir a su molesto rival, hasta que en 1928, finalmente, abandonaron la contienda. Durante esta guerra los imperialistas concibieron la idea de capturar la colonia patagónica de El Carmen que, según sabían, carecía de toda protección. Se enviaron para efectuar esta insignificante conquista tres barcos de guerra con gran número de soldados, los que llegaron a la desembocadura del río Negro sin mayores inconvenientes, pero al atravesar la barra, naufragó uno de los barcos. Los otros dos lograron penetrar sin novedad en el río. La tropa, que constaba de quinientos hombres, desembarcó, siendo enviada a capturar la ciudad, situada a treinta kilómetros de la costa. Los barcos avanzaron al mismo tiempo por el río, aunque se pensó que esta cooperación sería casi innecesaria para apoderarse de un lugar tan débil como El Carmen. Afortunadamente para los colonos, la armada imperial encontró nuevas dificultades en su navegación, ya que una de las naves encalló en un banco de arena, a mitad de camino; la otra siguió sola, pero llegó a El Carmen cuando ya habían sido derrotadas las fuerzas de tierra. Estas, ante la imposibilidad de continuar su marcha por la costa, a causa de que las altas barrancas eran interceptadas por valles y hondonadas y estaban cubiertas por una densa vegetación de espinos, se vieron en el trance de hacer un rodeo que las alejó varios kilómetros del río. La noticia de que se aproximaba un ejército brasileño llegó pronto a El Carmen, donde todos los hombres capacitados se presentaron inmediatamente al fuerte. Eran solo setenta, pero decididos a defenderse.

Encerraron a las mujeres y los niños, cargaron los cañones y los pusieron en posición de tiro. El comandante tuvo la buena ocurrencia de disfrazar de hombres a las mujeres más robustas, haciéndoles ocupar un sitio sobre los muros. Dispusieron también soldados improvisados con pedazos de madera, cojines y otros materiales, de modo que, al llegar, los brasileños quedaron grandemente sorprendidos a la vista de un ejército como de cuatrocientos o quinientos hombres abroquelados en los parapetos que tenían al frente. Desde la parte alta detrás de la ciudad, donde se detuvieron, podían dominar el río, más los barcos que tan ansiosamente esperaban, no aparecían. El día había sido caluroso y pesado, sin una nube, y esa marcha de cerca de treinta kilómetros a través del desierto sin agua los había dejado exhaustos. Probablemente, muchos se habían mareado durante la travesía y en ese momento se hallaban muertos de sed, cansados y en un estado muy poco propicio para atacar una posición al parecer tan bien defendida. Por lo tanto, resolvieron retirarse y esperar un día o dos más para caer sobre el lugar al mismo tiempo que los barcos. Gran regocijo y sorpresa produjo en los hombres y mujeres que estaban en el fuerte el hecho de que el formidable enemigo se alejara sin haber disparado un solo tiro. Cuando los brasileños desaparecieron detrás de la loma, el comandante ordenó que sus setenta hombres arrearan todos los caballos que pastoreaban en el valle.

Después de tres o cuatro horas de desalentadora marcha de regreso, los invasores oyeron a sus espaldas el estruendoso galopar de innumerables cabalgaduras y, al volver la cabeza, su terror les hizo ver un gran ejército que se les venía encima. Eran los setenta patagones que, formando un enorme semicírculo, arreaban más de mil caballos en una carrera desenfrenada. Los brasileños recibieron a los equinos con una descarga de mosquetería, y aunque muchos animales fueron muertos o heridos, los restantes, azuzados por los gritos de los hombres que venían detrás y cegados por el pánico, cayeron rápidamente sobre los invasores. Entretanto, los pobladores habían hecho fuego sobre el confuso montón de hombres y caballos, y por una singular casualidad -fue considerado como un milagro- el oficial que comandaba las tropas imperiales cayó muerto por una bala perdida. Los brasileños arrojaron sus armas al suelo y se rindieron a discreción. Quinientos soldados disciplinados del Imperio claudicaban ante setenta pobres patagones, en su mayoría granjeros, comerciantes y artesanos. El honor del Imperio significaba muy poco para esos seres desgraciados que clamaban -no clemencia- sino agua para sus reseca gargantas. Dejaron las armas esparcidas por el llano y descendieron hacia el río, que estaba a unos seis kilómetros, conducidos por sus vencedores. Llegaron a él justamente en el punto donde la costa tiene un declive entre la Barranca de los Loros, de un lado, y la casa donde yo me hospedaba, del otro. Como una tropa de ganado enloquecida por la sed, entraron en el agua empujándose unos a otros, aplastando a algunos en su prisa, y muchos, arrastrados demasiado lejos por la masa que venía detrás, perdieron pie y fueron llevados por la corriente. Los sobrevivientes, después que bebieron hasta hartarse, fueron arreados como ganado a El Carmen y encerrados en el fuerte. Por la tarde llegó el barco frente a la ciudad, y al acercarse excesivamente a la costa opuesta, quedó encallado. La tripulación se enteró pronto del desastre sufrido por las fuerzas de tierra. Por su parte, algunos pobladores resueltos, que se ocultaban entre los árboles de

la ribera, les hacían fuego. Los brasileños, atemorizados, se tiraron al agua y nadaron hasta la orilla; y cuando cayó la noche, los colonos coronaron las valientes hazañas de la jornada con la captura del barco de guerra imperial "Itaparica", que no tardó en ser reducido a pedazos, pues en Río Negro escaseaban los materiales de construcción. Los restos del buque náufrago yacen aún en el fondo del río, y a menudo, cuando baja la marea, las viejas vigas oscuras salen a la superficie, y recuerdan las descarnadas costillas de un gigantesco monstruo plioceno; varias veces bajé de mi bote y subí sobre ellas, experimentando un gran placer. De esta manera, la pequeña colonia, con valor, astucia y decisión para atacar en el momento preciso, se salvó de la desgracia de ser conquistada por el infame Imperio de los trópicos.

Durante mi permanencia en la casa, situada en la Barranca de los Loros, uno de nuestros vecinos me interesó particularmente. Sosa -así se llamaba- era famoso por una casi sobrenatural agudeza visual; tenía un gran conocimiento de la ruda vida de la frontera, en la que siempre se lo utilizó como explorador, en tiempos de lucha contra los indios. Era también famoso como ladrón de caballos. Su propensión a robar estos animales era marcadísima, aunque disculpábasele esa maña en virtud de los servicios que prestaba. Era, en realidad, un zorro a quien pagaban para que fuese el perro guardián de la colonia en los momentos de peligro, y si bien las víctimas de sus innumerables robos deseaban ansiosamente vengarse de él, su sagacidad ladina siempre le permitió escabullirse. Lo que despertó mi curiosidad por él fue que su padre figurara en la historia argentina. Había sido éste un gaucho ignorante que, poseyendo facultades auditivas y una visión excepcionales y un sentido extraordinario de la Orientación en las monótonas pampas, aparecía ante las personas vulgares como un ser casi milagroso. Como, además, tenía otras cualidades adecuadas para un caudillo en una región semisalvaje, obtuvo en ese tiempo que se le confiara el mando de la frontera sudoeste, donde sus numerosas victorias sobre los indios le dieron un prestigio tan grande como para despertar los celos del dictador Rosas (el Nerón sudamericano, como lo llamaban sus enemigos), y a su instigación se lo eliminó haciéndole beber veneno. El hijo, aunque respecto de todo lo demás era un degenerado, heredó los sentidos extraordinarios de su padre. Me relataron un caso que me impresionó vivamente. En 1861 Sosa consideró prudente desaparecer a lo largo del río Colorado. El 12 de marzo los cazadores acamparon al lado de un monte de sauces, en el valle, y alrededor de las nueve de la noche, mientras estaban sentados junto al fuego asando un ñandú, Sosa se puso de pie de un salto elevando el brazo con la mano abierta por encima de su cabeza.

¡No sopla ni una ráfaga de viento -exclamó- y sin embargo tiemblan las hojas de los árboles! ¿Qué puede presagiar esto?

Los otros miraron fijamente las ramas; pero, como no percibieran ningún movimiento, empezaron a reírse, mofándose de él. Inmediatamente volvió a sentarse, manifestó que el temblor había cesado y se quedó, al parecer, muy preocupado durante el resto de la noche. Repetidas veces hizo notar que nunca le había sucedido una cosa semejante, porque, afirmaba, él podía sentir hasta la más leve brisa antes de que las hojas la percibieran, y no había soplado viento. Temía que eso pudiera ser el anuncio de alguna desgracia

para ellos, pero no fue precisamente sobre ellos sobre quien cayó la desgracia. Esa misma noche, cuando Sosa se levantó aterrorizado y señaló las hojas que a los otros parecieron inmóviles, se produjo un terremoto que destruyó la distante ciudad de Mendoza, a raíz del cual murieron mil doscientas personas bajo los escombros. Se supo después que la ola subterránea se había extendido al este hasta el Plata y al sur hasta la Patagonia; en las ciudades de Rosario y Buenos Aires se detuvieron los relojes y se sintió una pequeña sacudida en El Carmen, Río Negro. Mi huésped, cuyo nombre de pila era Ventura, había nacido en la Patagonia y no hacía mucho que había superado los cincuenta años. Yo suponía que habría visto muchas cosas interesantes, de modo que lo importunaba frecuentemente para que me narrara algunas de sus primeras aventuras en la colonia. Pero, de cualquier manera que empezara sus cuentos, invariablemente caía en asuntos de juego y amores. Algunas veces me gustaban, aunque no eran esos con exactitud los recuerdos que yo quería escuchar. El imperio de sus afectos se repartía entre Cupido y el naípe, así que había olvidado todo lo que viera o experimentara en cincuenta años de acontecimientos, si ello no tenía alguna relación con aquellas dos divinidades.

Una vez, sin embargo, pudo recordar una aventura de la infancia que resultó realmente interesante. Había pasado el día en El Carmen, y de vuelta, por la noche, mientras comíamos, me contó lo siguiente:

Cuando tenía cerca de dieciséis años, un día me confiaron un arreo con otros cuatro camaradas, tres muchachos como yo y un hombre maduro que nos cuidaba, que se llamaba Marcos. Había que llevar una tropilla para el ejército a un lugar situado a veinticinco leguas río arriba, porque 'en esa época toda la gente debía estar a la disposición del comandante de la colonia. A mitad del camino había un corral que estaba situado a unos doscientos metros del río, pero a muchos kilómetros de lugar habitado. Llevamos los animales y los encerramos en el corral; desensillamos y soltamos los caballos que habíamos montado, y estábamos a punto de ensillar otros cuando vimos un grupo de indios que se aproximaba para atacarnos. "Sígueme, muchachos", gritó Marcos, pues no había tiempo que perder, y corrimos hacia el río sacándonos la ropa durante la fuga. En pocos momentos estuvimos en el agua y nadamos para salvar el pellejo mientras resonaba en nuestros oídos la gritería de los salvajes. El río en este punto tiene como trescientos metros de ancho y su corriente es impetuosa; dos de los muchachos no se aventuraron a cruzarlo, mas escaparon sumergiéndose y nadando a lo largo de la costa, bajo la sombra protectora de los árboles de la orilla, como lo hubiera hecho un par de ratas de agua o de patos heridos, hasta que por fin lograron refugiarse entre los juncos.

Nosotros, conducidos por Marcos, nos dirigimos osadamente hacia la margen Opuesta -casi todos los patagones somos buenos nadadores-, pero cuando ya cerca de ella empezábamos a felicitarnos de haber escapado, nos encontramos repentinamente frente a otro grupo de indios a caballo, parados a pocos metros de la costa, que esperaban en silencio nuestra llegada. Al verlos, dimos media vuelta y nadamos otra vez hacia el centro de la corriente, cuando uno de los muchachos, llamado Damián, empezó a gritar que estaba cansado y que si Marcos no lo salvaba se ahogaría. Marcos le contestó que se salvara él

si podía, y Damián, reprochándole amargamente su proceder, declaró que volvería a la costa para entregarse a los indios. Naturalmente, nadie hizo objeción alguna, ya que estábamos incapacitados para ayudarlo, y Damián se alejó. Cuando los indios lo vieron aproximarse, avanzaron hacia él con sus lanzas en la mano. Por supuesto, Damián sabía perfectamente que los salvajes rara vez cargaban con un “cautivo hombre” cuando no estaban en guerra; pero como era un muchacho inteligente, y aunque la muerte que quizá lo esperaba resultase más penosa que la asfixia por inmersión, entrevió una leve posibilidad de que los indios se compadecieran de él. Así que apelando a su piedad, gritaba desde el agua, al abandonarnos:

“¡Indios! ¡Amigos! ¡Hermanos! No me maten; no soy cristiano y les aseguro que me siento tan indio como ustedes. Aunque mi piel sea blanca, odio a mi raza y he deseado siempre huir de ella. Me gustaría vivir con los indios, en el desierto; es lo único que ansío. Perdónenme, hermanos, y si me llevan los serviré toda mi vida; cazaré y pelearé con ustedes, especialmente contra los odiados cristianos.”

En el medio del río, Marcos levantó la cabeza y rió roncamente al oír tan elocuente discurso. Aunque creíamos que pocos instantes después el pobre Damián sería atravesado por las lanzas, nos fué imposible contener la risa. Vimos cómo llegaba a la orilla, implorando a gritos por su vida, y nos asombramos al comprobar sus facultades oratorias, pues nunca hasta entonces había demostrado talento en ese sentido. Los indios tomándolo de la mano lo sacaron del agua y, rodeándolo, se encaminaron hacia el corral. Así desapareció del valle la figura de Damián, pues aunque más tarde se organizó una búsqueda exhaustiva, no se encontraron ni siquiera los huesos que hubieran podido dejar los buitres y los zorros. Después de presenciar el triste fin de nuestro compañero, Marcos y yo, manteniéndonos a flote con el mínimo de esfuerzo posible, nos dejamos llevar por la rápida corriente hasta alcanzar una pequeña isla en el medio del río. Con las maderas que el agua arrastraba, construimos una balsa atando los palos con hierbas largas y juncos, y en ella nos dirigimos a la zona poblada del valle, donde finalmente nos pusimos a salvo.

El motivo por el cual mi huésped me contó esta historia, en vez de una de las usuales aventuras amorosas o de juego, fue que ese mismo día había vuelto a ver a Damián, que había regresado a la colonia, donde ya hacía mucho tiempo todos lo habían olvidado. Treinta años expuesto al sol y a los vientos del desierto lo habían tostado; sus palabras y modales eran tan idénticos a los de un indio, que al principio le fue muy difícil establecer su identidad. Sus parientes, que eran pobres, habían muerto hacía años, sin dejarle ninguna herencia, por lo que no cabía dudar de esa extraña historia. Al parecer, cuando los indios lo ayudaron a salir del agua y lo llevaron al corral, no estaban todos de acuerdo en lo que debía hacerse con él. Por suerte, uno de ellos comprendía el español y tradujo sucintamente a los Otros las palabras de Damián. Interrogaron al cautivo, y éste inventó nuevas e ingeniosas mentiras, diciendo que era un pobre huérfano y que el trato cruel que le daba su amo lo había decidido a escapar en busca de los indios. El único sentimiento que tenía hacia su propia raza, les aseguraba, era de una imperecedera animosidad, y

estaba dispuesto a jurar que si le permitían unirse a su tribu estaría siempre listo para atacar a la colonia cristiana. Dijo que su anhelo era ver a toda la raza blanca barrida por el fuego y muerta por sus lanzas. Los salvajes corazones de los indios se conmovieron con la triste narración de sus sufrimientos, creyeron que sus deseos de venganza eran verdaderos y lo llevaron a su propio hogar, donde se le permitió tomar parte en los sencillos placeres aborígenes. Pertenecían a una tribu muy poderosa en aquel tiempo, que habitaba un distrito llamado "Las Manzanas", situado en las fuentes del río Negro, junto a la Cordillera de los Andes.

Según la tradición, iniciada la conquista de América del Sur, un grupo de valientes jesuitas atravesó desde Chile la Cordillera de los Andes para predicar el cristianismo entre las tribus de] lugar. Llevaron con ellos instrumentos de labranza, granos y semillas de frutos europeos. Los misioneros hallaron pronto la muerte, y no quedó de su labor sino unos pocos manzanos que hablan plantado. Estos árboles encontraron un suelo y un clima tan favorables que se propagaron espontáneamente hasta alcanzar un crecido número. Y todavía, después de dos o tres siglos de estar abandonados por el hombre, los manzanos silvestres dan excelentes frutos que los indios ingieren y, además, utilizan para hacer un licor fermentado que llaman chicha.

A esta lejana y fértil región fue llevado Damián, para que hiciera la vida que deseaba según sus propias manifestaciones. Había allí lomas, bosques y ríos claros, grandes planicies ondulantes, apacibles campos de pastoreo para los caballos salvajes, ñandúes y guanacos, y más allá del valle, la estupenda cadena de montañas de la cordillera, un reino de encantamiento y belleza siempre cambiante. Muy pronto, sin embargo, cuando pasó la novedad de la nueva vida y la alegría experimentada al librarse de una muerte horrible, su corazón empezó a sufrir un secreto dolor, porque deseaba con vehemencia estar cerca de los suyos. Huir era imposible, y revelar sus verdaderos sentimientos equivalía a una muerte inmediata y cruel. Le quedaba una única alternativa: aceptar complacido esa existencia, al menos exteriormente.

Con semblante alegre emprendía largas expediciones de caza en lo más frío del invierno, expuesto a las furiosas tormentas de viento y lluvia, e insultado y golpeado en castigo de su torpeza, por los compañeros; por la noche, estiraba sus piernas doloridas -sobre el húmedo suelo pedregoso y se cubría con la manta que le permitían usar como único abrigo. Cuando los cazadores volvían defraudados, era costumbre degollar un caballo para comer. El desdichado animal era colgado de las patas traseras, a las ramas de un árbol grande, de modo que toda la sangre pudiera ser recogida, pues ella es la más exquisita golosina del salvaje patagónico. Se le abría una arteria del cuello y la sangre era recibida en grandes vasijas de barro, debiendo el pobre Damián, cuando los salvajes se agrupaban para deleitar su paladar, beber con ellos su parte de líquido caliente extraído del bruto todavía vivo. En otoño, las manzanas se ponían a fermentar en fosos cavados en la tierra, los que se cubrían con cueros de caballo, para evitar que el jugo se derramara, y él tenía que participar, como correspondía a un verdadero salvaje, en las grandes orgías anuales. Primero las mujeres recogían cuidadosamente todos los cuchillos, lanzas, boleadoras y otras armas peligrosas en manos de hombres ebrios, llevándoselos lejos, al



interior del bosque, donde se ocultaban también ellas con sus hijos. Durante días, los guerreros se entregaban al placer de la embriaguez, y en esas oportunidades Damián quedaba en ridículo, recibiendo golpes y maldiciones, porque los indios, al sentir esa alegría feroz que les proporcionaba la bebida, gustaban sobre todo tener un koko-huinche o “tonto blanco” como centro de sus burlas. Más tarde, al llegar a la edad adulta, ya dominaba su lengua y exteriormente era un perfecto salvaje. Se le concedió una esposa, y ésta le dio varios hijos. Los indios adultos que había conocido cuando llegó a la tribu, así como también los viejos, fueron desapareciendo gradualmente. Los que entonces eran niños se habían hecho ya hombres y olvidaron el Origen cristiano y la condición de cautivo de Damián. Pero él, junto a su compañera, que le tejía mantas y vestidos, haciéndole todos los gustos (porque la esposa india es siempre trabajadora, paciente y afectuosa esclava de su señor), en tanto sus pequeños descendientes retozaban en los pastos, solía sentarse, al caer la tarde, frente a su choza, oprimido por la pena y rumiando en la mente los tan viejos como pertinaces sueños. Hasta que al fin, cuando su mujer empezó a arrugarse y su piel se volvió oscura como invariablemente les sucede a las madres indias de mediana edad-, y cuando sus hijos se fueron convirtiendo en hombres, la honda tristeza lo resolvió a abandonar la tribu y esa vida que secretamente odiaba. Confundido con un grupo de indios que se dirigía a la costa del Atlántico a cazar, luego de algunos días de marcha le llegó el ansiado momento, y sin que lo advirtieran sus compañeros, se separó de ellos, dirigiéndose solo hacia El Carmen.

Y allí está -concluyó Ventura cuando hubo contado la historia de Damián, con un desprecio no disimulado en su tono-. ¡Un indio y nada más! ¡Y él cree que puede volver a ser como uno de nosotros! ¡Si Marcos viviera, cómo se reiría al verlo sentado en el suelo con las piernas cruzadas, solemne como un cacique, oscurecido como cuero viejo y diciendo que es un hombre blanco! Sin embargo, afirma que permanecerá aquí, y que aquí entre los cristianos morirá. ¡Tonto! ¿Por qué no se fugó hace veinte años, o ya que estuvo tanto tiempo en el desierto, por qué ha vuelto ahora que no lo necesitan? Ventura no simpatizaba con él y parecía no tener una opinión favorable de su antiguo compañero de armas, pero a mi me emocionó el relato. Había algo patético en la vida de ese hombre vuelto a su pueblo, extraño para sus propios coterráneos, sin un hogar entre los plácidos viñedos, bosques de álamos y viejas casas de piedra donde había visto por primera vez la luz. Oiría las campanas de la torre de la capilla, como lo había hecho durante su infancia, y quizá por primera vez se daría cuenta, con profunda tristeza, de que no podría rehacer el pasado, ya muerto. Probablemente, también, el recuerdo de su esposa India, que lo amara durante tantos años, agregaría amargura a su extraña vida solitaria. Pues muy lejos, en su hogar, todavía lo aguardaba temerosa, con los ojos velados por la pena y fatigados de tanto mirar a la distancia, la mujer fiel que no había de verlo regresar jamás de la misteriosa niebla del desierto. ¡Pobre Damián y pobre esposa!

## VIII

### La nieve y el color blanco

Aunque para los poetas argentinos, agosto es como abril para los europeos, el tiempo fue en ese mes intensamente frío, produciéndose después una magnífica nevada. Bendigo al cielo por ello, pues quizá nunca más vea la tierra transfigurada por el soplo del invierno antártico. Pasé la noche en el pueblo, y al levantarme a la mañana siguiente se ofreció a mis Ojos un raro y hermosísimo espectáculo: los caminos, los techos de las casas, los árboles y las lomas adyacentes estaban completamente blancos. La mañana era apacible y el cielo oscuro y plumizo, y de repente, mientras aún me encontraba en la calle, la nieve empezó a caer una vez más y continuó así por espacio de una hora. Todo ese tiempo estuve de pie, inmóvil, mirando los innumerables copos que descendían con lentitud. Solo aquellos de mis lectores ingleses que, como Kingsley, hayan anhelado ver una escena de vegetación tropical y logrado al fin satisfacer su deseo, pueden apreciar la emoción que experimenté al ver la nieve por primera vez.

Mi visita a la Patagonia fue rica en experiencias. Una de las primeras que se me ofrecieron, justamente antes de llegar a sus costas, fue la blancura de un tumultuoso mar de leche, y después de varios meses, esa nevada, de un blanco más intenso y más sorprendente. Sentí un gran placer al contemplar lo que tanto había deseado; lo esperaba hacía varios meses; pero, ya en las postrimerías del invierno, tenía pocas esperanzas de alcanzarlo. Este placer era puramente intelectual, y cuando me pregunto si había en él algo más, un sentimiento profundo, indefinido, solo puedo contestar que no. De mi primer contacto con la nieve deduje que no hay en nosotros un sentimiento instintivo que se relacione con ella, y que la emoción experimentada por muchas personas, tal vez la mayoría, ante el blanco sudario que cubre la tierra debe de tener otro significado.

En la novela de Herman Melville, *Moby Dick*, o la ballena blanca, hay una larga disertación, quizá la parte más hermosa del libro, acerca del blanco en la naturaleza y sus efectos sobre la inteligencia humana. Es un tema interesante, aunque un tanto oscuro, y como el aludido es el único escritor que lo ha tratado, insisto sobre él, pues queda aún algo que decir. Melville señala que la blancura aumenta la belleza de innumerables cosas naturales (mármoles, camelias japonesas, perlas), como si ella les comunicara una virtud especial que le es propia; que el blanco es el emblema de todo lo que consideramos más grande y digno, y que produce en nosotros infinidad de asociaciones placenteras. "Sin embargo continúa diciendo, a pesar de todas las asociaciones

con cuanto resulta agradable, honroso, sublime, ese color oculta en su intimidad algo ilusorio, que produce más terror al espíritu que el rojo de la sangre.” Este autor tiene razón, sin duda, al decir que la idea de la blancura tiene algo ilusorio y misterioso que nos fascina, pero es hasta tal punto un producto de la imaginación, y en la mayoría de los casos tan efímero en sus efectos, que no podemos buscarlo y reconocer su existencia en nosotros sino después que nos han hablado de ello. Y esto solo con respecto a ciertas cosas, diferencia que no alcanzó a ver Melville y que constituye el primer error en su tentativa “de resolver el encantamiento de la blancura”. Su segundo error, que es aún mayor, es suponer que el color blanco, aparte del objeto con que está asociado, tiene algo de extraño y sobrenatural para la mente. No hay “nada sobrenatural en el color” ni “nada espectral para la fantasía” si pensamos en la blancura de las nubes, en los blancos caballos marinos, en las aves acuáticas de color blanco, tales como los cisnes, cigüeñas, garzas, ibis y muchas otras; ni tampoco en los animales blancos, domésticos o salvajes; ni en las flores de ese color. Estas pueden multiplicarse en tal profusión que esmalten de blanco campos enteros, como lo hace la nieve, y su tonalidad no dice más a la fantasía que el amarillo, púrpura o rojo de otras clases. Del mismo modo, la blancura de las enormes masas de nubes no nos parece más sobrenatural que el azul del cielo o el verde de la vegetación. En días calurosos se ve a menudo en las pampas que la superficie de la tierra brilla con el blanco plateado del espejismo, y eso es también una visión común y natural para la mente, como la blancura de las nubes de verano, de las flores o de la espuma del mar.

Frente a los ejemplos mencionados, a los que pueden agregarse muchos otros, parece evidente que ese “algo ilusorio” que encontró Melville en lo recóndito del color blanco, ese elemento que produce más terror al espíritu que el rojo de la sangre, no reside en la cualidad de la blancura. Después de incurrir en este error inicial, cita muchas cosas naturales que, siendo blancas, producen en nosotros las variadas sensaciones misteriosas y fantasmagóricas que menciona y las que, en diversos modos, son desagradables y dolorosas. ¿Qué es -pregunta- lo que en el albino repugna tan particularmente y choca tanto a la vista, que a veces lo torna repelente aun para sus propios parientes y amigos? Tiene mucho que decir sobre el oso polar y el tiburón blanco de los mares tropicales, y llega a la conclusión de que es su blancura lo que los hace parecer más terribles que otros animales feroces que entrañan mayor peligro para el hombre. Habla del sordo rodar de un mar lechoso, del crujido del hielo que festonea las montañas y de los cambios de la nieve en las praderas. Finalmente, pregunta: ¿De dónde viene ese gigantesco fantasma que sobrecoge el alma, a la sola mención de un mar blanco, de una tormenta blanca, de montañas blancas, etc.? Melville da por sentado que el motivo de tal sensación, a pesar de que puede diferir según la naturaleza y magnitud del objeto de que se trate, es uno y el mismo en todos los casos: es la blancura y no el objeto con el cual está asociada su cualidad. No necesitamos detenemos demasiado en el caso del albino, y aquí las experiencias marinas de Melville podrían haberle sugerido una explicación mejor. Los marinos (me ha convencido de esto la observación) son muy primitivos en sus impulsos y detestan al compañero que, por no tener fuerzas o adolecer de un defecto físico, no puede realizar la parte que le corresponde en el trabajo; todos se unen a menudo para perseguirlo. Los salvajes y semibárbaros sienten gran

animosidad contra un miembro inepto de la comunidad, sea enfermo, achacoso o paralítico, y el albinismo está asociado con la debilidad de la vista, y otros defectos que pueden ser también suficiente causa de aversión. Aun entre los seres más civilizados la presencia de una enfermedad resulta hasta cierto punto repulsiva y desagradable, ¡especialmente en los casos en que la piel pierde su color natural, tales como la anemia, tuberculosis, clorosis e ictericia. Ese desagrado natural y universal que produce el albino sería aumentado entre los salvajes por creer éstos que la inusitada palidez del individuo es algo sobrenatural y que esa falta de color significa ausencia de alma. En cuanto al tiburón blanco de los trópicos, explicaría fácilmente el mayor terror que inspira porque, siendo blanco -y por lo tanto más llamativo que otros animales peligrosos, resultaría más atrayente para nuestra vista y su imagen se fijaría en nuestra mente, pareciéndonos mayor y más formidable. Se lo imaginará siempre con aprensión, por lo que se llegará a mirarlo con un temor que excede al inspirado por otros animales igualmente peligrosos o aun más para la vida humana, pero que, al no ostentar colores llamativos, no se destacan ni crean una imagen mental tan marcada y persistente.

Si un guerrero con vestiduras blancas como la nieve, rutilante oro o escarlata vivo apareciera entre una hueste de hombres que pelean con espadas, lanzas y hachas, como en la antigüedad, todos con vestidos y armaduras de colores lúgubres y sombríos, ¿qué efecto produciría? Dondequiera que se encontrara, todas las miradas se dirigirían a él, todos seguirían sus movimientos y gestos con intenso interés, y sus rivales con el mayor cuidado, pues cada vez que evitara un golpe parecería invulnerable, y cuando un enemigo cayera ante él se creería que una fuerza sobrenatural dirige su brazo y los dioses combaten a su lado. ¡Tan grande es el efecto de la simple apariencia! Cualquier bestia salvaje caracterizada por su blancura y, por lo tanto, su mayor visibilidad, parecería más temible que otra; así un toro Chillingham inspira, sin duda, a una persona en peligro de ser atacada, más temor que uno colorado o negro. Por otro lado, miremos a las ovejas y corderos, aunque sus vellones sean más blancos que la nieve, con tanta indiferencia como a los conejos y cervatos, sin que el color signifique nada para nosotros.

Queda todavía algo más que decir sobre la blancura de los animales, pero esto vendrá más tarde. Sería más apropiado hablar primero de la blancura de la nieve y de la del océano en efervescencia.

Todos somos capaces de experimentar en algún modo esa emoción tan poderosamente descrita por Melville ante la vista de las olas en un mar lechoso o de montañas blancas, aunque en muchos, sin duda tal sentimiento será poco intenso. Hay un "algo ilusorio" en nosotros cuando contemplamos la tierra repentinamente cubierta de nieve, pero la emoción es efímera y se la olvida con rapidez, se la desdeña y considera como mera consecuencia de la novedad. En Melville esa emoción era muy fuerte, lo conmovió profundamente y lo hizo meditar mucho respecto a su significado, llegando a la conclusión de que es instintiva en nosotros, como la que siente un caballo al olfatear a algún animal capaz de agitarlo violentamente. El la llama sensación heredada. "Y en algunas cosas -dice- la común experiencia hereditaria de todo el género humano no falla al atestiguar ese algo sobrenatural que tiene este color."

Finalmente, el sentimiento descrito hace revivir en nuestra alma cosas aterradoras de un pasado remoto, desolaciones no imaginables y calamidades estrepitosas que oprimieron a la raza humana.

Es una concepción sublime, adecuadamente expresada, y mientras leemos, la imaginación nos pinta la terrible lucha de nuestros intrépidos y bárbaros progenitores contra el mortal frío del último período glacial; pero la pintura es vaga: aparecen esforzadas figuras humanas en un panorama medio borrado por la nieve que el viento barre. Fue una lucha que duró largos siglos, hasta que el gigantesco fantasma blanco -del cual los hombres de todas partes pensaron liberarse- se convirtió en fantasma del espíritu, un espectro de la fantasía y un horror instintivo que los sobrevivientes transmitieron por herencia hasta nuestros días, tan distantes de aquéllos.

Es muy probable que el frío haya sido uno de los más antiguos e implacables enemigos de nuestra especie; no obstante, rechazo la explicación de Melville, en favor de otra que me parece más sencilla y satisfactoria: ese algo misterioso que nos emociona ante la vista de la nieve deriva del animismo que existe en nosotros y de una forma animista de considerar todos los fenómenos excepcionales. Los sentimientos misteriosos que provoca la tierra nevada no resultan tan extraordinarios, sino que tienen características semejantes a los causados por muchos otros fenómenos, y éstos pueden experimentarse, aunque de una manera muy sutil, casi cualquier día de nuestra vida, si vivimos en contacto con la naturaleza.

No utilizo aquí animismo en el sentido que le da Tylor en su *Primitive Culture*; en esa obra expresa una teoría de la vida, una filosofía del hombre primitivo, que el hombre civilizado suplantó por una filosofía más avanzada. En este contexto animismo no significa una doctrina de almas que sobreviven a los cuerpos u objetos que habitaron, sino que es la proyección de nuestro espíritu en la naturaleza, la atribución de la propia vida, consciente y la inteligencia a todas las cosas, esa facultad primitiva y universal en la que se funda la.. filosofía animista de los salvajes. Cuando nuestros filósofos dicen que tal facultad es.. imperfecta en nosotros y suficientemente rebatida por el razonamiento. o. que solo sobrevive durante un período de nuestra niñez, creo que están equivocados, y pueden descubrir su error por sí mismos si, abandonando sus libros y teorías, realizan un paseo solitario en una noche de luna por el Bosque de Westeflnain o cualquier otro, ya que todos están encantados. Nuestros poetas, que no se expresan: científicamente, sino en el lenguaje de la pasión, aseguran que el s9L se regocija en el cielo y se ríe de la tormenta, que la tierra se alegra con las flores en primavera y que. los campos son felices ,en; otoño, que. las nubes se enojan y lloran, y el viento suspira. “y. se queja al pasar”. Cuando así se expresan, no lo hacen “metafóricamente”, como nos enseñaron, sino en momentos de emoción; cuando volvemos a las condiciones primitivas de la mente, la tierra y toda la naturaleza, están vivas, son inteligentes y sienten como nosotros-. Cuando, después de varios días nublados y tristes, el sol aparece inesperadamente tibio y brillante, ¿quién no. ha pensado en ese primer momento que la naturaleza toda participa. de su alegría consciente.? O, en las primeras horas de una gran congoja, ¿quién no

ha. experimentado un sentimiento de asombro y aun de resentimiento ante la vista de un claro cielo azul y una tierra bañada por el sol?

“No importa cuán poco acostumbrados estemos a dar Cuenta de nuestros actos y condiciones -dice Vignoli-, todos nos hemos encontrado en circunstancias en que se produjo la personificación momentánea de objetos naturales. La vista de algún fenómeno extraordinario nos produce la vaga sensación de que alguien está actuando con un propósito definido.” Ciertamente no “alguien” que está fuera y por encima del fenómeno natural, sino dentro de él y formando un todo, así como el acto de un hombre procede de él y es el hombre mismo. Por cierto, ese grado de animismo sólo se alcanza en muy raros momentos y excepcionales circunstancias, cuando la naturaleza adquiere un aspecto muy particular. Entre esos fenómenos extraordinarios, la nieve resulta, tal vez, el más impresionante. Aparte de ser uno de los más ampliamente conocidos sobre la tierra, está muy asociado en la mente con la suspensión anual de la actividad benéfica de la naturaleza y, por lo tanto, con todo lo que ello significa para la familia humana: la escasez de alimentos y las penurias y los peligros que ofrece el frío intenso. Este conocimiento tradicional de un período inclemente sirve solo para intensificar el animismo, que encuentra un propósito definido en todos los fenómenos naturales y ve en la blancura de la tierra el signo de un gran cambio, no muy bien acogido. Cambio, ~o muerte, puesto que la vida de la naturaleza es eterna; pero su cordial colorido y su dulzura desaparecen. No existe ninguna relación ni vínculo, y si cayéramos o pereciéramos a la orilla del camino, la naturaleza no saldría en nuestra ayuda; ahora se halla fría, indiferente, con su respiración contenida, en un trance de pena o de pasión, y aunque nos ve se comporta como si no nos viera, lo mismo que nosotros ante los guijarros y hojas marchitas esparcidos por el suelo, cuando alguna gran tristeza nos ofusca o solo hay en nuestro corazón algún propósito funesto. Con respecto a la nieve, el sentimiento animista es más poderoso en quienes habitan regiones donde el invierno es crudo y ven año tras año este cambio de la naturaleza; así como las “olas de un mar lechoso” producen más inquietud en el alma de un marino que en la del hombre de tierra firme. Melville relata una anécdota de un viejo marino que desfallecía de miedo ante la vista de un océano de blanca espuma entre cuyas olas se movía el barco. Declara más adelante que no era la idea del peligro lo que lo atemorizaba, pues hallábase acostumbrado a él, sino el color de las aguas. Y para este espíritu animista el blanco no representaba otra cosa que la cólera del mar, y le espantaba la visión de su tremenda ira y designios maléficos.

No hay duda de que las condiciones de vida del marino ponen en evidencia y fortalecen el animismo latente que existe en todos nosotros; el mismo barco en que navega es para él algo viviente y dotado de inteligencia, y cuanto más el océano, que aun a los hombres de tierra que vuelven a navegar después de un intervalo les parece no solo una simple extensión de agua, sino una cosa consciente y con vida. No fue sino mi desconocimiento del mar lo que impidió que la vista de su blancura me afectara profundamente: el animismo en mí es más fuerte con respecto a los fenómenos terrestres, con los cuales estoy más familiarizado.

Volvamos, antes de terminar este capítulo, al tema de los animales blancos. Y primero, unas palabras sobre el oso polar: el terror que inspira este animal, terror que, según dicen las personas que se han encontrado frente a él, excede al que se experimenta ante otras bestias salvajes, ¿acaso no se debe a que se lo asocia a la blancura terrible y desoladora del polo?

Con respecto a la existencia de una blancura anormal en animales que nos son familiares, su vista nos afecta siempre de una manera extraña, aun en seres tan insignificantes e inocentes como un estornino, un mirlo o un tero. Esa clara rareza y el color poco común no llegan a justificar la intensidad del interés despertado. Entre los salvajes, el color blanco se considera a veces sobrenatural, y este hecho me inclina a creer que, así como un fenómeno extraordinario produce una vaga idea de que alguien actúa con un propósito definido, en el caso del animal blanco su color no es producto de un accidente o la casualidad, sino que es el resultado de la voluntad de ese ser y el signo exterior de alguna cualidad de su alma inteligente que lo distingue de los demás. En la Patagonia oí un caso que ilustra el tema. En la llanura, a unos cincuenta kilómetros al este de Salinas Grandes, entre una pequeña bandada de ñandúes, apareció uno completamente blanco. Un grupo de indios que habían salido de caza intentaron capturarlo, pero pronto dejaron de perseguirlo. Más tarde lo llamaron dios de los ñandúes, y se decía que una gran desgracia, tal vez la muerte, le ocurriría a la persona que se aventurara a hacerle daño.

## IX

### Días ociosos

La nieve que dio motivo a tan larga digresión- no había dejado de caer, cuando el cielo azul aclaró nuevamente y emprendí el regreso por un fangoso camino. El sol brillante hizo aparecer muy pronto gruesas grietas y líneas negras en el inmenso manto blanco, y al poco tiempo la tierra recobró su aspecto acostumbrado: el alegre verde con tonos azulgrisáceos, que es la vestidura de la naturaleza en cualquier estación, en esta parte de la Patagonia. En los arbustos de espinos, las aves reanudaron sus cantos.

Si los pájaros de esta región no superan a los de otros lugares en dulzura, ritmo y variedad (y no estoy seguro de que no lo logren) es indudable que se llevan la palma por la constancia con que cantan. En primavera y a principios del verano no cesan de oírse sus notas, y el coro es dirigido por ese incomparable melodista que es la calandria trescolas o calandria blanca, un visitante veraniego. Aun en los meses más fríos del invierno, junio y julio, se oye, cuando hace buen tiempo, el ronco canturreo de la columba moteada (paloma de monte), parecido al de la paloma torcaz de Europa, y en la orilla, desde los deshojados sauces llegan los lamentos más suaves, como suspiros, plenos de sentimiento salvaje, de la torcaza (Zenaida maculata). Mientras tanto, en las mesetas boscosas se oyen los cantos de muchos paserinos, y siempre se destaca entre ellos, con rápidas y vibrantes notas, el cabecita negra. El pecho colorado canta en los días más fríos y cuando el tiempo es más tempestuoso; ni el cielo más lluvioso les quita a los pinzones grises (Diucamínor) el placer de entonar sus himnos matutinos y vespertinos, que cantan todos juntos, formando un alegre concierto. La calandria común es todavía más infatigable y, resguardándose del viento frío, continúa gorjeando los cantos de su interminable repertorio hasta después de entrada la noche; su propia música parece serle tan indispensable para la existencia como el alimento y el aire. Días hermosos y tibios sucedieron a la nevada. Al levantarme cada mañana exclamaba reverentemente, como el vate:

¡Oh, regalo de Dios! Día perfecto

En el que nadie debiera trabajar, sino jugar.

Días sin viento y serenos hasta el último instante, brillaba el cielo sin una nube, y la luz del sol era suave y agradable; sonreían las grises soledades como si fueran conscientes de la celeste influencia. En este lugar es muy común el dicho "una vez cada cien años muere un hombre en la Patagonia". Dudo que en otra región del globo se pueda decir algo semejante, aunque se ha sugerido, con cierta mala intención, que el proverbio se origina en el hecho de que -en esa. región- la mayoría de la gente termina sus días de una manera violenta. No creo que haya en el mundo un clima comparable al que puede gozarse durante el invierno en la costa este de la Patagonia, y aunque el ya no pueda parecer desagradable a algunas personas, a causa de los fuertes vientos que entonces soplan, el aire es en todo tiempo tan seco y puro que allí se desconocen las enfermedades pulmonares. Un rico comerciante de la ciudad me contó que desde muchacho había sufrido de debilidad pulmonar y asma; en busca de salud, abandonó su país, España, y se estableció en Buenos Aires, donde hizo muchos amigos y se dedicó a los negocios. Pero allí también su antiguo enemigo siguió persiguiéndolo; el asma empeoraba día a día, hasta que, por indicación de un médico, hizo una visita a la Patagonia, donde en poco tiempo se puso completamente bien, gozando de un bienestar que no había sentido nunca. Volvió muy contento a Buenos Aires, pero nuevamente enfermó, y llegó a sentirse tan mal que ya la vida le resultaba una carga. Finalmente, desesperado, vendió su negocio y regresó al único lugar donde la existencia le era posible. Cuando lo conocí llevaba unos catorce años de residencia en el



lugar, durante los cuales su estado físico había sido perfecto. Pero no era feliz. Me confesó que había comprado la salud a un precio muy alto, puesto que nunca le fue posible adaptarse a una vida tan ruda; que él era, en esencia, un hijo de la civilización, un hombre de ciudad, que no encuentra placer sino alternando en sociedad, leyendo periódicos, entreteniéndose en el juego o en el café, donde se reúne con amigos y puede hacer con ellos una agradable partida de dominó. Como estas cosas, que él valoraba tanto, nada significaban para mí, no compartí su descontento ni consideré que importara mucho la porción del globo que había elegido para vivir. Pero el caso me interesó, y si alguno de mis lectores abrigara otros ideales, si hubiera sentido el misterio y el deleite de la vida que subyuga su alma, colmándola de entusiasmo y de deseo, y si su cuerpo sufre los estragos de la tuberculosis que amenaza llevarlo de este mundo demasiado prematuramente, a esa persona yo le diría: "Pruebe la Patagonia. Queda lejos y encontrará aspereza en vez de la dulzura de la isla de Madera; pero, ¡cuán lejos van los hombres y a qué lugares tan ingratos son capaces de llegar en busca de rubíes y barras de oro! Y la vida vale algo más que eso." Durante este hermoso tiempo, el solo hecho de existir me parecía un placer suficiente. A veces remaba en el río, cuya anchura alcanzaba en esa zona a trescientos metros; subía hasta la ciudad con la marea y volvía con la corriente, pues necesitaba únicamente un pequeño esfuerzo para mantener el bote, que deslizábase con rapidez sobre la pura agua verde. Otras veces me entretenía buscando la goma resinosa conocida en el lugar por su nombre indio: muken. El arbusto, de ramas muy extendidas, una especie de enebro, me hizo pagar con creces ~n rasguños y desgarrones- el robo de sus lágrimas de ámbar. La goma forma pequeños abultamientos en la cara inferior de las ramas bajas, siendo, cuando está fresca, semitransparente y pegajosa como el almuérdago. Para poder usarla los nativos la reducen a bolitas manteniéndolas en la punta de una vara sobre un recipiente de agua fría. Al acercarle un carbón encendido, el calor derrite la goma, la que cae en gotas dentro del recipiente. Las gotas solidificadas por este procedimiento son amasadas entonces con los dedos, agregándose agua fría de vez en cuando, basta que queda compacta y opaca como masilla. Para masticarla se necesita realmente mucha práctica; mas cuando se ha adquirido este arte indígena, es posible mantener en la boca una de estas pequeñas bolitas durante dos o tres horas diarias, y tal es su consistencia que se usan hasta una semana o más, sin que pierdan su agradable sabor resinoso o disminuyan de tamaño. El masticador de maken se saca la bolita de la boca, la lava y la guarda para volver a usarla más tarde, exactamente lo que hacemos nosotros con el cepillo de dientes. Masticar goma no es puramente un acto ocioso, y lo menos que puede decirse en su favor es que impide el abuso del tabaco, una ventaja nada despreciable para los desocupados habitantes indios o blancos de esta tierra desierta. Preserva también los dientes, manteniéndolos libres de cuerpos extraños y dándoles un lustre perlino que no he visto nunca fuera de esa región.

Mis tentativas para mascar maken fracasaban siempre, pues la goma se extendía invariablemente formando una fina lámina dentro de mi boca, la que cubría el paladar y forraba los dientes como con una envoltura de caucho. Cuando se introduce entre la dentadura, es necesario masticar vigorosamente sebo crudo durante media hora y sorber de vez -en cuando agua fría para endurecer 'la deliciosa mezcla. Pero a veces la goma se desparrama sobre los

labios y se enreda en el bigote o la barba, Ja boca cerrada debe abrirse con los dedos, cuidadosamente, porque ellos también se pegan y quedan unidos por una membrana. Todo esto sucede por no tener una sencilla precaución, lo que nunca le ocurre al masticador habilidoso. Cuando la goma está todavía fresca, en ocasiones puede perder la dureza producida artificialmente, y de pronto, sin ninguna razón, vuelve al estado primitivo en que fue sacada del árbol. El avezado, que conoce por ciertos indicios el instante en que esto va a producirse, se llena la boca con agua fría en el momento crítico, y así evita un percance tan desastroso para el novicio. Masticar molien es una costumbre muy común en todo el territorio de la Patagonia, y por esta razón he descrito esa entretenida práctica. Una vez curado de mi inclinación a masticar goma, erraba durante horas enteras entre los arbustos para oír a los pájaros, familiarizarme con sus costumbres y aprender su lenguaje. ¡Qué esquivas son ciertas especies cuyos instintos las impulsan a esconderse! ¡Qué vigilancia tan astuta y nunca descuidada la suya! Resulta difícil obtener siquiera una visión momentánea de estas aves, pues están siempre prevenidas, y más difícil aún observarlas cuando se recrean sin miedo ni restricciones, inconscientes de la curiosidad de que son objeto. Sin embargo, tal observación solo satisface al naturalista, y cuando se logra, compensa ampliamente el silencio, la atención y la espera necesarios para estudiarlas. En algunos casos las oportunidades son tan raras que, mientras se buscan en vano, el observador se va familiarizando día a día con el modo de ser de esos animalitos huraños que todavía siguen ocultándose a su vista. El gallito (*Rhinocrypta lanceolata*) es un gracioso pájaro que vive en el suelo, lleva la cola erguida y se parece de una manera asombrosa a un pequeño gallo de Java; uno de estos animalitos me espío en cierta oportunidad y, alarmado, empezó a gritar desde una rama cercana. Me dirigí cautelosamente hacia él, pisando con cuidado sobre la arena, y luego con precaución escudriñé entre el follaje. Durante un rato estuvo increpándome con tono alto y enfático; luego calló. Suponiendo que aún estaba en el mismo lugar, rodeé el arbusto varias veces, tratando de verlo. De pronto reanudó su gorjeo en otra planta, algo más allá, hasta que, cansado de jugar a las escondidas, y que al pájaro le tocara la diversión y a mí la búsqueda, lo abandoné y seguí mi camino. De pronto resonaron a unos diez metros de mis pies los tonos mesurados, profundos, percutivos del *Ctenomys* subterráneo, bien llamado allí oculto. Se oyeron tan fuertes y cercanos que llegué a pensar que el tímido y pequeño roedor se había aventurado, por un momento, a ver la luz del sol. Concebí la esperanza de contemplarlo sentado, aunque fuera un instante, temblando al menor ruido, haciendo girar en todas direcciones sus brillantes ojos negros para asegurarse de que ningún enemigo lo acechaba. Mientras los ojos del topo han disminuido hasta reducirse a manchas, la oscura vida subterránea, produjo el efecto contrario en las órbitas del oculto, pues las agrandó, aunque no tanto como las de algunos roedores que viven en cuevas. En puntillas, respirando apenas, me acerqué al arbusto y miré a su alrededor, pero el animalejo ya había desaparecido. Un pequeño montículo de arena húmeda y recién movida, donde había quedado, la impresión de una cola y un par de patitas, me demostró que había estado allí solo un momento antes hinchando la sedosa piel del pecho con los profundos y misteriosos sonidos que escuché. Me había aproximado con cautela y en silencio, más el astuto zorro y el gato de patas suaves como el terciopelo podrían haberse arrastrado ahí cerca, con mayor silencio y cautela, y también a ellos se les habría

escapado. Es el más tímido de todos los mamíferos, tanto que en él la curiosidad nunca vence al temor. Y días, aun semanas, pasaron sin que me fuera posible ver de nuevo tan cerca al *Ctenomys magellanica*. Es la hora del crepúsculo y camino sin rumbo, de pronto oigo cantar cerca de mí a una martineta copetona (*Colodromus elegans*), el ave silvestre de esta región, aproximadamente del tamaño del faisán inglés, la que empieza en este momento su reclamo nocturno. El canto consiste en una nota larga y aflautada, con modulaciones suaves, que se escucha clara y potente en el aire quieto de la noche. Supongo que la bandada es numerosa, pues muchas voces se unían a la suya. Marco el punto y avanzo; pero al acercarme, aunque me mantengo quieto y oculto entre los arbustos, uno por uno los tímidos cantores suspenden sus llamadas. El último en guardar silencio repite su nota media docena de veces, hasta que, imitando a los demás, cesa también de cantar. Yo silbo y él me contesta; nuestro dúo sigue durante unos minutos hasta que, dándose cuenta del engaño, se calla definitivamente.

Empiezo a caminar de nuevo y paso y vuelvo a pasar cincuenta veces por entre los desparramados arbustos; sé que estoy caminando entre los pájaros y que ellos a su vez espían mis movimientos con ojos furtivos; sin embargo, no los veo, ocultos como quedan por su maravilloso parecido con el pasto seco y el follaje que los rodea, y gracias a su instinto, que los hace quedarse quietos en un mismo sitio. Encuentro muchas pruebas de su presencia: plumas bellamente moteadas, caídas de las ala mientras se esponjaban; unos cuantos huecos hechos en la arena, perfectamente circulares, en los cuales se han estado revolcando recientemente, y varias sucesiones de pisadas que van de un hoyo a los otros. Estos hoyos que hacen para espulgarse son utilizados por las mismas aves todos los días, pero a veces hay más pájaros que hoyos, por lo cual el que no se lo asegura con rapidez debe ir de hueco en hueco hasta encontrar uno desocupado. Por supuesto, se producen muchas disputas, y el ejemplar más viejo y fuerte, para cumplir con esta lujuriosa e higiénica costumbre, debe, de cualquier modo, encontrar el sitio necesario.

Abandono el paraje, mas en cuanto me alejo algo menos de cien metros, los pájaros reanudan su llamada en el mismo sitio en que yo estuve; se oye uno, luego dos, hasta que el coro aumenta a veinte veces. El miedo, emoción fuerte aunque transitoria en todos los seres salvajes, los había dominado, pero ya se sienten libres y felices, como si mi sombra errante nunca hubiera pasado por allí.

Llega el anochecer, que pone fin a mi inútil investigación, y digo inútil con verdadero placer, porque si hay algo que nos sentimos inclinados a detestar en esta plácida tierra es la doctrina de que todas las investigaciones que se lleven a cabo en el reino de la naturaleza deben reportar algún provecho, presente o futuro, para la raza humana.

Con la noche llega también la cena bienvenida para el hambriento y la hora de calentarnos ante la llama cordial de un fuego de leños, yo de un lado y mi huésped que es soltero del otro. El humo se eleva de nuestros labios silenciosos, mientras vanos sueños se apoderan de nuestra mente, digno final

de un día perfecto. Mi compañero es también un ocioso, mucho más de lo que yo pudiera llegar a serlo.

Leemos poco; mi amigo nunca recibe cartas. Sólo pude encontrar un libro en la casa, un misal español bellamente impreso en letras rojas y negras, y encuadernado en marroquí rojo. Lo tomo y leo en voz alta hasta que mi oyente, cansado de las oraciones, no obstante ser hermosas, me invita a una partida de naipes. Por algún tiempo no sabemos qué pago imponer al perdedor, pues los cigarrillos son de propiedad común. Al final pensamos en los cuentos; el que más partidos pierde durante la noche debe contar un cuento, a manera de amable soporífero, para retirarnos luego a dormir. Mi contrincante gana invariablemente, lo que no me sorprende, pues ha sido un jugador profesional la mayor parte de su vida y puede repartirse las mejores cartas cuando baraja. Más de una vez lo sorprendí en el momento crítico, porque subestimaba a su contrario y no se cuidaba mayormente. Solía predicarle sobre la inmoralidad de las trampas en el juego, aun cuando nos dedicáramos a él solo por placer o por algo muy parecido. Mis críticas no encontraron eco en su mente patagónica, pues riéndose me explicaba que lo que para mí era hacer trampas significaba para él una habilidad superior adquirida después de mucho estudio y práctica. Y así sucedió que cada noche me veía obligado a recordar o inventar historias para pagar mis deudas.

El invierno se siente en esas regiones únicamente por la noche, pero en setiembre ha concluido, aunque los pájaros del verano no hayan vuelto todavía ni los bosques de espinillos enanos se hayan engalanado con el amarillo brillante de sus flores. En todas las estaciones el aspecto general de la naturaleza es siempre el mismo, debido al permanente follaje gris de los árboles y a la vegetación de los arbustos que cubren el campo.

A medida que la primavera avanza, cada día es más esplendoroso que el anterior; después del desayuno vago por el campo, libre de ~a carga de mi escopeta, sin otro propósito que el de recrear la vista. Cerca de mi casa hay una elevación llamada Barranca de los Loros, donde la rápida corriente del río, alterando su curso, ha socavado la costa hasta formar un escarpado y pulido acantilado de más de treinta metros de alto. En tiempos remotos había tal vez en la cumbre una población de indios, pues encontré allí frecuentemente puntas de flecha; ahora el frente del barranco está habitado por una gran cantidad de ruidosos loros patagónicos, que tienen sus nidos ancestrales en la roca. También tiene allí albergue una bandada de palomas que se han hecho salvajes, un par de pequeños halcones (*Falco sparverius*) y una colonia de golondrinas purpúreas. Solamente estas últimas no han vuelto aún de sus excursiones al Ecuador. Cuando llego al precipicio todo está silencioso, pues los parleros loros han salido en busca de alimentos. Me echo al suelo boca abajo y miro por encima del borde; lejos, muy lejos de mí, una gran cantidad de gallaretas se solazan plácidamente en el agua. Agarro una piedra del tamaño del puño y, asomándome sobre el peligroso borde, la arrojo al río, cae en medio de la bandada, levantando una columna de agua de tres metros de altura. ¡Qué pánico se apodera de los pájaros! Empiezan a huir precipitadamente, cayéndose a cada paso como si estuvieran heridos, sumergiéndose a ratos en el agua, apareciendo luego sin detenerse a mirar a

su alrededor. Saltan y agitan sus alas con ese alboroto y barullo de que sólo las gallaretas son capaces; con las patas extendidas hacia atrás, rozando apenas la superficie o dando vueltas sobre el agua, empiezan a volar sembrando una alarma innecesaria entre las bandadas de patos gargantilla, de chillones picazos y magníficos cisnes de cuello negro, hasta que al fin logran alcanzar la orilla opuesta.

Satisfecho por el éxito de mi experimento, abandono el precipicio con gran alivio de las azules palomas y de los pequeños halcones; estos últimos me habían visto actuar con cierto recelo, pues ya se hallaban en posesión de un agujero sobre la roca para hacer allí su nido.

Siguiendo mi caminata descubro un hormiguero de grandes hormigas negras o Ecodoma que existen en todo el continente sudamericano, y son los más importantes miembros de esa tribu social de insectos de la cual se ha dicho que su inteligencia está inmediatamente después de la nuestra. Por cierto, esta hormiga en sus actividades tiene mucho de la inteligencia del hombre y carece de los desagradables hábitos de otras especies, con castas guerreras y esclavos. La que me ocupa es de hábitos exclusivamente agrícolas y construye galerías subterráneas en las que almacena hojas frescas en cantidad sorprendente. No come las hojas, las corta en pequeños trozos y las arregla en montones que se cubren rápidamente de una vegetación de hongos pequeños, los que recoge la industriosa hormiga y guarda para su uso. Cuando las hojas se secan, las saca afuera para reemplazarlas por una nueva remesa de hojas frescas. Así, la OEcodoma fabrica literalmente su propio alimento, y a este respecto parece haber alcanzado el mayor grado de perfección entre sus congéneres.

Otro hecho interesante: esta especie es muy pacífica y no muestra enojo, excepto cuando se la molesta gratuitamente; pero es tan valerosa como cualquier especie voraz, aunque su cólera e inclinaciones guerreras parecen estar siempre dominadas por la razón y el sentido del bien común. De vez en cuando una comunidad de hormigas cortadoras de hojas declara la guerra a alguna colonia vecina de otra especie, y en esto, como en todo lo demás, parecen actuar con un propósito bien definido y gran premeditación. Las guerras no son frecuentes, pero en todas las que he presenciado -y conocí esta especie desde niño el destino de los combatientes se decide en una gran batalla campal. Eligen un espacio de terreno desocupado, donde se encuentran los ejércitos enemigos y sostienen una lucha violenta de algunas horas, renovándose la pelea durante varios días consecutivos. Los combatientes, igualmente diseminados sobre un campo amplio, suelen trabarse en combates individuales o entre pequeños grupos; los que no pelean se mueven rápidamente de un lugar a otro, retirando del campo de batalla a los guerreros muertos o inutilizados.

Tal vez algún lector cuyos conocimientos de la naturaleza hayan sido adquiridos en una plaza de Londres sonría ante este relato extraordinario. Yo he sonreído también y me he apenado un poco, quizás, al observar una de estas "batallas decisivas", pensando que la estable civilización de las OEcodoma continuará floreciendo sobre la tierra, aun cuando haya dejado de

molestarías nuestro afiebrado deseo de progreso. ¿Parece esto demasiado fantástico? ¿No habrá cruzado el mismo pensamiento por la mente de un sacerdote peruano, mientras contemplaba ociosamente la labor de una colonia de esas hormigas, hace mil años, cuando la corrupción no había minado aún el Imperio, preparándolo para la muerte, mucho antes de que vinieran los españoles? La historia conserva un breve fragmento en el que se demuestra que los Incas no estaban completamente esclavizados por las tradiciones sublimes que enseñaban al vulgo; poseían también, como los filósofos modernos, un concepto de ese implacable poder de la naturaleza que ordena las cosas y que está por encima de Viracocha y Pachacamac, y de los majestuosos dioses que gobiernan los torbellinos y tempestades, los que tienen sus tronos en los picos eternos de los Andes. Cinco o seis siglos han producido, probablemente, pocos cambios en la vida de la OEcodoma y, sin embargo, la espléndida civilización de los hijos del Sol, que parecía destinada a perdurar, ha desaparecido por completo de la tierra.

Pero volvamos a nuestro tema. El hormiguero que descubrí era más populoso que Londres, y de él partían varios caminos, cada uno de los cuales era de diez a doce centímetros de ancho y se extendía serpenteando cientos de metros por entre los arbustos. Ninguna calle de las grandes ciudades podía estar más llena de gente presurosa y ocupada que uno de esos caminos. Me senté a la vera de uno de ellos, en el justo lugar donde se abría en la arena amarilla, y me cansé de mirar la interminable procesión de pequeñas trabajadoras. Cada una llevaba una hoja en la boca, y de pronto oí un susurro que me llegaba de alguna parte:

Siempre el diablo encuentra algun daño

que encomienda a las manos ociosas.

Por lo común, nos resulta cómodo tener, aunque sea hipotéticamente, alguien a quien cargar la responsabilidad de nuestros malos actos. Previendo a mi conciencia que solo trataba de hacer un experimento científico, no tan cruel como los que proporcionaban tanta alegría al piadoso Spallanzani, cavé un profundo hoyo en la arena; las hormigas continuaban su camino con su sagacidad ciega y tonta, y caían confundidas en el interior una tras otra. Llegaban cientos y cientos, y parecían una interminable majada de ovejas saltando al pozo al que las habla guiado el carnero. Luego los cientos se convirtieron en miles, y el hueco abierto en el suelo empezó a llenarse de una masa negra de agitados y afiebrados insectos. Cada hormiga que caía llevaba consigo algunos granos de traicionera arena, lo que hacía más fácil el descenso, de modo que el hoyo no tardó en estar lleno hasta desbordar. Cinco minutos más tarde todas ellas estaban nuevamente entregadas a su acostumbrada labor, tal vez algo doloridas de golpearse unas contra otras, pero no en peor situación por su caída, y de la terrible caverna solo quedaría una pequeña depresión. Satisfecho con el resultado obtenido, reanudo mi solitario paseo y llego hasta un bello arbusto llamado la escandalosa, ante el cual resuelvo agregar otra fechoría a mi lista de delitos. Puede parecer extraño que

así se llame un arbusto, pero es éste uno de esos curiosos nombres con que los paisanos argentinos han bautizado algunas de sus plantas raras: amor seco, tabaquera del diablo, hierba vergonzosa y otras por el estilo. La escandalosa es un arbusto de uno o dos metros de alto, espesamente revestido con una gran cantidad de hojas punzantes y cubierto durante todo el año de flores grandes y perpetuas, de color amarillo pálido. Una curiosa característica de esta planta es que cuando el fuego la toca arde como un montón de virutas, produciendo extraños silbidos; luego se consume rápidamente, quedando reducida a cenizas. Así, el arbusto que había encontrado ardió en su ley al arrimarle un fósforo a las ramas.

Disfruto enormemente de la escena viendo las brillantes lenguas de fuego estirarse y encogerse entre el oscuro follaje, lo cual constituye un espectáculo magnífico; pero de pronto, al contemplar a mis pies el montón de cenizas blancas donde un momento antes se alzaba esa verde maravilla, cubierta con sus flores eternas, empiezo a sentirme sinceramente avergonzado. Porque, ¿cómo he ocupado el día? Recuerdo con remordimiento la broma que hice a las inocentes gallaretas, así como también el grave trastorno causado a toda una colonia de industriosas hormigas, porque el ocioso mira impacientemente las ocupaciones de los demás y siempre aprovecha con alegría la oportunidad de mostrarles la futilidad de su labor.

¿Pero qué motivo tenía yo para quemar esa planta floreciente, que no trabajaba, tan lenta en su crecimiento, tan inútil entre las plantas como yo entre los hombres? ¿Acaso sobrevive todavía en nosotros algo del espíritu de nuestros antepasados, los monos? ¿Quien que haya visto simios en el cautiverio, con su profunda e inconsecuente gravedad y ese insensato deleite en su propia irracionalidad, no les ha envidiado el ser inmunes a las críticas? Ese alivio intenso que experimentan todos los hombres, graves o alegres, al verse libres de convencionalismos para entregarse a la soledad, ¿qué es, después de todo, sino el placer de volver a la naturaleza, de ser durante algún tiempo como los animales salvajes, como los monos en medio de la selva, sin que nadie limite nuestras alegrías ni diversiones, y con solo un más puro sentido del ridículo para distinguimos de los otros seres? ¿Qué opinión se habría formado de mí -se me ocurrió pensar de repente una persona que estuviera buscando yuyos o resma, o simplemente un curioso que deseara saber cómo pasa su día un naturalista de campo que no usa escopeta, y le hubiera dado por seguir secretamente mis pasos y espiar cuanto hacía?

Salto alarmado y miro a mi alrededor. ¡Santo cielo! ¿Qué es lo que veo a unos sesenta metros entre los arbustos, ese ser con aspecto humano? ¡Ah, qué alivio! Solo se trata de una liebre patagónica (*Dolichotis patagonica*) que, sentada sobre su ancas, me mira con un manso asombro dibujado en sus grandes ojos tímidos.

Los pajaritos se vuelven más audaces y llegan en multitudes, escudriñan curiosamente desde cada rama, gorjean y cantan, con explosiones de risas agudas y burlonas. Me siento enrojecer, sus mofas se me hacen intolerables y, como el buho, huyo de su persecución para esconderme en la espesura de la maleza. Allí, cubierto y oculto por una cortina gris verdosa, me echo sobre el

mullido suelo de arena y permanezco silencioso e inmóvil como mi vecina -una pequeña araña posada en su tela geométrica- hasta que la luz que mengua y la flauta de la martineta me urgen a regresar, pues la cena está pronta.

X

## La música de los pájaros en América del Sur

Fuera verano, otoño, invierno o primavera, era siempre un placer oír el canto de los pájaros en la Patagonia. Abundaban especialmente en el sitio en que el valle cultivado con montes y huertas era más estrecho y donde la espinosa vegetación de las tierras altas se acercaba más a sus bordes; como en Inglaterra, los pájaros pequeños se encuentran en mayor cantidad donde los montes de frutales se hallan próximos a extensos bosques y praderas. Como en los primeros hay un constante abastecimiento de insectos y los segundos les proporcionan el amparo salvaje que ellos prefieren, pasan continuamente de los unos a los otros. A cierta distancia del río no se veían tantos pájaros, y en la parte más alta de las lomas, a unos ciento sesenta kilómetros de la costa las aves eran muy escasas.

Cuando estaba de humor ocioso, acostumbraba vagar entre los arbustos, lejos del río, especialmente durante los días calurosos de la primavera para oír las voces de aves nómadas recién llegadas de los trópicos, y los cantos vigorosos y bellos de las especies que allí residen todo el año. Era un placer para mí caminar simplemente durante horas, moviéndome con cuidado entre las plantas, deteniéndome a ratos para oír una nota nueva o permanecer inmóvil sentado o acostado y escondido entre la maleza, hasta que los pájaros se olvidaban de mí o yo dejaba de preocuparles. Las calandrias estaban siempre presentes; cada una de ellas se posaba en la ramita más alta de su espino favorito, emitía a intervalos unas cuantas notas, algunas frases y luego escuchaba a las demás. Algo, sin embargo, enturbiaba un poco mi felicidad, y era pensar que los viajeros y naturalistas europeos, cuyos trabajos conocía, no decían nada o hablaban muy poco -y eso de manera despectiva- acerca de la música de estos pájaros, que tanto me encantaban a mí. Recordaba muy especialmente, con cierta indignación, las pocas palabras de Darwin, el más famoso de todos y el que prestó mayor atención a la vida de los pájaros de la región meridional de América del Sur. El mejor elogio que hizo de un cantor patagónico fue adjudicarle “dos o tres notas agradables”, y de la calandria, uno de los mejores melodistas del Plata, dijo que era casi el único pájaro de la zona que verdaderamente cantaba con decisión, y agregó que su canto era superior al de cualquier otra clase y ¡parecido al de la curruca de los juncos! Hablando de especies británicas, no me parece acertado decir que el canto de la curruca



se parece al del zorzal. Creo, si, que el canto del zorzal y el de la calandria se asemejan, y no estimaría muy exagerado afirmar que toda la música que emite el zorzal puede extraerse de las ejecuciones de la calandria. Sentía entonces un poderoso deseo de decir algo sobre ese asunto, porque, dejando de lado la cuestión de la música de los pájaros en América del Sur, no pensaba que los exploradores mencionados habían pasado por alto lo mejor de las aves cantoras que conocí. Pero carecía de títulos para hablar; no había oído al ruiseñor, al zorzal, al tordo, la alondra y demás miembros de ese famoso coro cuya melodía ha sido, por tantos siglos, un deleite para nuestra raza. Por lo tanto, no podía estar absolutamente seguro de que en realidad fueran los otros los equivocados ni tampoco de la exactitud de mi alta opinión acerca de los melodistas de mi propio país. Ahora que me he familiarizado con la música de los pájaros canoros de Inglaterra, el caso es diferente ya que puedo referirme al tema sin temores ni dudas. Pero no voy a hacer un parangón entre los cantos de los pájaros sudamericanos y los de las aves inglesas. Y esto por dos razones: porque ya he escrito sobre ello en *Argentine Ornithology* y *The Naturalist in La Plata* y porque la música de los pájaros y, en general, todas sus notas son muy difíciles de describir. No tenemos símbolos para representar tales sonidos en el papel y, por ende, nos sentimos tan impotentes para explicar a otros la impresión que nos producen como para describir el aroma de las flores. Nos cuesta convencernos, naturalmente, de esta incapacidad. En mi caso, la triste conclusión se me impuso de tal manera que me fue imposible eludirla. Nadie fuera de Inglaterra pudo haberse preocupado tanto -mediante preguntas o leyendo trabajos ornitológicos- por lograr una idea exacta sobre los cantos de los pájaros ingleses. Sin embargo, más tarde, al oírlos, me cercioré de que todos mis esfuerzos habían sido vanos, pues cada una de sus notas resultaba una sorpresa para mí. No podía haber sido de otro modo. Imaginemos la melodía brillante del petirrojo; las modulaciones sostenidas y líricas del reyezuelo, agudas y sin embargo delicadas; el descuidado canto-recitado de la curruca común; los breves trozos de música soñadora y etérea del reyezuelo de los bosques, que brotan del alto follaje translúcido; la mezcla apresurada y fantástica de sonidos dulces y ásperos de la silvia de los juncos; el canto, que alguien 'llamó gorjeo, de la golondrina, en el cual las notas ágiles y elevadas parecen danzar en el aire, de manera que se percibe más de una por vez, como si cantaran varios pájaros, un canto espontáneo y alegre, como la risa de un duende imposible de imaginar.

¡Quién puede dar una idea de semejantes sonidos con símbolos tales como las palabras! Es fácil decir que un canto es corto, prolongado, variado o monótono; que una nota es dulce, clara, vigorosa, débil, alta, penetrante, aguda, etc., pero todo esto no nos muestra el carácter distintivo del sonido; estos vocablos solo descubren las cualidades genéricas, no las específicas e individuales. Nos ayudan a veces a describir una canción, denominándola alegre, feliz, quejumbrosa, tierna, etc., pero se trata de un medio grosero que engaña a menudo. Así, en el caso del ruiseñor esperaba oír, por lo que había leído, un canto semejante a un lamento. Lo hallé en cambio tan distinto que, inclinándome hacia el extremo opuesto, lo calificué, como Coleridge, de alegre. Mas poco a poco deseché esta idea, como igualmente falsa; cuanto más escuchaba más me admiraba de la pureza del sonido en algunas notas, la frase exquisita, los hermosos contrastes. El arte era perfecto, pero no había

ninguna pasión, ningún sentimiento humano; en realidad, no es triste ni hay nada doloroso en él, aunque le falta esa alegría que percibimos en los arpeggios de la alondra. Cuando oímos un canto que todos denominan “tierno”, reconocemos quizás alguna cualidad que se asemeja levemente a la ternura del lenguaje o canto humanos, o nos afecta como ella; pero si pensamos un momento percibimos que no es ternura, que no hay emoción humana, que el efecto no es nunca el mismo. Lo hemos descripto así porque carecemos de vocablos más adecuados para expresar fielmente tales sentimientos.

Ciertos naturalistas ilusos aprueban el antiguo método de deletrear los sonidos y notas de los pájaros. Es muy probable que quienes lo usan crean realmente que la palabra impresa traduce al lector determinados sonidos y que los vocablos pueden dar una idea del canto de los pájaros a las personas que no los han oído nunca, así como ciertos signos arbitrarios escritos sobre un pentagrama representan voces humanas. Es una fantasía y un error. No hemos inventado todavía ningún sistema de caracteres que simbolice los cantos de los pájaros, ni hay posibilidad de que lo hagamos. En primer término, porque no conocemos más que algunos de esos sonidos, dado su número y variedad y, en segundo lugar, porque son diferentes en cada especie y así como nuestra anotación humana representa solamente nuestros sonidos específicos humanos, así también la anotación del lenguaje de un pájaro, el de la alondra digamos, no puede aplicarse al de otras especies -al ruiseñor, por ejemplo-, a causa de la diferencia de calidad y timbre de ambos.

Una de las causas de la extrema dificultad para describir las voces de los pájaros es que casi todas ellas -desde el resonante grito que se puede oír a cuatro o cinco kilómetros de distancia hasta la débil nota que emite un ser no mayor que una mosca- tienen cierta cualidad aérea que las diferencia de los otros sonidos. Indudablemente, varios factores contribuyen a darles este carácter: el gran desarrollo del órgano vocal hace que su voz -aparte de ser más hermosa- tenga más largo alcance que la de otros animales de igual tamaño. El cuerpo de los pájaros es menos sólido, sus huesos y plumas están llenos de aire y hacen las veces de una caja de resonancia. Además, el esófago, sumamente extensible, aunque no tiene conexión con la tráquea, es empujado hacia fuera cuando el pájaro emite sus notas, por el aire inspirado; y ese aire, tanto cuando es retenido como cuando es expulsado, altera de algún modo la voz. Por otra parte, generalmente, el pájaro canta desde una altura más o menos elevada y no se posa en su rama como un sapo acurrucado, sino que se yergue sobre sus finas patas, de manera que los sonidos adquieren una resonancia mayor.

Hay voces de pájaros que pueden ser -y a menudo son- semejantes a otros sonidos:

a las campanas, al resonar del martillo sobre el yunque y a varios otros ruidos metálicos, así como el que se produce al pulsar cuerdas metálicas estiradas. También a los sonidos más o menos musicales que podemos arrancar de las maderas y huesos y de los vasos de vidrio, golpeándolos y pasando por los bordes las yemas de los dedos humedecidos. Hay voces que se asemejan también a las emitidas por algunos mamíferos, como por ejemplo los mugidos,

bramidos, relinchos, ladridos y aullidos. Otros imitan los sonidos de diversos instrumentos musicales y vocales, pareciéndose a la conversación, a susurros de un ser humano, a silbidos, toses, risas, gemidos y estornudos. Pero en todos ellos, o por lo menos en una gran mayoría, hay cierta resonancia aérea, que nos indica, aun encontrándonos en el corazón de un bosque espeso, en medio de una fauna desconocida, que ese sonido que nos llama la atención es emitido por un pájaro. El yunque resonante se encuentra entre las nubes; la sonora campana se halla en alguna parte, suspendida en el aire; los invisibles seres humanos que silban y susurran quedadamente, o que aplauden y ríen, no están ligados como nosotros a la tierra, sino que flotan aquí y allá, según su deseo.

Hay sonidos, aun los más terrestres, que adquieren esa característica aérea, sobre todo cuando se oyen a cierta distancia, en una atmósfera tranquila. Algunos de nuestros más bellos instrumentos, tal como la flauta, la corneta, el caramillo y otros, al oírse débilmente en un espacio abierto, tiene ese carácter aéreo de las voces de los pájaros, con la diferencia de que se oyen algo oscuros y confusos, mientras que las notas que emiten las aves -aunque aéreas- son límpidas como ninguna otra.

John Burroughs, en sus excelentes *Impressions of Some British Song Birds* dice que muchos cantores de América son tímidas aves de los bosques, raras veces vistas u oídas cerca de viviendas humanas, mientras que casi todos los pájaros ingleses están semidomesticados y cantan en jardines y huertos. Es por esto, y a causa de sus voces más suaves y lastimeras, que parecen al viajero europeo inferiores a las de su país. Esta afirmación podría aceptarse si en vez de América del Norte consideráramos a la parte más cálida y mayor de América del Sur, o de la región neotropical, que comprende todo el continente americano al sur del istmo de Tehuantepec. En las regiones tropicales y subtropicales de la zona, que es mucho más rica en especies que la mitad norte del continente, los cantores no se agrupan, por cierto, a la manera de los pájaros europeos, cerca del hombre, como si estuvieran dotados de sus voces melodiosas solo para deleite de los oídos humanos; son principalmente aves de las selvas, de los bañados y de las praderas. Si uno de sus mayores méritos pasó inadvertido es porque los coleccionistas y naturalistas europeos, cuyo objeto ha sido obtener muchos ejemplares y algunas variedades nuevas, no tuvieron oportunidad de interiorizarse de las costumbres y facultades de las especies encontradas. En ciertos lugares de los trópicos, los pájaros son muy escasos y a menudo no existen en los bosques tupidos. De la Guayana Británica, dice Thurn:

“La ausencia casi completa de notas dulces en los pájaros llama inmediatamente la atención del viajero que viene de países templados, habitados por zorzales y currucas”, y Bates afirma, hablando de las selvas amazónicas: “Las pocas voces de pájaros son de ese carácter triste y misterioso que intensifica la sensación de soledad en vez de sugerir vida y alegría”.

No es solo la escasez de pájaros en grandes extensiones de terreno lo que hace que los trópicos parezcan a la imaginación europea una región “donde las

aves se olvidan de cantar”; ni tampoco es esto lo que inspiró una opinión tan pobre acerca del canto de los pájaros de América del Sur, a muchos viajeros y naturalistas.

La antigua idea según la cual las aves de brillante plumaje emiten únicamente sonidos duros y desagradables, como por ejemplo el guacamayo y el pavo real, mientras que los pájaros de coloridos sobrios de las regiones templadas, especialmente de Europa, son melodiosos y delicados aún persiste en muchas personas. Esas notas armónicas se oyen en Inglaterra, y en los trópicos, los gritos agudos, ásperos y chillones. De hecho, las especies de plumaje sombrío aventajan grandemente en número a las de colorido alegre en las regiones de clima cálido. Mencionaré solo dos familias de paserinos sudamericanos, los leñateros y los formicáridos, que suman juntas cerca de quinientas especies, tantas como todas las familias de pájaros europeos, y que son casi sin excepción de colores sobrios. El melodioso jilguero, el verderón amarillo, el pardillo, el herrerillo azul, el pinzón y la motacila amarilla parecerían muy alegres y llamativos entre ellos. Sin embargo, estos pájaros tropicales de colorido sobrio que he mencionado no son cantores.

Debo recordar también que América del Sur abarca una gran variedad de climas; que toda la vasta extensión que comprende Chile, la mitad sur de la Argentina y la Patagonia corresponden a la zona templada. También, en gran proporción, los cantores sudamericanos pertenecen a familias que son universales, en las que están incluidas las más hermosas voces de Europa: las de los zorzales, currucas, ratonas, alondras, pinzones, etcétera.

Los verdaderos zorzales están bien representados y algunos difieren apenas muy levemente de los tipos europeos; el silbido del mirlo argentino es confundido a veces por los británicos con el del ejemplar más pequeño de su tierra. Las calandrias constituyen un grupo de la misma familia (Turdidae), pero con cualidades vocales más altamente desarrolladas. Es cierto que las tanagras, que suman cerca de cuatrocientas especies, forman una familia exclusivamente neotropical; en su mayoría son de colores brillantes y algunas rivalizan con los picaflores por sus tonos vivos y el lustre metálico de su plumaje, pero se relacionan en forma directa con los pinzones, y en el género en que estos grandes grupos se tocan y se mezclan es imposible decir de muchas especies cuáles son pinzones y cuáles tanagras. Otra familia puramente americana, con ciento treinta especies conocidas, en su gran mayoría ataviadas con colores brillantes, alegres y de vivos contrastes, son los troupiales-Icteridae que están íntimamente relacionados con los estorninos del Viejo Mundo. Puede agregarse, finalmente, que los verdaderos melodistas de la región neotropical, los paserinos del suborden de los oscinos, que tienen el órgano vocal muy desarrollado, suman cerca de mil doscientas especies, lo que resulta realmente notable si recordamos que, de las quinientas existentes en Europa, solo doscientas cinco, cuando mucho, se clasifican como canoras, incluyendo los papamoscas, los pájaros corvinos y muchos otros cuyas voces carecen de cualidades melódicas.

Es evidente, pues, a partir de los datos y hechos mencionados, que los cantores no escasean en América y que, por el contrario, sobrepasan en

cuanto al número de especies a todas las otras partes del globo de igual extensión. Solo resta decir algo sobre el valor y el carácter de la música. Y aquí pensará el lector que me he metido en un aprieto, puesto que empecé quejándome de la poco valiosa opinión emitida por los escritores europeos acerca de los melodistas de mi país y, al mismo tiempo, renunciaba a la idea de describir yo mismo sus cantos, comparándolos con los de Inglaterra. Afortunadamente para mis propósitos, no todos los conspicuos viajeros que han visitado América del Sur y cuyas palabras tienen algún valor han dejado de oír o de apreciar la música de los pájaros del gran continente: hay excepciones notables. Citaré unos pocos párrafos con los que podré defender mis argumentos, empezando por Félix de Azara, contemporáneo de Buffon, para terminar con los viajeros más ilustres de nuestra época: Wallace y Bates.

De Darwin solo podemos decir que son tan pocas y de tan escaso valor sus palabras sobre los cantos de los pájaros que probablemente estas melodías naturales ~ hayan proporcionado muy poco placer, o tal vez ninguno. No es raro encontrar personas absolutamente indiferentes a las voces de las aves así como existen otras a quienes la música humana, vocal o instrumental, no les produce ninguna emoción.

En España, Azara se familiarizó desde su niñez con los cantores de Europa, y en el Paraguay y el Plata prestó gran atención al lenguaje de las especies que describe. En sus siempre nuevos Apuntamientos dice: "Están equivocados quienes creen que no hay aquí tantos y tan buenos cantores como en Europa"; y en la introducción al mismo trabajo, al referirse a la opinión de Buffon sobre la inferioridad de los melodistas americanos, escribe: "Pero si en el Viejo Mundo se eligiera un coro de pájaros Cantores y se comparara con uno de igual número del Paraguay, no estoy seguro a cuál correspondería la victoria". Del canto de la ratona del Plata (*Troglodytes furvus*), este autor afirma que "en estilo es comparable al ruiseñor, y aunque sus frases no son tan delicadas y expresivas, sin embargo lo contaría entre los primeros". Esta opinión, con el engañoso catálogo de Daines Barrington, me hizo dudar interiormente de la exactitud de tal juicio, ya que la ratona en cuestión es un cantor muy alegre; pero cuando oí el ruiseñor, acerca de cuyo canto me había formado una idea tan falsa, me pareció que Azara no estaba muy equivocado Nada me sorprendió más aquí que el canto del reyezuelo británico; es una sucesión de notas claras y agudas, completamente distintas a las modulaciones alegres y variadas de su pariente cercano, que habita esa tierra distante.

La melodiosa familia de los reyezuelos cuenta con muchos géneros ricos en especies en la región neotropical, y así como en ese continente los zorzales han desarrollado una música más hermosa y variada en las calandrias, ha sucedido lo mismo en esta familia con los géneros *Thyothorus* y *Cyphorhínus*, que incluyen a los célebres pájaros flauta y pájaros órgano de la parte tropical de América del Sur. D'Orbigny, en el *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, describe con entusiasmo a uno de estos reyezuelos, posado en una rama que colgaba sobre un torrente, donde su rica y bien modulada voz contrastaba en forma extraña con el melancólico aspecto de los alrededores. Dice que su cantar no puede compararse con ninguno de los que oímos en Europa, y excede en volumen y expresión al ruiseñor. Frecuentemente suena como una

melodía producida por una flauta, tocada a gran distancia; otras veces, sus cadencias variadas y armoniosas se mezclan con notas claras, penetrantes y profundas. En realidad -concluye-, no tenemos palabras adecuadas para expresar los efectos de este canto que suena en medio de una naturaleza exuberante o de una escena montañosa, inculta y salvaje. Simson, en *Traveis in the Wílds of Ecuador*, se refiere con el mismo entusiasmo a las especies de *Cyphorhínus*, comunes en ese país. Era el canto más hermoso y tierno que había oído en su vida; la melodía no era igual en todos los ejemplares; su tono se asemejaba al suave sonido de la flauta, y la corrección musical de sus notas era tan sorprendente, que parecían emitidas por una garganta humana.

Es aun más valioso el testimonio de Bates, uno de los sabios menos impresionables que han residido en la zona del continente tropical. Sin embargo, su relato acerca de los pájaros no es menos fascinador que el de D'Orbigny: "En los alrededores de estas chozas escuché con frecuencia al realejo o pájaro órgano (*Cyphorhinus cantans*), el cantor más notable de la selva amazónica. Cuando se oyen por primera vez sus modulaciones singulares es difícil convencerse de que no son producidas por una voz humana. Imaginamos a un muchacho, juntando frutos en la espesura y entonando una canción para animarse. Ahora, los tonos se hacen más aflautados y tristes, pareciéndose a los de un caramillo, y no obstante la absoluta imposibilidad de ello, por un momento se cree que alguien toca ese instrumento... Es la única ave canora que produce alguna impresión a los nativos, quienes a veces abandonan los remos cuando viajan en sus pequeñas canoas, como heridos por el misterioso canto." Realmente, debe de haber sido maravilloso para causar tal efecto. Para terminar con las citas, estas sensatas reflexiones de Amaron and Rio Negro, de Wallace, nos permitirá librarnos de un viejo error: "Creemos necesario modificar la opinión general de que los pájaros de los trópicos adolecen en sus cantos de una deficiencia proporcional al brillo de su plumaje. Muchos pájaros refulgentes de los trópicos pertenecen a familias y grupos que no cantan; pero nuestros pájaros más brillantemente coloreados, como el jilguero y el canario, no son menos musicales, igual que otros muchos pequeños y bellos ejemplares de estos parajes. Hemos oído notas parecidas a las del mirlo y petirrojo, y un pájaro emitió tres o cuatro notas muy dulces y lastimeras que atrajeron particularmente nuestra atención; muchos tienen gritos peculiares, en los cuales las personas imaginativas podrían descubrir palabras, y que en la calma del bosque producen un efecto muy agradable".

Volvamos, antes de finalizar este capítulo, a la observación de Azara, acerca de un selecto coro de pájaros paraguayos. Me parece que cuando los mejores cantores de las dos partes hayan sido comparados y se llegue a un veredicto, habrá que agregar algo. Los cantos dulces y hermosos de los melodistas más estimados constituyen solo una parte -pero de ninguna manera la más importante- del placer que experimentamos al oír cantar a los pájaros de cualquier lugar. Todos los sonidos naturales producen sensaciones agradables en las personas sensibles: el golpeteo de la lluvia sobre las hojas, en el bosque, el murmullo del viento, el mugido de las vacas, el choque de las olas contra la costa, y volviendo a los pájaros, los agudos tonos del chorlo, el lamento del chorlito, los gritos de las aves emigratorias, el graznido de las

cornejas en los olmos, el ulular de las lechuzas y el asombroso aullido del grajo en el bosque nos proporcionan deleite apenas menor que el producido por los cantos ajustados de cualquier melodista. Hay un encanto en la infinita variedad de voces de los pájaros oídos en los bosques y bañados de la parte sur del continente americano, donde las aves son tal vez más abundantes, y la belleza de sus trinos excede a la de los muchos cantos de voces monótonamente melodiosas. El que escucha, no desearía perder ninguno de los indescriptibles sonidos emitidos por las especies más pequeñas, ni los gritos ni llamadas que imitan la voz humana, o los solemnes y profundos alaridos de las clases más grandes, que pueden oírse desde varios kilómetros de distancia. Esas terribles voces, que nunca rompen la quietud y el silencio de los bosques ingleses, nos afectan como la vista de las montañas y torrentes o el ruido de los truenos o de las olas que chocan contra la playa, sorprendiéndonos la energía ilimitada y la alegría siempre constante de los pájaros salvajes. El lenguaje de los pájaros que cantan en un bosque de Inglaterra puede ser comparado a una banda compuesta enteramente por pequeños instrumentos de viento, con un limitado número de sonidos que no producen ruidos disonantes ni contrastes violentos, ni nada que desagrade al que escucha, sino una ejecución dulce pero algo insípida. Los sonidos que escuchamos en los bosques sudamericanos tienen más el carácter de una orquesta en la cual toma parte un enorme número de variados instrumentos, con muchas discordancias ruidosas, mientras que los delicados tonos, que suenan a intervalos, parecen, por contraste, infinitamente dulces y bellos.

## XI

### La vista en los salvajes

Desde muy rimo sentí cierto interés por los hechos relacionados con el aspecto, color, expresión y agudeza de los ojos; y en la Patagonia pude agregar nuevos elementos a los que hasta entonces había acumulado. Siendo muchacho, me mezclaba con los gauchos de las pampas; había entre ellos uno que me infundía miedo por su aspecto y carácter. Distinguíase entre los demás por su estatura, por el espesor de las cejas, la larga y poblada barba negra, la forma y tamaño de su facón, que era en realidad una espada usada como cuchillo, y sus payadas, en las que, con voz desafinada y ronca y al compás de la guitarra, contaba los muchos duelos que había sostenido con otros tipos de su calaña (compadres y bandidos) y en los que siempre resultó vencedor, ya que no dejó vivo a ningún adversario. Pero lo que me impresionaba más en él eran los ojos, lo más extraordinario de su rostro, pues uno era negro y el otro de un azul oscuro. Yo había visto de cerca muchas cosas extrañas y sobrenaturales: los hongos que crecen en forma de anillos, la sensitiva que se encoge cuando se la toca, los fuegos fatuos, las gallinas que cantan como un gallo, y el mortal ataque que pájaros y bestias de hábitos sociales llevan a cabo

contra uno de sus congéneres. Nada de esto me pareció tan raro y sorprendente como los ojos de ese hombre, que no correspondían el uno con el otro; como si pertenecieran a dos seres distintos y en un solo cuerpo hubiera dos espíritus y dos personalidades. Tal vez mi sorpresa fuera explicable, pues los ojos son para nosotros el reflejo del alma, la que se expresa en la mirada y parece materializarse en su expresión. Alguien publicó más tarde, en Inglaterra, un libro titulado *Sou-Shapes*, que trata no solo de la forma de las almas, sino también de su color. Los grabados que ilustraban el libro me interesaron más que su contenido. Pasando por alto las almas confusas y de colores diversos que se asemejan en las ilustraciones a los mapas coloreados de un atlas, llegamos al alma azul, a la que el autor dedica una especial consideración. Su color azul es como el del tipo más común de ojos azules. Esta curiosa fantasía de un alma azul fue originada, probablemente, por la asociación que se hace en la mente, de los ojos y el alma. Vale la pena hacer notar que mientras las otras almas de matices varios parecen deformadas como viejos sombreros de fieltro o como un agua viva sobre la arena, el alma coloreada por un azul puro es redonda, como un iris, y solo le falta la pupila para tener el aspecto de un ojo.

Pero reservo el tema de la expresión y color de los ojos en el hombre y en los animales para el próximo capítulo; en el presente me limitaré a hablar del sentido de la vista en los salvajes y semibárbaros, por comparación con el nuestro.

Y aquí recuerdo de nuevo un incidente de mi juventud, que creo fue lo que me interesó por primera vez en el asunto.

Un día de verano, en mi casa, escuchaba yo atentamente una conversación que tenía lugar afuera entre dos hombres, ambos de edad madura. Uno era un inglés culto, de anteojos; el otro, un criollo muy expresivo, que hablaba sobre diversos temas con voz fuerte y autoritaria. De pronto fijó la vista en los anteojos que usaba su interlocutor, y riendo exclamó “¿Por qué usa usted siempre esos vidrios que ocultan sus ojos? ¿Acaso hacen a un hombre más elegante o más inteligente que los demás? ¿O está usted convencido de que una persona sensata puede ver con ellos mejor que otra? Todo eso es una fábula, un error, y nadie puede creer en semejante cosa”.

El criollo expresaba así el sentir de la gente de su condición, acostumbrada a la vida primitiva de los gauchos de las pampas, ante una ayuda tan artificial para la vista como los anteojos. Cuando esa gente mira a través de un pedazo de vidrio común, la visión no se aclara, sino que, por el contrario, más bien se enturbia. ¿Cómo pueden, entonces, producir otro efecto esos dos pequeños redondo les colocados ante los ojos? Por otra parte, la vista de estos hombres es en general buena cuando son jóvenes, y a medida que avanzan en la vida no se dan cuenta de su decadencia; imaginan que desde la infancia hasta la edad madura el mundo es igual: el pasto tan verde, el cielo tan azul como siempre y las verbenas del mismo color escarlata. La vida del hombre está en su vista; perderla es una calamidad tan grande como ser privado de la razón. Ese objeto, los anteojos, le divierte e irrita al mismo tiempo. Como el mono, se siente impulsado a arrebatar esa cosa inútil de la nariz de su semejante, pues,



además de ser una superchería y no servir al que lo usa, molesta a los demás, ya que resulta desagradable mirar a un hombre sin poder ver con claridad sus ojos y el pensamiento que ellos reflejan.

A las palabras burlonas que el nativo le había dirigido, contestó el otro, de muy buen humor, que usaba esos cristales desde hacía veinte años y que no solo le ayudaban a ver mucho mejor, sino que habían preservado su vista de una mayor decadencia; y no satisfecho con defenderse del cargo de ser una persona fantástica por usar anteojos, él, a su turno, atacó al otro hombre:

¿Cómo sabe usted -le dije- que su vista no ha degenerado con los años? Usted puede verificarlo con solo probar cierto número de vidrios, que servirían para varias personas, todas con algún defecto visual más o menos acentuado. Entre veinte con la vista defectuosa, no se encuentran dos con las mismas anomalías. Usted debe probar anteojos, como se prueban botas, hasta que encuentre un par que le convenga. Pruébese los míos si quiere; tenemos la misma edad y es muy probable que nuestros ojos estén en las mismas condiciones. El gaucho dejó oír una fuerte y burlona carcajada, manifestando que la idea era ridícula.

¡Ver mejor con esto! -y los tomó cautelosamente, levantándolos para examinarlos, y luego los colocó sobre su nariz, así como una persona toma un diario enrollado a la manera de un cucurucho y se lo coloca en la cabeza. Miró al otro, después a mí y luego todo lo que le rodeaba, con expresión de incredulidad, prorrumpiendo al fin en grandes exclamaciones de alegría. Pues, aunque parezca raro, los vidrios convenían exactamente a su visión, la que, sin él saberlo, había ido disminuyendo, probablemente desde hacía años.

¡Ángeles del cielo! ¿Qué es esto que veo? -gritó-. ¿Por qué veo los árboles tan verdes? ¡Nunca fueron así antes, y los veo tan nítidos que puedo contar sus hojas! Y ese carro... ¿Por qué es rojo como la sangre? Y para asegurarse de que no estaba recién pintado, corrió hasta él y colocó una mano sobre la madera. No podía convencerse de que los objetos se vieran tan distintamente, las hojas tan verdes, el cielo tan azul, la pintura tan roja, como los observaba ahora a través de esos cristales mágicos. La claridad y el brillo parecían artificiales; mas se había convencido de que no era así. Quiso quedarse con los anteojos y sacó dinero para pagarlos, sintiéndose desconcertado cuando su dueño insistió en que se los devolviera. Sin embargo, poco tiempo después obtuvo un par, y con ellos sobre la nariz galopaba por los campos exhibiéndolos a todos los vecinos y jactándose del poder maravilloso que daban a sus ojos, al permitirle ver el mundo como ningún otro podía verlo. Mi huésped y amigo patagón, cuyo profundo conocimiento de los naipes mencioné en un capítulo anterior, me confesó una vez que después de las primeras jugadas podía reconocer algunas cartas, al ser dadas, por ciertas diferencias leves en la coloración de sus dorsos. Desde muy joven había empezado a hacer trampas en el juego, y como tenía cerca de cincuenta años cuando me dio esta interesante información y había vivido siempre cómodamente con sus ganancias, no vi motivos para dudar de lo que me había dicho. La vista de este hombre era suficientemente aguda como para descubrir en las cartas diferencias tan sutiles que nadie podía distinguir, aun señalándoselas; y sin

embargo, este individuo, con una visión casi sobrenatural, se sorprendió grandemente cuando le expliqué que media docena de pájaros del género de los gorriones, que se alimentaban en sus patios y cantaban y construían sus nidos en el jardín, pertenecían a seis especies distintas. Nunca había apreciado ninguna diferencia entre ellos; todos tenían para él idénticas costumbres y movimientos, eran iguales en cuanto al tamaño, color y forma y, para su oído, todos gorjeaban de manera semejante y tenían el mismo canto.

Lo que le sucedía a este hombre nos sucede hasta cierto punto a todos nosotros. Vemos con claridad lo que nos interesa y proporciona placer o provecho, y conservamos tenazmente su imagen en nuestra mente, mientras que otras cosas, en las que encontramos solo un interés general, o que nada significan para nosotros, las observamos con menor atención y olvidamos con facilidad. Si hubiera una gran semejanza entre ellas, como en el caso de los seis gorriones de mi amigo el jugador, que, como los copos de nieve, “eran vistos antes que distinguidos”, esta confusión de sus imágenes en el ojo y la mente las haría parecer iguales. Es como si tuviéramos dos clases distintas de visión: una, por medio de la cual vemos todos los objetos nítidamente y cercanos a nosotros, quedando grabados en nuestra mente siempre; la otra ve las cosas a lo lejos y con esa oscuridad de contornos y uniformidad de color que da la distancia. Me había propuesto aquí recurrir a mi libreta de notas del Plata donde consigné ciertas ilustraciones divertidas sobre este hecho de la doble visión; pero no es necesario alejarnos tanto para encontrar esos ejemplos, ni insistir en algo tan conocido. “El pastor conoce sus ovejas” es un dicho tan verdadero y acertado en Escocia como en el Lejano Oriente. Los detectives y también los militares que se interesan en su profesión ven las caras, por ejemplo, con una agudeza mayor que la generalidad de la gente y recuerdan sus rasgos con la misma claridad con que otros recuerdan los de un número limitado de personas, de aquellas que quieren, que temen o con quienes están en contacto continuo. Los marinos ven cambios atmosféricos de los que otros no se dan cuenta, y el médico descubre los síntomas de la enfermedad en el rostro de las personas que para los ojos no acostumbrados parecen muy saludables. Y así sucede con toda clase de profesiones y actividades humanas; cada individuo habita un pequeño mundo propio y lo que para los demás es únicamente una parte de la oscuridad que ensombrece las cosas, él lo ve con una nitidez sorprendente que le ayuda a conocer sus misterios. Todo esto puede parecer muy gastado, muy trivial y un asunto muy común -al alcance de cualquier escolar y también de los niños que aún no van a la escuela-; sin embargo, es por haber ignorado este simple hecho, o porque no fue nunca imaginado por nuestros maestros, que se ha caído en el error de creer que el poder visual de los salvajes es superior al del hombre civilizado y que la diferencia es tan grande que el nuestro es un sentido desfigurado comparado con su brillante facultad, pues solo cuando miramos con poderosos gemelos podemos igualarlos y ver el mundo como ellos lo ven. La verdad es que la Vista de los salvajes no es mejor que la nuestra, aunque parece lógico pensar lo contrario, a causa de su simple vida natural en el desierto que es siempre verde y, por lo tanto, proporciona descanso a los ojos; además, no usan gas, ni siquiera la luz de las velas que irriten su nervio visual, ni dañan su vista estudiando despreciables libros.

Probablemente, pues, el error se origina en esa idea preconcebida de que el verde y la ausencia de luz artificial, junto con otras condiciones de vida primitiva, impiden el deterioro de la vista.

La teoría de la adaptación del ojo no es suficiente para aceptar esto. Sabemos cómo pueden desarrollarse los músculos por medio del ejercicio, que el herrero y el boxeador tienen brazos más poderosos que los demás, pero quizá se da por sentado que la estructura compleja y la extrema delicadeza del ojo lo harían menos adaptable que otros órganos más fuertes. Cualquiera que sea el Origen del error, la verdad es que incurren también en él los hombres de ciencia, quienes nunca hablan del tema si no es para confirmar lo que ya se ha dicho. Sus investigaciones han sacado a relucir una gran variedad de desórdenes visuales, que en muchos casos no molestan hasta que se los descubre y, llamándoselos con nombre espeluznante, se los describe en términos que llegan a alarmar a las personas impresionables. Frecuentemente no son enfermedades, sino defectos heredados, como las piernas torcidas, los dientes prominentes, los dedos aplastados, la piel excesivamente delicada y otras malformaciones. No digo que los defectos de la vista sean tan comunes entre los salvajes como entre nosotros; volveré sobre este tema más adelante. Pero hasta que los ojos de los salvajes no sean científicamente examinados, parece muy audaz asegurar que la causa de anomalías en la percepción del color sean las condiciones perjudiciales de nuestra civilización, porque sabemos tan poco acerca de ese sentido en los salvajes como sobre los defectos visuales de los antiguos griegos. Tal vez no haya sido tan aventurado decir que la vista del hombre salvaje es enormemente más poderosa si tenemos presente que los cuentos de los viajeros y tal vez otras consideraciones sobre el particular, como, por ejemplo la ausencia, entre los hijos de la naturaleza, de ayudas artificiales para su visión, condujeron a error a nuestros maestros. Podrá ser muy viejo el piel roja, pero cuando se sienta a tomar sol delante de su choza, por la mañana temprano, nunca se lo ve hacer un cartucho con su diario para usarlo como catalejo.

El lector puede muy bien ahorrarse la sonrisa, porque no se trata de una mera suposición; en este caso la observación vino primero y la reflexión después. Conozco por experiencia algo de los salvajes, y cuando ellos hacían uso de sus ojos a su manera y para sus fines, yo usaba los míos para mis propósitos, que eran muy diferentes. Es cierto que los pieles rojas distinguen perfectamente a una gran distancia un objeto que a nuestra vista aparece como algo borroso, de manera que lo mismo puede ser un arbusto, una piedra, un animal o una casa. El secreto de la diferencia reside en que sus ojos están entrenados y acostumbrados a ver ciertas cosas que buscan y esperan encontrar. Coloquemoslos en medio de circunstancias nuevas para ellos y fracasarán, o aun dentro del desierto en que viven, o frente a un objeto extraño o inesperado, y no mostrarán su superioridad sobre su hermano civilizado. Yo fui testigo de un caso en el cual no una, sino cinco personas se equivocaron; el único del grupo que acertó, o quizá que vio mejor fue un hombre civilizado, ilustrado y, lo que es más aún, descendiente de una larga línea de hombres estudiosos. Esto me sorprendió en aquel momento, pues hasta entonces mi fe infantil en la creencia de Humboldt al respecto y del mundo en general nunca había sido cuestionada. He aquí cómo ocurrió este hecho extraordinario. El objeto estaba

a tal distancia que para ninguno de nosotros presentaba una forma definida, sino que era simplemente una cosa oscura, situada contra el fondo blanquecino del cortaderal. Nuestros guías, fijándose solamente en el tamaño, dijeron sin vacilaciones que se trataba de un animal, quizás un caballo cimarrón, cosa que sin duda esperaban encontrar en aquel sitio. El otro, cuyos ojos no estaban habituados a ver objetos distantes en el desierto, lo que llega a ser un instinto y como tal es susceptible de errores, estudió prolijamente su aspecto, diciendo al fin que se trataba de un arbusto de color oscuro. Cuando nos acercamos, resulté ser un alto juncal que crecía en un lugar donde no suele hacerlo y que, quemado por las heladas y la falta de agua, se había oscurecido de tal modo que a cierta distancia parecía negro. En el caso siguiente acertó el salvaje. Yo señalé un objeto oscuro, muy lejano, tan bajo que apenas podía verse sobre la alta hierba, y que avanzaba con movimientos ascendentes y descendentes, como los de un jinete que marcha al galope. "Ahí va un hombre a caballo", observé. "No, es un trarú", rectificó mi compañero después de dirigir una rápida mirada.

El trarú es un pájaro de las llanuras, grande, pero, parecido al águila, denominado carancho -Polyborus tharus- por los blancos. Pero el objeto no era más claro para él que para mí; el nativo no podía ver las alas ni el pico a esa distancia, pero el trarú era un animal conocido, al que estaba acostumbrado a ver aunque estuviera muy lejos, siendo una figura que siempre buscaba y esperaba encontrar dentro del paisaje. Era solo una mancha negra en el horizonte; pero mi acompañante conocía el aspecto y los hábitos del pájaro y sabía que cuando se lo distingue en la lejanía, con su vuelo ondulante, parece un jinete a todo galope. Era su oficio saber esta y otras pocas cosas más. Si alguien le hubiera hecho buscar una pequeña "5" inclinada en el medio de una página impresa con caracteres muy juntos, las lágrimas habrían corrido por sus mejillas bronceadas y habría abandonado la infructuosa búsqueda con los ojos doloridos. Sin embargo, el corrector de pruebas de imprenta puede encontrarla en pocos minutos sin forzar su vista. Pero es infinitamente más importante para los salvajes de las llanuras que para nosotros ver y reconocer con rapidez los objetos distantes. Depende de ello su alimento diario, el hallazgo de animales perdidos y aun su propia seguridad. No es raro, por consiguiente, que cada mancha oscura, cada objeto móvil o fijo en el horizonte, les diga mucho más a ellos que al forastero, especialmente si consideramos cuán pequeña es la variedad de cosas que se pueden ver y juzgar en la monótona llanura que habitan. Esta apreciación rápida de los objetos a la distancia, la conjunción del ojo y de la inteligencia del bárbaro de las planicies, no es tan admirable como la de su hermano el salvaje de las regiones subtropicales, que se hallan cubiertas por una densa vegetación, y poseen una fauna abundante y variada, y donde la mitad de la atención debe fijarse en las especies peligrosas, las que a menudo son de tamaño muy pequeño. En algunos sitios boscosos, calientes y húmedos, si un europeo intentara cazar o explorar descalzo, se pincharía y lastimaría los pies a cada paso, y muy probablemente alguna víbora le habría picado antes de finalizar la jornada. Sin embargo, el indio pasa allí su vida, y desnudo o semidesnudo explora el desconocido desierto de espinos, contando solo con sus flechas para proveer de alimento a su mujer y a sus hijos. No se hiere con las espinas, ni es mordido por las víboras, porque sus ojos están acostumbrados a descubrirlas, siempre a tiempo para salvarse. Camina con

rapidez, pero conoce cada sombra y cada hoja en esa densa confusión de plantas, llena de trampas y engaños, en medio de la cual está obligado a avanzar; y por mucho que una hoja se parezca a otra, pone su pie donde no existe el peligro; o eligiendo rápidamente entre dos males, lo coloca donde las espinas son más suaves o donde hieren menos, por alguna razón que únicamente él conoce. De idéntica manera ve a una serpiente venenosa, que yace inmóvil y enrollada, como muerta, costumbre ésta muy común entre las especies más mortíferas, y cuyo colorido oscuro y engañoso la vuelve casi imperceptible sobre la tierra marrón, así como entre los tallos grises y secos y las hojas diversamente coloreadas. Fontana, un amigo que reside en Buenos Aires y que durante su vida llegó a conocer bien a los indios argentinos, dice que los salvajes de las pampas terminan su educación a los doce años, quedando desde ese momento capacitados para cuidarse a si mismos; pero los salvajes del Chaco -el territorio subtropical de la Argentina que limita con el Paraguay y Bolivia- si fueran abandonados a si mismos perecerían rápidamente, puesto que se encuentran a esa edad solos en la mitad de su aprendizaje largo, dificultoso y lleno de penurias. Era curioso y daba lástima al mismo tiempo, dice, ver a los pequeños indiecitos del Chaco separados de las madres cuando su piel era todavía tierna, tratando de seguir a los mayores que jugaban a cierta distancia. Caían a cada paso, se lastimaban con las espinas o se cortaban con las hojas afiladas de los arbustos, perdiéndose en la espesura, para seguir luchando heridos y llorosos; de esta manera aprendían al fin dónde debían poner sus pies. La serpiente que se enrosca sobre un suelo de su mismo color, e imita los tallos secos y retorcidos o las enredaderas diseminadas por todas partes, inmóvil como ellos, no se asemeja tanto a lo que la rodea como ciertos pájaros que se posan en las ramas de los árboles, pájaros que el indio debe ver también. Un forastero en estas regiones, hasta el naturalista más entusiasta, encuentra difícil distinguir un loro parado en un árbol alto, aun sabiendo que los hay allí, porque su color verde entre un follaje del mismo color y la costumbre de permanecer silenciosos e inmóviles ante la presencia de un intruso los hace invisibles a su vista, y el hombre blanco se asombra de que el indio pueda verlo. Es que éste sabe cómo buscarlo; es su oficio, que no resulta fácil de adquirir; pero está obligado a aprenderlo porque su éxito en la vida, y aun su propia existencia, dependen de ello puesto que en el mundo salvaje la naturaleza elimina a quienes fracasan en las pruebas de competencia a que ella los somete. El lector habrá visto a menudo, sin duda, esos pequeños rompecabezas diversamente titulados “¿Dónde está el gato?”, “El toro furioso”, “El ladrón”, “El vigilante” o “La serpiente entre el pasto”, etc., en los cuales el objeto nombrado, que debe ser descubierto, está formado por ramas y hojas, por agua que corre, por géneros, y por partes claras y sombreadas del dibujo. Al principio resulta extremadamente difícil descubrir la figura en el cuadro, basta que al fin, con la rapidez con que se descubre la serpiente oscura, vista antes pero no distinguida, aparece el objeto, y es luego tan claro, que mirando el dibujo, aun a cierta distancia, se ve el gato, el vigilante o lo que sea. Después de estudiar pacientemente algunos cientos de estos rompecabezas se aprende a buscar el objeto oculto, encontrándolo fácilmente, casi de una ojeada, cuando se tiene práctica. La persona ingeniosa que inventó este bonito juego, no pensó, probablemente, en la naturaleza con sus curiosos parecidos, que imitan y protegen; sin embargo, pudo muy bien tomarlos de ella, pues eso es justamente lo que ella hace. Tanto el animal que

debe ser visto para poder evitarlo, como el que debe verse para obtener alimento, están en su dibujo diseñados con tan astuto arte, que para los ojos no habituados solo parecen ramas y hojas, confundándose arriba con la sombra y la luz, y abajo con la tierra, las piedras y las hierbas secas del suelo.

Es probable que existan leves diferencias en el poder visual de distintas nacionalidades, por efecto de las condiciones físicas; así, los habitantes de las regiones montañosas o de lugares secos y altos pueden tener mejor vista que quienes viven en parajes bajos y húmedos, aunque podría suceder también todo lo contrario. Entre las naciones europeas se supone que los alemanes tienen la vista débil, lo que, según creen algunos, es ocasionado por el exceso de tabaco; otros lo atribuyen al tipo de letra de sus libros, que requiere un mayor esfuerzo visual. Es poco probable que su defecto llegue a acentuarse más con el tiempo y que de un pueblo con anteojos se conviertan en un pueblo ciego, para alegría de sus enemigos. Los animales que viven en la oscuridad se vuelven miopes, y luego más miopes todavía, y así en forma progresiva hasta perder totalmente el sentido de la vista. En una nación o comunidad, esta declinación visual podría empezar por la lectura abundante de libros alemanes, o por fumar habitualmente opio o por alguna otra causa desconocida; pero el decaimiento no puede progresar, porque no hay nada en el hombre que sustituya a la vista, como sucede en las ratas de las cuevas, peces o insectos. Si pudiéramos examinar a toda la humanidad desde la China al Perú, aplicando los conocimientos científicos que se utilizan para revisar a los escolares ingleses, las diferencias en el poder visual de las distintas razas, naciones y tribus serían probablemente muy insignificantes. El error que cometen los especialistas y los que escriben acerca de los ojos es que piensan demasiado en el problema. Cuando afirman que nuestra civilización daña enormemente la vista, ¿se refieren al infinito número de condiciones o conjunto de ellas, abarcadas por nuestro sistema, con la enorme variedad de ocupaciones y modos de vida de los hombres, desde el cuidador del faro hasta el trabajador de las minas, cuyo único sol es la incierta llama de su lámpara? “Un órgano que se ejercite más de lo habitual crecerá, satisfaciendo así un aumento de la demanda mediante un mayor abastecimiento”, dice Herbert Spencer, pero agrega que se llega pronto a un límite, más allá de cual es imposible avanzar. Este aumento de la demanda la encontramos ya en un órgano, ya en otro, de acuerdo con nuestro trabajo y sistema de vida, y lo mismo sucede con los ojos. Hay entre nosotros muchos casos de enfermedades del corazón; en tales circunstancias la civilización ha provocado la extrema tensión de este órgano y ha llegado a un punto más allá del cual no puede seguir. Y lo mismo sucede con la vista. El número total de defectuosos, entre los hombres, es sin duda muy grande, pues sabemos que nuestra clase de vida retarda -aunque no puede evitarla eficazmente- la acción saludable de la selección natural. La naturaleza nos lleva hacia un lado y nosotros tomamos hacia otro, tratando compasivamente de salvar al inepto de las consecuencias de su incapacidad. El instinto humano nos empuja, pero es menos doloroso contemplar el cruel instinto del salvaje que ver esa compasión equivocada o pervertida que trata de perpetuar la ineptitud, y para favorecer a individuos que sufren infligen un mal perdurable a la raza. Socorrer al ciego es una misión hermosa y sagrada, pero es horrible instarlo a que contraiga matrimonio para transmitir su triste defecto a sus descendientes. Sin embargo, es un hecho común y no hace mucho tiempo

el autor de un artículo de fondo, en uno de los principales diarios de Londres, se refirió al mismo tema con calurosa aprobación. Tenía esperanzas en la constitución de una raza de hombres totalmente ciegos, como si fuera ello algo de que pudiéramos enorgullecer, ¡un triunfo de nuestra civilización. Pelleschi, en su admirable libro sobre los indios del Chaco, dice que nunca se ven malformaciones en ellos y que físicamente son todos hombres perfectos; hace notar que en su dura lucha por Ja existencia, en medio de un desierto de espinas, rodeados de peligros, cualquier enfermedad o defecto físico sería fatal. Y como los ojos son para ellos el órgano más importante, deben tenerlos en perfectas condiciones. Solo en este aspecto difieren los salvajes de nosotros, es decir, en la ausencia o escasez de defectos visuales, y los que, como el doctor Brudenell Carter, creen en la decadencia de la vista en el hombre civilizado y repiten las palabras de Humboldt acerca de la visión maravillosa de los salvajes sudamericanos, están completamente equivocados. No es raro que Humboldt haya caído en este error, porque, después de todo, contaba únicamente con los medios que tenemos todos para descubrir las cosas: una vista limitada y una mente falible. Como el salvaje, adiestró sus facultades para observar y deducir, y sus deducciones, al igual que las de los salvajes, resultaron algunas veces erróneas.

La vista del salvaje no es mejor que la nuestra por el simple motivo de que no requiere una mayor perfección. La naturaleza le dio, como a todas sus criaturas, solo lo que necesitaba, sin regalarle nada para hacer ostentación. De pie sobre el llano, su horizonte es limitado, y los animales que caza, si a menudo son más astutos y rápidos que él, carecen, en cambio, de inteligencia, por lo que quedan en igualdad de condiciones. El indio puede ver un ñandú a la misma distancia desde la que el animal lo ve a él, y si poseyera la capacidad de ver a gran distancia -como el águila- de nada le serviría. El águila que se remonta a las alturas necesita ver desde muy lejos, pero el búho, cuyo vuelo es más bien bajo, es corto de vista. Y así sucede en todo el mundo animal: cada especie tiene nada más que la vista suficiente para conseguirse su alimento y escapar de sus enemigos. Los animales que viven cerca de la superficie de la tierra tienen una visión muy limitada. Además, otras facultades pueden usurpar el lugar de los ojos o perfeccionarse tanto que coloquen a la visión en un plano secundario como órgano de la inteligencia. La serpiente constituye un caso curioso: ningún otro sentido parece haberse desarrollado en ella; sin embargo, creí que la serpiente era uno de los seres de vista más escasa. Después de haberlas observado durante largo tiempo, estoy convencido de que las pequeñas víboras de costumbres indolentes no ven con claridad más allá de dos metros. Pero la perezosa serpiente es, en el mundo animal, el campeón de los ayunadores, y puede reposar, inmóvil, hasta que la suerte ponga cerca de ella algo comestible; por lo tanto, no necesita ver un objeto con nitidez, sino a una distancia muy limitada. Otro caso notable es el del armadillo. De dos especies puedo decir con confianza que, si no son ciegas, están muy próximas a serlo; a pesar de ello, son animales diurnos que salen a proveerse de comida con la plena luz del mediodía. Su sentido del olfato, en cambio, es de una agudeza maravillosa, y, como en el caso del topo, la vista les resulta superflua.

Volviendo al hombre: si en el estado de la naturaleza es capaz de distinguir casi siempre el carácter de los objetos, nueve veces sobre diez, vistos a la distancia que él necesita para captar con sus ojos alguna cosa, sus facultades intelectuales hacen innecesaria una vista mejor. Si el olfato del armadillo no fuera tan fino y si el hombre no hubiera sido dotado de 'un cerebro ágil, la vista, en ambos casos, habría sido enormemente más poderosa; pero el desarrollo de su sentido del olfato ha apagado los ojos del armadillo, haciéndolo más ciego que una serpiente, mientras que el hombre (aunque no se lo haya propuesto) es incapaz de ver más lejos que el lobo, que el avestruz y que el burro salvaje.

## XII

### Reflexiones sobre los ojos

Entre los colores que podemos ver en los ojos de los pájaros están el blanco, el rojo, el verde esmeralda y el amarillo oro brillante. En el búho, garza, corvejón y muchas otras familias, el tinte de ese órgano constituye, incomparablemente, el rasgo más hermoso y su mayor belleza. De inmediato llaman la atención; parecen espléndidas gemas, para las cuales el ligero cuerpecito del pajarito, con sus graciosas curvas y delicados colores, resulta un engarce apropiado. Cuando el pájaro deja de existir y sus ojos se cierran, queda convertido, excepto para el naturalista, en un conjunto de plumas muertas; alguien colocará globos de cristal en sus órbitas vacías y tratará audazmente de dar un aspecto de vida al espécimen embalsamado. Pero los ojos vidriosos no arrojarán llamas vivientes, la "pasión y el fuego cuyas fuentes están dentro" se habrán desvanecido, y el mejor trabajo del disecador, que dio una vida a su arte bastardo, solo producirá en la mente indignación y fastidio. En los museos, donde el espacio limitado impide cualquier intento de reproducir con fidelidad a la naturaleza, el trabajo de embalsamador es tolerable, porque es útil; pero en una sala, por ejemplo, ¿quién no cerrará los ojos y volverá instintivamente la cabeza para no ver pájaros embalsamados, desagradables recuerdos de muerte, dentro de su alegre plumaje? ¿Quién no se estremece, aunque no precisamente de terror, al ver un gato montés relleno de paja, con las fauces horriblemente abiertas, tratando de atemorizar con sus ojos de vidrio al que lo mira? Nunca olvidaré la primera vez que vi la colección de picaflores (actualmente en el Museo Nacional) perteneciente al señor Gould, y que el mismo naturalista me mostró, sintiéndose evidentemente orgulloso de su trabajo. Yo acababa de dejar del otro lado del Atlántico una naturaleza tropical y ardiente; encontrarme de manera inesperada frente a una reproducción de ella, en un polvoriento cuarto de Beadford Square, me causó una impresión violenta. ¡Qué melancolía inmensa experimenté ante el espectáculo de esas plumas que hacía tanto tiempo habían dejado de brillar y resplandecer, ahora cosidas con alambres y descansando sobre telas floreadas y arbustos artificiales!



Considerando el esplendor y el colorido brillante de algunos ojos, particularmente en los pájaros, parece probable que en estos casos el órgano tenga una doble función: la primera y más importante, ver; la segunda, intimar al adversario con esos espejos luminosos en los cuales se refleja toda su furia peligrosa. En la naturaleza predominan los ojos oscuros y ciertamente, hay gran ferocidad en los ojos negros de un ave de rapiña, pero producen menos impresión que los de colores vivos, inclusive que los ojos blancos de alguna especie de rapaces, como, por ejemplo, el halcón sudamericano común, *Asturina pucherani*. Ciertos colores despiertan emociones violentas en nuestra mente y también, quizás, en la de otras especies. El rojo vivo parece el color característico de la ira; el poeta Herbert considera a la rosa como “colérica y desafiante”. Los carmines o anaranjados expresan el resentimiento mejor que los ojos oscuros. Solo una leve variación en el color del iris puede constituir una ventaja para un individuo en lo que se refiere a la selección natural, pues las criaturas vivientes salvaguardan su vida mediante una perpetua lucha metafórica por la existencia; pero cuando fracasan las similitudes protectoras, el vuelo o el instinto que los lleva a ocultarse, y se ven obligadas a entablar la lucha con un adversario vivo, cuentan, en tales casos, con un conjunto de recursos defensivos diferentes. Entran en juego, entonces, el lenguaje y las actitudes de desafío: pelos y plumas que se erizan, picos que golpean y chasquean, dientes que rechinan, bocas que escupen o arrojan espuma, cuerpos que se hinchan, alas que se agitan o pies que se hincan en el suelo, e infinidad de gestos amenazantes. Es difícil creer que el color de los globos oculares, hacia los cuales dirige primero la vista el enemigo y que con mayor claridad reflejan la furia del animal, haya sido olvidado como medio de defensa por el principio de selección natural. Por todas estas razones, creo que los ojos de colores vivos significan un progreso respecto de los oscuros.

El hombre no ha progresado mucho en este sentido; los ojos oscuros han sido hasta hace muy poco tiempo, excepto en el norte de Europa, casi o completamente universales. En estado natural, los ojos azules no ofrecen ventaja alguna al hombre, en ciertos momentos, pues resultan apacibles cuando es necesario expresar ferocidad. Son casi desconocidos entre las criaturas inferiores, solo suponiendo que el aspecto de los ojos importa menos para el bienestar del hombre que en el caso de otras especies, podríamos explicar su supervivencia en una rama de la raza humana.

Ojos cerúleos, bucles solo comparables en color a los “cabellos rubios que flotan sobre las nubes del oriente” y un cuerpo blanco como la nieve, ligeramente sonrojado... ¿Con qué pudo haber estado soñando la naturaleza cuando otorgó tales características a los seres humanos más rudos y salvajes? Que ellos hubieran vencido a razas de ojos oscuros y las hubieran pisoteado y arruinado sus obras nos parece tan poco lógico como una fábula. Sin embargo, por leve que haya sido el cambio en los ojos humanos, dando por sentado que originariamente fueron oscuros, hay una gran cantidad de modificaciones espontáneas en los individuos, siendo en apariencia los castaño claro y azul grisáceo los más variables. Yo he encontrado ojos con marcas y manchas, los que no son del todo raros; en algunos casos las manchas eran tan negras, redondas y grandes que los ojos parecían tener un gran número de pupilas. Conocí a una persona que tenía enormes manchas marrones en sus

ojos azul grisáceos y cuyos hijos hablan heredado tal peculiaridad; también a otra con el iris de un color avellana rojizo, dibujado compactamente, con caracteres finos, semejantes a letras griegas. Este individuo era un argentino de sangre española, y sus conocidos le llamaban ojos escritos. Me sorprendió mucho una curiosa circunstancia: estos ojos, tanto por su color como por la forma y disposición de los trazos dibujados en ellos, eran iguales a los de una especie de macás común en La Plata. Tal vez Browning haya observado ojos de esta clase en alguna persona que encontró en su vida, pues hace que su mago diga a Pietro de Abano estas palabras mágicas:

“Observa en mis ojos el iris de místicas letras; ése es mi nombre”.

Pero en vano buscamos en los hombres el espléndido carmesí, el amarillo llamativo, los globos blancos que habrían convertido en un ser terrible al guerrero de piel oscura, sacudido por emociones violentas. La naturaleza ha descuidado al hombre en este sentido, y él, para remediar la omisión, adorna su rostro con pinturas brillantes y corona su cabeza con duras plumas de águila. Yo creo que la capacidad de brillar en la oscuridad, observada en los ojos de muchas especies nocturnas y seminocturnas, tiene siempre una intención hostil. Cuando se encuentra en animales inofensivos, como por ejemplo en los lemúridos, solo puede atribuirse al mimetismo; sería un caso semejante al de las mariposas, que imitan los colores de otros insectos que los pájaros no persiguen. Los más favorecidos, entre los mamíferos, son los gatos; y los búhos, entre las aves; pero estos últimos tienen aún mayor ventaja. Nos admiramos al contemplar los ojos felinos del puma o del gato montés, cuando resplandecen de ira; á veces su vista nos produce la misma sensación de una corriente eléctrica. Pero los ojos amarillos del búho son incomparables por su brillo intenso y rápidos cambios; se inflaman con la asombrosa rapidez de una nube iluminada por la luz de los relámpagos. Algunos lectores pensarán que exagero. Sin duda, parecerán extravagantes las descripciones de hermosas puestas de sol y tormentas con truenos y relámpagos a los que no han presenciado nunca este fenómeno. Solamente quienes han pasado años “conversando con animales salvajes en lugares desiertos”, para citar las palabras de Azara, saben que tanto para la atmósfera como para la vida animal existen momentos especiales, y que ese pobre ser de lastimero aspecto, disecado en un museo, así como el ‘que vive en cautividad pueden, colocados en su propio medio y obligados a luchar por su vida, convertirse -gracias a su furia- en sujetos terribles y extraños. La naturaleza reserva muchas sorpresas a los que crecen en ella. Una de las mayores con que me favoreció a mi fue la de permitirme observar un lechuzón magallánico, también llamado ñacurutú, que herí en la Patagonia. La guarida de este animal estaba en una isla cubierta por pastos gigantes y altos sauces sin hojas, pues era pleno invierno. Después de buscarlo durante algún tiempo, lo encontré posado sobre una rama, esperando, al parecer, la hora del crepúsculo. Me miró con tal suavidad que al apuntar la escopeta hacia él apenas me alcanzó el valor para hacer fuego. ¡Reinaba allí desde hacía tantos años, que era el tirano feudal de ese lejano desierto! Había dado muerte a muchas ratas de agua, que, como sombras, se deslizaban a lo largo de las costas, entre la corriente profunda y los juncos gigantes; había perseguido a muchas palomas salvajes que, acomodadas en sus ramas, despertaron al sentir en su carne las crueles garras

que las atravesaban. Y más allá del valle, en las lomas cubiertas de hierba, había arrebatado de sus nidos a las martinetas copetonas que empollaban sus huevos de lustroso color verde oscuro, los que se empalidecerían por la acción del viento y el sol, extinguiéndose las pequeñas vidas que se agitaban dentro al faltarles el calor materno. Pero yo no quería a ese pájaro, y endurecí mi corazón. No se oiría más “la risa demoníaca” con que a menudo respondía al rumor de Ja corriente del río, rápida y negra. Hice fuego, osciló en su rama, permaneciendo suspendido durante unos minutos, y luego aleteó hasta el suelo con lentitud. Detrás del lugar donde cayó, crecía una masa casi compacta de hierba oscura, más allá de la cual se elevaban los troncos altos y delgados de los árboles, y por sobre ese enredo de ramas desnudas se veía el cielo con leves pinceladas de color rosa, ya que el sol se había puesto en el horizonte, quedando en sombras la superficie de la tierra. Allí, en ese escenario, y en medio de la quietud invernal del desierto que todo lo invadía, encontré a mi víctima, enfurecida por sus heridas, preparada para realizar el esfuerzo supremo. Aun en reposo es un pájaro grande y parecido al águila, pero ya estaba completamente alterado, y a la luz incierta aparentaba un tamaño mayor, ‘el de un monstruo de forma extraña y aspecto terrible. Tenía todas las plumas erizadas, la cola tiesa y dura, abierta como un abanico; las alas inmensas de color atigrado extendidas y rígidas. El pájaro, que había caído al suelo sobre sus patas, balanceó lentamente el cuerpo de un lado al otro, así como una serpiente mueve la cabeza antes de atacar, o meneaba su cola un gato enojado, y tocó la tierra, primero con un ala, para dejar caer luego las dos. Los cuernos negros estaban tensos, y en el centro de la cabeza, en forma de aro, el pico se abría y cerraba sin cesar, produciendo un ruido semejante al de una máquina de coser. Esto resultaba un marco apropiado para el par de magníficos ojos furiosos que yo miraba con una especie de fascinación no exenta de temor, cuando recordaba los dolores agudos que me provocaron en ocasiones anteriores las garras afiladas de otros ejemplares al penetrar en mi carne hasta los huesos. El iris era de color anaranjado, pero cada vez que trataba de aproximarme, sus ojos se convertían en grandes globos de trémulas llamas amarillas; las pupilas negras estaban rodeadas por una luz roja centellante, que arrojaba pequeñas chispas al aire. Cuando me alejaba, su aspecto fiero y preternatural se desvanecía instantáneamente.

Los ojos de dragón de la lechuza magallánica todavía me persiguen, y cuando los recuerdo, pesa aún en mi conciencia la muerte del pájaro, aunque matándolo le otorgué la polvorienta inmortalidad de que gozan los ejemplares embalsamados en un museo.

Es difícil explicar la causa de ese aspecto feroz. Sabemos que la fuente de la luminosidad en los ojos de los búhos y de los gatos es el tapetum lucidum, una membrana que refleja la luz, situada entre la retina y la esclerótica que cubre el globo del ojo; pero el misterio continúa sin aclararse. Cuando me hallaba frente al animal, noté que cada vez que me retiraba, la membrana nictitante cubría de inmediato los ojos, oscureciéndolos por algún tiempo, como les suele ocurrir a los ojos de las lechuzas siempre que se colocan ante una luz fuerte, y esto me dio la impresión de que esa fiera apariencias centellante era acompañada seguida- por una sensación dolorosa. Citaré aquí un pasaje muy sugestivo de una carta que al respecto me escribió un hombre de ciencia: “Ciertamente,

algunos ojos brillan en la oscuridad; los de los gatos y búhos, por ejemplo, y el centelleo de que usted habla es, quizás, otra forma del fenómeno. Probablemente depende de una sensibilidad extraordinaria de la retina, análoga a la que existe en la constitución molecular del sulfuro de calcio y otras sustancias fosforescentes. La dificultad está en el centelleo. Sabemos que esa clase de luz es producida por las vibraciones térmicas de las moléculas a la temperatura de incandescencia, sin que la luz eléctrica sea una excepción a la regla. Una explicación aceptable sería que la retina supersensible se torna fosforescente en los momentos de excitación, causando esa misma excitación un cambio en la curvatura del lente, por lo que la luz es concentrada y, por lo tanto, brilla en forma de chispa. Poco sabemos acerca de las fuerzas naturales; por esto, puede ser que lo que en tales casos llamamos luz no sea más que la comunicación de un ojo con otro, o la emanación que parte de la ventana de un cerebro y penetra en la de otro”.

Es probable que todo lo que leemos en los relatos -algunos históricos- y oímos hablar acerca de ojos humanos que echan fuego y centellean de ira, sean solo exageraciones poéticas. No encontraríamos esos ojos fieros entre los pacíficos hijos de la civilización, quienes hasta cuando guerrear lo hacen sin cólera y matan a sus enemigos con armas, sin verlos siquiera; pero, en cambio, se hallan entre los hombres salvajes o semisalvajes, carnívoros en su alimentación, de temperamento feroz y sumamente violentos en sus pasiones. Ocurre que entre esta clase de seres he vivido largo tiempo. Los he visto a menudo frenéticos, con sus rostros blancos como la ceniza, con los pelos de punta y derramando grandes lágrimas de rabia, mas nunca he descubierto en ellos nada que se aproxime a ese aspecto terrible que observé en el lechuzón.

Comparativamente, la naturaleza ha hecho poco para favorecer al ojo humano, no solo al negarle el esplendor terrorífico que encontramos en algunas especies, sino también en lo que se refiere a su belleza. Cuando se viaja alrededor del mundo no se puede dejar de pensar que las distintas tribus y razas de hombres, que varían tanto en lo que respecta al color de su piel y al clima y condiciones en que viven, debieran tener ojos de tonalidades diferentes. En el Brasil me maravilló ‘el aspecto magnifico de muchas mujeres negras que allí había; eran bien formadas, altas, majestuosas, a menudo elegantemente vestidas con túnicas y tocados blancos; además, usaban pulseras de plata en sus brazos redondos y lustrosos. Me pareció que un iris de oro pálido hubiera aumentado la gloria de estas bellezas de ébano (como en el pájaro tirano -*Lichenops perspicillata*-, que es intensamente negro), completando su encanto único y extraño. Al exquisito tipo de belleza femenina que vemos en la muchacha blanca con una leve mezcla de sangre negra, con el gracioso rizado del cabello, el púrpura rojo de los labios y el delicado tinte terracota de la piel, le hubiera convenido, en vez del color pardo oscuro de sus ojos, un intenso marrón anaranjado, como el que se ve en algunos lemúridos. No podría imaginarse nada más bello que el iris rojo rubí para muchas tribus de piel muy oscura, mientras que los ojos verde mar convendrían a los polinesios y a las tribus lánguidas y pacíficas, como la descrita en el poema de Tennyson:

“Y rodearon la quilla, con caras pálidas,

Oscuras caras pálidas contra esa llama rosa,

Los melancólicos comedores de lotos,

[de suave mirar”.

Puesto que no podemos tener los ojos que hubiéramos deseado para nosotros, consideremos los que nos ha dado la naturaleza. La incomparable hermosura de los “ojos color esmeralda” ha sido muy alabada por los poetas, particularmente por los españoles, y si es que existen, serían por cierto muy bellos, en especial si tuvieran como marco cabellos oscuros o negros y fueran acompañados por esa melancólica palidez observada con frecuencia en los climas cálidos, mucho más atrayente que la piel rosada de los habitantes de las regiones nórdicas, aunque no tan duradera. Pero, o no existen o he tenido muy poca suerte, puesto que después de una larga búsqueda me veo obligado a confesar que nunca he tenido oportunidad de verlos. He visto ojos llamados verdes, esto es, de un tono verdoso, pero no eran los que yo buscaba. Se puede perdonar a los poetas sus descripciones equivocadas; muy a menudo - como Humpty Dumpty en Alicia en el país del espejo- dan significados propios a las palabras. Para obtener datos fidedignos solemos dirigirnos a los hombres de ciencia; sin embargo, y aunque parezca raro, mientras éstos se quejan de que nosotros -los profanos- carecemos de ideas exactas y establecidas acerca del color de nuestros propios ojos, ellos han apoyado la fábula del poeta, tomándose un trabajo considerable para convencer al mundo de su verdad. El doctor Paul Broca es la figura más prominente en este sentido. En su Manual for Anthropologists, divide los ojos humanos en cuatro tipos distintos: anaranjado, verde, azul y gris, y subdivide esos cuatro en cinco variedades cada una. La simetría de tal clasificación sugiere de inmediato que se trata de algo arbitrario. ¿Por qué anaranjado, por ejemplo? El avellana claro, el color arcilla, el rojo, el castaño oscuro, no pueden llamarse anaranjados con propiedad; pero la división requiere que las cinco variedades de ojos con pigmentos oscuros sean agrupadas bajo un mismo nombre, y porque hay pigmento amarillo en algunos ojos oscuros, se los denomina a todos anaranjados. Para formar las cinco variedades grises, el gris más leve es tan pálido que su verdadero color se nota solo al colocarlo al lado de una hoja de papel blanco; pero la piel humana tiene siempre algún matiz; por lo tanto, los ojos de Broca aparecerán, por contraste, absolutamente blancos. Algo desconocido en la naturaleza. Luego tenemos el verde, empezando por el más claro y elevándonos, a través del verde del pasto y el verde esmeralda, hasta el más profundo verde mar y el verde de la hoja de acebo. ¿Existen tales ojos en la naturaleza? En teoría, sí. Los ojos azules son azules, y los grises, grises; no tienen pigmentos amarillos o marrones en la superficie externa del iris, para impedir que el pigmento púrpura oscuro de la capa interna -la úvea- se vea a través de la membrana; ésta tiene diferentes grados de opacidad, haciendo aparecer al ojo gris, azul claro u oscuro, o purpúreo, según el caso. Cuando el pigmento amarillo se deposita en pequeñas cantidades en la membrana externa, se mezclaría, de acuerdo con la teoría, con el azul de la parte interna, dando como resultado el verde. Por desgracia para los antropólogos, no sucede así. En algunos casos, solo da el variable tono verdoso que he mencionado, pero nada que se aproxime a los verdes propuestos por Broca en

su tabla. Si un ojo posee el grado suficiente de transparencia en la membrana y un leve depósito de pigmento amarillo, extendido igualmente sobre la superficie, se tendría como resultado un iris perfectamente verde. La naturaleza, sin embargo, no procede de esa manera. Los pigmentos amarillos varían mucho en cuanto a matices; hay amarillo barroso, marrón o color tierra, y nunca se extienden con uniformidad, sino que aparecen en manchas que se agrupan alrededor de la pupila, formando rayos oscuros, líneas y puntos; y así, cuando la ciencia dice que tales ojos “deben llamarse verdes”, ellos son, por lo general, de un opaco azul grisáceo, castaño azulado o color arcilla, mostrando, en algunos casos raros, un variado tono verdoso. En las notas que acompañan al Informe del Comité Antropométrico de la Asociación Británica de los años 1881 y 1883 se dice que los ojos verdes son más comunes de lo que indican las estadísticas, y que los ojos que propiamente podrían llamarse verdes, a causa de un prejuicio popular contra ese término, han sido registrados como grises o algún otro color.

¿Existe tal prejuicio? ¿O es necesario recurrir siempre a un manual para saber si son verdes los ojos que encontramos? Indudablemente, el “prejuicio popular” se origina -según se supone- en Shakespeare, quien describe los celos como un monstruo de ojos verdes; pero si este autor pesa tanto en el espíritu del pueblo, el prejuicio debería tomar otro rumbo, puesto que él es lino de los que cantan la esplendidez de ese color. Dice en Romeo y Julieta:

El águila, señora, no tiene ojos tan verdes,

Ni tan vivos y hermosos como los de París.

Estas líneas contienen, sin embargo, un absurdo, puesto que no existen las águilas de ojos verdes, y tal vez no valga la pena hablar más respecto a ese prejuicio.

Durante largos años busqué afanosamente los ojos verdes, caminé a veces muchas cuadras por calles llenas de gente, observando los de cada persona que pasaba a mi lado; y solo una vez creí haber obtenido mi recompensa. Al subir en cierta ocasión a un vehículo público, percibí la presencia de una dama sentada en un sitio frente a mí -aunque quedaba más elevada-, elegantemente vestida y de un aspecto en extremo atrayente. Su piel era algo pálida, el cabello oscuro y sus ojos... ¡verdes! “¡Al fin!”, me dije mentalmente, contento como si hubiera encontrado una piedra de valor incalculable. Era terrible para mí tener que mirarla en forma furtiva, y pensar que muy pronto la perdería de vista. Pasaron algunos minutos, durante los cuales ella no movió la cabeza. Los ojos seguían siendo verdes, pero no del tono oscuro y sombrío que imaginé y pintó Broca, sino de un verde mar claro y exquisitamente bello, semejante al aspecto que presenta el agua del océano atravesada por un sol fuerte, en sitio donde es profunda y pura, en la bahía de alguna isla rocosa, bajo los trópicos. Al fin, no convencido todavía, me elevé un poco en mi asiento, de manera que cuando me diera vuelta para verla de nuevo, sus ojos se encontrasen en línea recta con los míos. Llegó por último el momento deseado y temido; pero, ¡ay!, ya los ojos no eran verdes, sino grises y de un tono no muy puro. Habiendo parecido verdes cuando los miraba de modo

oblicuo, no podían ser de un gris muy límpido. Eran simplemente grises, con un pigmento tan delgado que no parecía extendido con uniformidad por toda la superficie del iris. Esto hacía que parecieran verdes bajo ciertas luces, como sucede con los ojos del perro, que cuando se sienta a la sombra, al mirar hacia arriba, reciben toda la luz, tiñéndose a veces de un verde puro. Conozco un perro cuyos ojos se veían siempre de ese color en tales circunstancias. Generalmente, sin embargo, los ojos de los perros toman un color azul hialino.

Si pudiéramos dejar a un lado esos ojos indefinidos y confusos que están en un estado de transición -ojos azules con algún pigmento que los oscurece y los hace incalificables, puesto que no se encuentran dos pares iguales-, entonces todos deberían estar comprendidos en dos grandes órdenes naturales: los que tienen y los que carecen de pigmento en la superficie externa de la membrana. No pueden llamarse con propiedad ojos claros y oscuros, puesto que muchos castaños son en realidad más claros que los purpúreos y los grises oscuros. Deberían denominarse simplemente pardos y azules, porque en todos los que tienen pigmento exterior hay algo de extraño o un tono apenas diferenciable de ese color, y todos los ojos sin pigmento, aun los del gris más puro, tienen algo de azul. Los ojos castaños expresan pasiones animales, antes que inteligencia y sentimientos morales elevados. Frecuentemente son igualados en su elocuencia peculiar por los ojos pardos u oscuros del perro doméstico. A menudo hay en los animales una exagerada elocuencia en la expresión; a juzgar por sus ojos, los gatos y las águilas enjaulados de los jardines zoológicos son todos Bonnivards,<sup>(1)</sup> peludos y emplumados.

Aun entre los intelectuales, los ojos castaños denotan más corazón que cabeza. En los seres inferiores, los ojos negros son siempre penetrantes y astutos, o también suaves y dulces, como en los cervatos, palomas, pájaros acuáticos, etc., y es notable que en el hombre los ojos negros -iris castaño oscuro con pupila grande tengan en general alguna de estas expresiones predominantes. Naturalmente, las excepciones individuales son numerosas en las comunidades muy civilizadas. Las mujeres españolas y las negras tienen ojos hermosos y maravillosamente suaves, mientras que los sagaces ojos de comadreja son comunes en todas partes, especialmente entre los asiáticos. En las castas superiores de Oriente la mirada penetrante y astuta se ha refinado, transformándose hasta adquirir un aspecto de sorprendente sutileza, la más bella expresión de que son capaces los ojos negros.

Los ojos azules -incluímos aquí azules y grises son por excelencia los del hombre intelectual: ese pigmento externo de colorido vivo suspendido a la manera de una nube, como si estuviera sobre el cerebro, absorbe sus emanaciones más espirituales, de modo que solo cuando desaparece completamente es posible mirar dentro del alma, olvidando el parentesco del hombre con los brutos. Cuando no se está acostumbrado a él por haber vivido siempre entre gente de ojos oscuros, los ojos azules parecen una anomalía de la naturaleza; cuando no, una equivocación positiva; porque su poder para

expresar los instintos más comunes y bajos de nuestra raza es comparativamente limitado, y cuando no están desarrolladas las facultades superiores nos parecen vacuos e insignificantes. Además, el etéreo color azul se asocia en la mente con los fenómenos atmosféricos antes que con la materia sólida, inorgánica o animal. Es el color del vacío, del cielo inexpresivo, de las nubes y sombras de las montañas lejanas, del agua bajo ciertas condiciones atmosféricas y de la bruma insustancial del verano.

Cuyas márgenes se borran

Por siempre y para siempre cuando me alejo.

Dentro de la naturaleza orgánica encontramos que este tono se ve apenas en las flores de vida efímera y en algunas plantas frágiles; las alas de ciertos pájaros y mariposas han sido tocadas con celeste para que su apariencia resulte más etérea. Solamente en el hombre, sacado del grueso materialismo de la naturaleza y en quien están desarrolladas las facultades superiores de la mente, vemos toda la belleza y significado de los ojos azules; o sea, los ojos libres de la nube intermedia de pigmentos oscuros. En la biografía de Nathaniel Hawthorne, el autor dice que: "Sus ojos eran grandes, de un azul oscuro, brillantes y llenos de variadas expresiones." Bayard Taylor solía afirmar "que eran los únicos ojos que había visto despedir fuego..." Cuando iba todavía al colegio, una vieja gitana que lo encontró en un camino del bosque, contemplándolo le preguntó: "¿Es usted un hombre o un ángel?" Los gitanos están tan habituados a fijarse en los ojos de la gente, que tienen una sorprendente facilidad para descubrir su expresión; los estudian con un fin determinado, como mi amigo el jugador estudiaba las cartas con que jugaba; si no vieran los ojos de sus confiados clientes, no sabrían qué decir. Volviendo a Hawthorne, su esposa expresa en una carta transcripta en el libro que mencionamos: "El fulgor de sus ojos hacía desvanecer la hipocresía, la simulación y la falsedad; los más grandes pecadores, muchos de los cuales venían a confesarse con él, encontraban en su mirada tal piedad y simpatía que dejaban de temer a Dios, y poco a poco volvían a Él... Yo misma nunca me atreví a sostener su mirada, y únicamente fijaba mis ojos en los suyos cuando sus párpados estaban bajos".

Creo que casi todos hemos visto ojos como éstos, ojos que uno trata más bien de evitar, porque cuando se produce el encuentro nos atemorizamos al ver tan cerca un alma humana en toda su desnudez. Conocí -por lo menos- una persona a quien podría aplicarse en todos los detalles la descripción anterior; un hombre cuya naturaleza moral e intelectual eran de primer orden y que murió a los treinta años, mártir de la causa de la humanidad.

¡Qué extraño, entonces, que el hombre primitivo hubiera sido dotado de estos ojos incapaces de expresar los instintos y pasiones de los salvajes, pero con poder suficiente para reflejar la inteligencia, los sentimientos morales elevados y la espiritualidad que muchos siglos después la civilización desarrollaría en su cerebro torpe! Un hecho como éste parece adaptarse a aquella fascinadora e ingeniosa hipótesis de Wallace para explicar hechos que, de acuerdo con la teoría de la selección natural, no debieran existir. Una pregunta que se formula



con frecuencia, pero que todavía no tiene respuesta definitiva -¿cuál es el color de los ojos de los ingleses?- dio lugar a que yo realizara algunas observaciones. Comprobé una diferencia grande y sorprendente en los ojos de las dos clases en que prácticamente puede dividirse la población: la clase acomodada y la clase pobre. Empecé estos estudios en Londres. Mi plan era simple: consistía en caminar a lo largo de las calles y avenidas más concurridas, observando los ojos de todas las personas que pasaban a mi lado. Como mi vista era buena, una rápida mirada, que era todo lo que podía hacer en la mayoría de los casos, bastaba para mis fines; de esta manera podía ver en un día cientos de pares de ojos. En Cheapside, la población estaba demasiado mezclada; pero en Picadilly, Bond Street y en Rotten Row, durante la temporada, predominaba la clase próspera. Hay otras calles y pasajes de Londres en los que casi toda la gente que se ve en ellos en cualquier momento pertenece a la clase trabajadora. Paseaba con frecuencia por los lugares en que los pobres hacían sus compras los sábados por la tarde, y allí, gracias a la lentitud con que se avanzaba, podía estudiar sus rostros con facilidad.

Consideremos primero a la clase superior. Si en una tarde de primavera alguien camina por Picadilly o por Row, le costará mucho decir cuál es el color de ojos que predomina, tal es su variedad. Se ven todos los tonos de gris y azul, desde el cerúleo de un cielo pálido hasta el ultramarino, llamado púrpura y violeta, y que parece negro; se ven todos los tipos y tonalidades de ojos oscuros, desde el castaño más claro y los de tinte amarillento, parecido al del iris de las ovejas, hasta el marrón más fuerte, y el iris de azabache con reflejos rojizos y anaranjados: el ojo de color carey, orgullo de la mujer negra. Otro hecho sorprendente fue la gran cantidad de ojos hermosos. Podrían darse varias explicaciones acerca de esta variedad y excelencia; pero, como ninguna parecería satisfactoria, considero más oportuno que el lector elabore su propia teoría al respecto.

En la clase inferior no existía tal dificultad. En la mayoría de los casos, más o menos el ochenta por ciento, los ojos eran grises y azul grisáceo, pero raras veces puros. La impureza era causada por una pequeña cantidad de pigmento, como pude ver muchas veces observando el iris de cerca: un tinte amarillento, visible alrededor de la pupila. Llegué a la conclusión de que estos ojos grises son típicos de los británicos en la época presente; se están pigmentando poco a poco, y si la raza perdura lo suficiente, llegarán sin duda a ser oscuros.

### XIII

#### Las llanuras de la Patagonia

Hacia el final de la famosa narración de Darwin sobre el viaje del Beagle, hay un pasaje que para mí tiene un interés y significado especiales. Es el siguiente

-las bastardillas son más-: “Evocando imágenes del pasado, veo que las llanuras de la Patagonia pasan frecuentemente ante mis ojos; sin embargo, todos dicen que son las más pobres e inútiles. Se caracterizan solo por sus rasgos negativos, carecen de viviendas, agua, árboles y montañas; no tienen más que algunas plantas enanas. ¿Por qué entonces -y esto no me ha sucedido a mí únicamente- esos áridos desiertos se han posesionado de tal modo de mi mente? ¿Por qué no producen igual impresión las pampas, que son más fértiles, más verdes y más útiles al hombre? Apenas puedo analizar tales sentimientos, pero ello tal vez se origine en parte en la libertad que otorgan a la imaginación. Las llanuras de la Patagonia son ilimitadas, apenas accesibles y, por lo tanto, desconocidas; dan la sensación de haber sido así por muchos siglos y no se vislumbra un límite a su duración en el futuro. Si, como suponían los antiguos, la tierra chata estaba rodeada por una extensión de agua infranqueable, o por desiertos calientes hasta lo intolerable, ¿quién no miraría con emoción profunda, aunque indefinida, hacia estos confines del saber humano?”

Estoy completamente convencido de que en ese pasaje Darwin no encontró la explicación exacta para las sensaciones que experimentó en la Patagonia y la impresión que ella causó en su mente, porque la cosa es tan real ahora como en 1836, cuando dijo que aquello no le ocurría a él exclusivamente. Sin embargo, desde esa época, que gracias a Darwin parece ahora tan remota al naturalista, esas desoladas regiones han dejado de ser inaccesibles y, aunque todavía resultan inhabitables, excepto para algunos nómades, por lo menos ya no son desconocidas. Durante los últimos veinte años el país ha sido cruzado en varias direcciones, desde el Atlántico hasta los Andes, y desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes; se comprobó que toda la extensión es estéril. La misteriosa ciudad poblada por habitantes blancos que durante mucho tiempo se creyó existía en el interior desconocido, en un valle llamado Trapalanda, es un mito para los modernos, un espejismo de la mente, como la esplendorosa capital de Manoa, que no pudieron descubrir Alonso Pizarro y su falso amigo Orellana. El turista de hoy espera ver apenas un guanaco solitario vigilando en lo alto de una loma, algunos ñandúes de plumas grises, y probablemente, también, un grupo de indios errantes de largos cabellos con sus rostros pintados de rojo y negro. Pero, aunque sobre eso, el viejo encanto persiste todavía con toda su frescura, y después de las incomodidades y sufrimientos que se soportan en un desierto condenado a eterna esterilidad, el viajero descubre que a través de los años lo recuerda con intensidad, que brilla con más luz en su memoria, siendo más agradable para él ese recuerdo que el de cualquier otra región que pudiera haber conocido.

Sabemos que cuanto más nos impresiona una escena con más nitidez y persistencia se graba su recuerdo en la memoria; esto explica el carácter relativamente imborrable de las impresiones que datan de nuestra niñez, época en que somos más emotivos. Juzgando por mi propio caso, creo que aquí reside el secreto de la persistencia de las imágenes de la Patagonia y su aparición frecuente en el espíritu de los muchos que han visitado esa región gris, monótona y, en cierto sentido, carente de interés. No es el efecto de lo desconocido, no es tampoco imaginación; es que la naturaleza, en esos parajes desolados, por una razón que luego se verá nos emociona más

profundamente que en otros. Al describir sus excursiones por uno de los más tristes lugares de la Patagonia, Darwin dice:

“Sin embargo, en medio de estas soledades, sin que exista cerca ningún objeto atrayente, se experimenta una indefinida pero poderosa sensación de placer.” Cuando recuerdo alguna escena de la Patagonia se me presenta tan completa, en toda su vasta extensión y con todos sus detalles tan nítidamente delineados, que si la estuviera contemplando realmente no la vería con más claridad; mientras que otras, aun las que juzgué hermosas y hasta sublimes, con bosques, océano o montañas, y sobre todo el cielo azul profundo y el crepúsculo brillante de los trópicos, no aparecen ya tan precisas en la memoria, haciéndose más brumosas cada vez que intento mirarlas con mayor atención. Aquí y allá veo una montaña cubierta de árboles, un bosque de palmeras, un árbol florido, verdes olas que rompen sobre una costa rocosa, nada más que manchas aisladas de bello color, como si fueran partes de un cuadro que no se han borrado, como el resto, ya despintado. Estas imágenes corresponden a escenas que una vez fueron contempladas con asombro y admiración - sentimientos que no puede inspirar el desierto de la Patagonia-, pero la soledad gris y monótona despierta otros más profundos, y en ese estado de ánimo la escena se imprime en la mente con caracteres indelebles.

Pasé la mayor parte del invierno en cierto lugar de Río Negro, ubicado a cien o ciento treinta kilómetros del mar, donde el valle tiene más de nueve mil metros de ancho. Solo el valle era habitable, pues allí existía agua para el hombre y los animales, y la tierra producía pastos y granos. Era perfectamente nivelado y terminaba abruptamente al pie del barranco en forma de terraza de la meseta. Yo acostumbraba salir todas las mañanas a caballo, llevando la escopeta y seguido de un perro, y me alejaba al galope del valle; tan pronto como llegaba a lo alto me internaba en la espesura gris, y allí me sentía tan solo y alejado de toda mirada humana que parecíame estar a mil kilómetros, en vez de solo diez, del río y el verde valle escondido. Ese desierto salvaje, solitario y remoto se extendía hasta el infinito, nunca hollado por el hombre; los animales salvajes eran tan escasos que ni siquiera habían dejado un sendero visible. Si allí hubiera caído y muerto, los pájaros habrían devorado mi cuerpo, y mis huesos se habrían blanqueado por acción del sol y el aire, de modo que nadie habría hallado mis restos, olvidando todos que alguien salió a caballo una mañana y nunca regresó.

De haberme sido posible vivir sin agua, como los pocos animales que allí había:

pumas, guanacos, liebres patagónicas, ñandúes y -entre los pájaros- la martineta copetona me hubiera convertido en un ermitaño, viviendo entre los matorrales, o en alguna cueva abierta en la roca, llegando algún día yo también a ser gris como las piedras y los árboles que me rodeaban, bien seguro por cierto de que ningún pie humano llegaría hasta mi escondite.

Volví allí, no una, ni dos, ni tres veces, sino día tras día. Visitaba ese lugar como si asistiera a una fiesta y solo lo abandonaba cuando el hambre, la sed y el sol me obligaban a ello. En realidad, no tenía ningún motivo para ir, ninguna

razón explicable; llevaba mi escopeta pero no había allí nada que cazar, pues esto no podía hacerse sino en el valle. A veces, un Dolichotis, sobresaltado por mis pasos, cruzaba ante mis ojos, para desaparecer de inmediato en la espesura; o una bandada de martinetas se esparcía por el aire, dejando oír sus notas lastimeras y produciendo fuertes ruidos con sus alas; de pronto veía un venado que me observaba inmóvil durante dos o tres minutos, desde una loma lejana. Pero los animales eran pocos y a veces transcurría un día entero sin que avistara un mamífero o una docena escasa de pájaros. En ese entonces el tiempo era más bien triste, con nubes grises en el cielo y vientos tan fríos que a veces se me helaba completamente la mano con que sostenía la rienda. Además, resultaba imposible andar al galope; los arbustos estaban tan juntos que era difícil pasar entre ellos sin rasguñarse. Marchaba, pues, al paso -y eso en otras circunstancias me habría resultado intolerable, recorría durante horas aquella extensión. Allí no había nada que alegrara la vista. Una cantidad inmensa de guijarros pulidos de color rojo, gris, verde o amarillo aparecían sobre la arena, bajo la fina capa de tierra gris (formada por la ceniza de millares de generaciones de árboles muertos), donde el viento había removido el suelo o la lluvia había barrido la superficie. Al llegar a una loma cabalgaba lentamente hasta la cima, y allí permanecía observando la perspectiva. A cada lado, el terreno se extiende en grandes ondulaciones, pero éstas eran irregulares; se veían las lomas, ya redondas, ya cónicas, solas o en grupos, formando hileras; algunas descendían suavemente y otras como arrecifes, se prolongaban a lo lejos en amplias terrazas. Y todas igualmente revestidas por esa eterna vegetación de espinos. ¡Qué gris era todo aquello!

A veces divisaba, a la distancia, un gavián de gran tamaño (*Buteo erythronotus*), de pecho blanco y semejante al águila, posado en lo más alto de un arbusto; y durante todo el tiempo en que permanecía estacionado delante de mí, mis ojos se fijaban involuntariamente en él, como cuando mantenemos la vista sobre una línea brillante en medio de la oscuridad, porque la blancura del pájaro, parecía ejercer un poder fascinador sobre la vista, ya que resaltaba intensamente, por contraste, en esa universal monotonía gris. Abandonando mi punto de observación, reanudaba el paseo y subía a otras elevaciones, para contemplar el mismo panorama desde un punto distinto. Y así continuaba por horas enteras, desmontando al mediodía para sentarme sobre mi poncho doblado. En estas excursiones descubrí un día un montecito compuesto por veinte o treinta árboles de tres metros de alto aproximadamente, o sea, los de mayor tamaño en esa zona. Crecían convenientemente apartados entre sí y era evidente que el lugar había sido frecuentado durante largo tiempo por los venados u otros animales salvajes, porque los troncos estaban suaves y pulidos a causa del roce continuo; el terreno había sido pisado hasta quedar convertido en un suelo limpio de arena fina y amarilla. Esta arboleda se hallaba en una loma cuya forma era distinta de las demás, por lo que me resultaba fácil encontrarla en cualquier momento; después de un tiempo la convertí en un sitio de descanso, al que iba siempre al mediodía. No me preguntaba por qué había elegido aquel lugar, alejándome a veces muchas leguas de mi camino para ir a sentarme allí, en vez de hacerlo bajo cualquiera de los millones de árboles y arbustos que cubren el campo inmenso, o en alguna otra lomada. No pensaba en ello, sino que actuaba inconscientemente; solo más tarde, cavilando sobre esto, me pareció que

después de haber descansado allí, cada vez que quería hacerlo de nuevo, el deseo llegaba asociado con la imagen de ese grupo de árboles de troncos lisos, sobre el blanco lecho de arena, y en poco tiempo adquirí el hábito de retornar a ese mismo punto, como ocurre con los animales, en busca de descanso.

Tal vez sea erróneo decir qué me sentaba a reposar, puesto que nunca me sentía cansado; y, sin embargo, sin experimentar fatiga alguna, esa pausa de la tarde, durante la cual permanecía inmóvil y como olvidado del mundo, me resultaba en extremo grata. El silencio, tan profundo, tan perfecto, era siempre muy agradable. Allí no había insectos; el único ruido era un débil gorjeo de alarma emitido por un pajarillo de una especie semejante a la ratona, el que se oía muy de vez en cuando. Y mientras cabalgaba, solo el golpe sordo de los cascos del caballo, el choque de alguna rama contra mis botas y el jadeo del perro, interrumpían la tranquilidad. Cuando por fin llegaba y me sentaba, sentía cierto alivio al librarme también de esos ruidos, pues a los pocos minutos el perro colocaba la cabeza entre sus patas delanteras y se quedaba dormido; entonces ya no se oía nada, ni una hoja que se moviera. Porque, a menos que el viento sople fuerte, las pequeñas y efímeras hojas rígidas no se agitan ni susurran y los arbustos permanecen inmóviles y como esculpidos en piedra. Un día, mientras escuchaba el silencio, se me ocurrió preguntarme qué efecto produciría un grito fuerte. Lo juzgué en ese momento una ridícula sugerencia de la fantasía, “un pensamiento desordenado” que casi me hizo estremecer, y traté de desecharlo en seguida de mi mente. Pero durante esas jornadas solitarias eran muy raras las ideas que cruzaban por mi espíritu; cada vez veía menos animales y eran más escasos los cantos de los pájaros que llegaban a mi oído. En ese nuevo estado de ánimo era imposible pensar. Además, siempre lo había hecho más libremente sobre el caballo; en las pampas, aun en los lugares más solitarios, mi mente se activaba mucho más cuando avanzaba al galope. Es indudable que esto llegó a convertirse en una costumbre; pero ahora, montado en un caballo, me sentía incapaz de reflexionar: mi mente, que era antes una máquina de pensar, se había transformado repentinamente en una máquina con finalidades desconocidas. Para pensar, me parecía que necesitaba poner en movimiento todo un ruidoso engranaje en mi cerebro, y había algo allí que me ordenaba no hacerlo, por lo que me veía obligado a permanecer inactivo. Solo estaba en suspenso y atendía; sin embargo, no esperaba encontrar ninguna aventura y me sentía tan libre de temores como me siento ahora, en una habitación de Londres. El cambio que en mí se había producido era tan grande y maravilloso que me parecía haber adquirido la identidad de otro hombre o animal; pero en aquellos momentos no me hallaba capacitado para meditar sobre él. Ese estado no me resultaba extraño, sino más bien familiar, y aunque iba acompañado por un poderoso sentimiento de júbilo, no lo advertí; no me di cuenta de que algo se había interpuesto entre mi persona y mi inteligencia, hasta que lo perdí, volviendo a mi primitivo ya pensante y a la antigua e insípida existencia.

Tales cambios, aunque sean de breve duración, en la mayoría de los casos afectan, mientras duran, hasta las raíces de nuestro ser y se nos presentan como una gran sorpresa, como la revelación de una naturaleza desconocida e insospechada, oculta bajo nuestra naturaleza consciente. Solo pueden

atribuirse tales modificaciones a una reversión instantánea al estado primitivo y completamente salvaje de nuestra mente. Es probable que muchos hombres recuerden casos similares experimentados en su vida, pero sucede a menudo que el instinto revivido es de un carácter tan animal y repugnante a nuestros sentimientos refinados y humanitarios que se oculta cuidadosamente y se refrena su impulso. En la carrera militar y en la marina, así como en la vida de viajes y aventuras, se experimentan con más frecuencia esas regresiones repentinas y sorprendentes. Un ejemplo común es la excitación que afecta a los hombres cuando van a la guerra; alcanza aun a los tímidos, a quienes hace demostrar una audacia y un desprecio por el peligro que llegan a asombrarlos a ellos mismos. Este valor instintivo ha sido comparado con la embriaguez, pero no oscurece, como el alcohol, las facultades del hombre. Por el contrario, el que lo experimenta se sentirá más activo y tendrá más interés por cuanto lo rodea que la persona que se mantiene perfectamente tranquila. El hombre que es valiente y sereno tiene sus facultades en condiciones ordinarias, pero las de quien va a pelear inflamado por emociones instintivas de regocijo, se agudizan, llegando a convertirse en un ansia exagerada.

Cuando un hombre de temperamento tímido ha tenido una sensación de esta clase, considera el día en que sucedió tal cosa como el más feliz de su vida, el que se distinguirá de los demás y brillará para siempre con fulgor de gloria. Cuando repentinamente enfrentamos un gran peligro, es asimismo grande el cambio que se opera en nosotros. En algunos casos el terror nos paraliza, y, como los animales, permanecemos inmóviles, incapaces de dar un paso o levantar una mano para defender nuestra vida; en otras ocasiones somos presa del pánico, y también actuamos como animales inferiores y no como seres racionales. Con mucha frecuencia, por otra parte, en situaciones de peligro extremo, cuando éste no puede evitarse con la huida, sino que debe ser enfrentado sin vacilar, aun los hombres más tímidos adquieren instantáneamente y como por milagro el valor necesario, disciernen con rapidez y actúan con decisión y eficacia. Este es un hecho muy común en la naturaleza: tanto el hombre como los seres inferiores, cuando están frente a una muerte segura, "sacan valor de su desesperación". Solemos hablar del "coraje del desesperado"; no puede existir realmente debilidad en una persona que se bate o se prepara para pelear por su vida. En tales momentos, la mente se aclara como nunca; los nervios se tornan de acero y se siente una fuerza sorprendente y una audacia sin límites. Cuando recuerdo ciertos instantes de peligro de mi vida, lo hago con una especie de alegría, no porque en ese entonces me hubieran producido emociones gratas, sino porque en tales instantes pude experimentar nuevas sensaciones, una nueva naturaleza, por así decirlo, que me elevaba sobre mi propio ser. Sin embargo, comparándome con otros hombres, encuentro que, en circunstancias ordinarias, mi valor está más bien por debajo del de la generalidad de las personas. Este coraje instintivo, que a veces se manifiesta con tanta fuerza, es probablemente heredado por una gran mayoría de los hombres que vienen al mundo; solo que, en la vida civilizada, la conjunción de circunstancias necesarias para ponerlo en actividad se produce muy pocas veces.

En la caza se revelan a menudo los impulsos instintivos. Leech caricaturiza la ignorancia gala para cazar zorros en Inglaterra, al hacer que sus caballeros franceses se adelantaran a los galgos, precipitándose él solo a capturar el zorro; pero esto puede tomarse también como una ilustración cómica de un sentimiento que existe en cada uno de nosotros. Habrá entre mis lectores algún deportista que se haya visto frente a frente con un animal salvaje -por ejemplo, un perro, cerdo, o gato montés-, sin ninguna arma de fuego para matarlo a la usual manera civilizada; sin embargo, lo habrá atacado, llevado por un impulso repentino e incontrolable, con un cuchillo de caza o algún otro objeto, logrando darle muerte. Yo le preguntaría a esa persona si tal victoria no le dio mayor satisfacción que todos los triunfos que pudo haber obtenido en el campo del deporte. Después de esa aventura, todos los deportes reglamentados le parecerán insípidos y todas las liebres, faisanes y aun animales de mayor tamaño que pueda herir con su escopeta le harán sentirse disgustado y despreciable. Probablemente no comentará este combate tan brutal; pero, en cambio, recordará con placer de qué manera extraña e incomprensible se sintió repentinamente poseído de la audacia y rapidez necesarias para rechazar el ataque de su enemigo desesperado, para escapar de sus dientes y, por último, para vencerlo. Recordará -en especial- la alegría salvaje que experimentó en la lucha. Esto le hará perder interés por todos los deportes. Matar una rata con algún método natural le parecerá mejor que matar elefantes científicamente, desde una distancia prudente. En *The Story of My Heart* se vislumbra en ocasiones este sentimiento:

“Matar con escopeta no significa nada.... Dénme una maza de hierro para aplastar y destruir a la bestia salvaje, una lanza para atravesarla, y así ver cómo penetra en la carne la larga hoja y sentir el golpe del mango contra el cuerpo”. Esto chocará a algunos, tal vez, pero demuestra que el tranquilo Richard Jefferies tenía en su interior algunos elementos de bárbaro puro. Pero los instintos se revelan más fácilmente durante la infancia y la niñez, y están listos para ponerse en actividad cuando se presenta la ocasión. La segunda naturaleza heredada es, entonces, más débil; y el hábito aún no ha tejido la espesa red con que reprime nuestra naturaleza primitiva. Esa red se refuerza continuamente a medida que transcurre la vida del individuo, y, al fin, éste es encerrado como una oruga en un capullo impenetrable, solo que, según vimos existen momentos milagrosos en que el capullo se rompe de pronto o se vuelve transparente, pudiendo esa persona contemplarse a sí misma en su desnudez original.

Es muy grande el placer que experimentan los niños al entrar en los bosques y otros lugares incultos, y este sentimiento, aunque disminuye a medida que crecen, perdura hasta el fin. Igualmente grande es su regocijo al encontrar frutas silvestres, miel y otros alimentos naturales; y aun sin apetito, los devoran con avidez. Comen con gran gusto frutos ácidos y agrios, los que en la mesa o recogidos en el jardín solo les producirían disgusto. Esta búsqueda instintiva de alimentos y el placer experimentado al encontrarlos se presentan a veces de manera sorprendente e inesperada “Mientras atravesaba el bosque -dice Thoreau- ví una marmota cruzar mi camino, sentí un estremecimiento de placer salvaje y al mismo tiempo la invencible tentación de darle caza y comerla

cruda, no porque tuviera hambre entonces, sino por el salvajismo que el bicho representaba.”

En casi todos los casos, exceptuando aquellos en que se ha enfrentado un peligro o se ha sentido una gran ira, el retorno de la mente al estado instintivo o primitivo ve acompañado por un sentimiento de júbilo, que en los muy jóvenes se traduce en un regocijo intenso, haciéndolos enloquecer de alegría, como animales recién escapados del cautiverio. Y por una razón similar, la vida civilizada nos reprime en forma continua, aunque pueda no parecer así hasta que, al entrever el salvajismo de la naturaleza o al tomarle el gusto a la aventura, un incidente cualquiera nos hace sentir bruscamente su insipidez. Y en ese estado de ánimo juzgamos que, al separarnos de la naturaleza, es más interesante lo que perdemos que las ventajas de que gozamos.

Era un júbilo de ese tipo el que yo experimentaba en el desierto patagónico: el sentimiento de volver a un estado mental que hemos sobrepasado; porque, indudablemente, yo había retrocedido. Y ese estado de vigilancia, de alerta en el que se suspenden las más altas facultades intelectuales, representaba la condición mental del verdadero salvaje. Este piensa poco, razona escasamente, siendo su instinto un guía seguro; está en armonía perfecta con la naturaleza e intelectualmente al mismo nivel que las bestias que caza, y las que, a su turno, lo hacen a él objeto de su persecución. Si las llanuras de la Patagonia afectan a una persona de esta manera o aún mucho menos que a mí, no es raro que se graben en la mente con tal nitidez y que permanezcan frescas en la memoria, volviendo a ella con frecuencia, mientras otras escenas, sin embargo, tal vez tan hermosas, se van borrando gradualmente hasta que se olvidan. Hasta cierto punto, todos los sonidos y paisajes naturales nos afectan de la misma manera; pero el efecto es a menudo transitorio y desaparece con el primer placer, siguiéndole en algunos casos una melancolía profunda y misteriosa. El verdor de la tierra, los bosques, ríos y montañas; la bruma azul y el horizonte distante; las sombras de las nubes sobre el panorama lleno de sol... ver todo esto es como retornar a un hogar, que es en realidad más hogar para nosotros que cualquier vivienda. El grito de los pájaros silvestres nos llega hasta el corazón; no lo hemos oído nunca antes y sin embargo nos resulta más familiar que la voz de nuestra madre. “Yo oí -dice Thoreau- un petirrojo a lo lejos y me parecía el primero que había oído desde hacía muchos miles de años, la misma canción dulce y poderosa de antaño; no olvidaré sus notas por muchos miles de años más. ¡oh petirrojo del atardecer!” Y Hafiz canta:

¡oh, brisa de la mañana, tráeme un recuerdo de los viejos [tiempos]!

Si después de mil años tu perfume flota sobre mis cenizas, Mis huesos se levantarán regocijados y danzarán en el sepulcro.

Y nosotros mismos somos los sepulcros vivientes de un pasado muerto, el pasado que fue nuestro durante tantos miles de años, antes de que empezara la vida del presente; sus viejos huesos están adormecidos en nosotros, muertos, aunque no muertos ni sordos para las voces de la naturaleza; el chisporroteo de las llamas, el rugir de la catarata, el estruendo de las olas al



romper sobre la costa, el ruido de la lluvia y el murmullo del viento entre las hojas traen el recuerdo de los viejos tiempos; y entonces los huesos se regocijan y danzan en su sepulcro.

El profesor W. K. Parker, en su obra *On Mammalian Descent*, hablando de la capa de pelos casi universal en los mamíferos, dice:

“Esta ha llegado a ser, como todo el mundo lo sabe, una costumbre entre la raza humana y no hay signos al presente de que vaya a volverse obsoleta. Además, esa primera correlación, principalmente entre las glándulas mamarias y su cubierta de pelos, parece haber penetrado en el alma misma de estos seres, habiéndose hecho tanto psíquica como física, puesto que en ese tipo, que es solo inferior a los ángeles, la inclinación a tener esta cubierta exterior constituye casi una pasión, poderosa e inextirpable.” No estoy muy seguro de que la observación anterior esté de acuerdo con algunos hechos de nuestra experiencia y con ciertos sentimientos instintivos que todos tenemos. Como Waterton, he descubierto que los pies aceptan con agrado el contacto con la tierra, esté caliente, fría o áspera, y que los zapatos, cuando se los ha dejado de usar por algún tiempo, resultan tan incómodos como una máscara. Si el rostro está siempre al descubierto, ¿por qué no aplicar la supuesta correlación a esa parte del cuerpo? La cara se siente agradablemente caliente (mientras el cuerpo, demasiado delicado, tiembla de frío bajo sus vestiduras), y deliciosamente fresca cuando el sol fuerte nos produce calor. Al realizar un ejercicio violento, o cuando sopla el viento en un día caluroso, la sensación que experimenta nuestra cara es en extremo agradable, pero no ocurre lo mismo con el cuerpo, al que la ropa impide la evaporación rápida de la transpiración. El paraguas no nos ha penetrado todavía hasta el alma, y aunque es horrible mojarse bajo la lluvia, sin embargo es magnífico sentir el agua castigándonos la cara. “Soy todo cara”, decía el desnudo salvaje americano para explicar por qué no le molestaba el viento frío que hacía temblar bajo sus pieles y abrigos a sus semejantes civilizados. ¡Qué alivio, qué placer arrojar las ropas cuando la ocasión lo permite! Legh Hunt escribió un gracioso artículo acerca de los placeres que se experimentan en el momento de acostarse, cuando las piernas, separadas durante tantas horas por vestiduras artificiales, se rozan entre sí con alegría, reanudando su interrumpida relación. Todo el mundo conoce esta sensación. Si la costumbre no nos tiranizara hasta tal punto, muchos de nosotros seguiríamos el ejemplo de Benjamín Franklin, poniéndonos a trabajar cómodamente por la mañana sin nada encima. Cuando vemos por primera vez hombres y mujeres desnudos, en alguna región donde solo una hoja de higuera “ha penetrado en el alma”, yendo de acá para allá, sin ninguna vergüenza, experimentamos un leve sacudimiento; pero éste es más de agrado que de disgusto aunque nos oponemos a aceptarlo; probablemente porque equivocamos la naturaleza del sentimiento. Si, después de verlos en su simplicidad nativa durante algunos días, aparecieran de pronto vestidos, experimentaríamos de nuevo una fuerte impresión, pero esta vez desagradable; es como ver a quienes ayer estaban sonrientes y libres, ahora engrillados, con caras hoscas y abatidos.

Para pasar a otro tema, lo que verdaderamente ha entrado en nuestra alma, haciéndose psíquico, es nuestro ambiente, esa naturaleza salvaje en la cual y

para la cual nacimos en un período inconcebiblemente remoto, y la que nos hizo lo que somos. Es cierto que hemos sabido adaptarnos; hemos creado y vivimos en una especie de armonía con las nuevas circunstancias, diferentes en extremo de aquellas para las cuales vinimos al mundo originariamente; pero la antigua armonía era mucho más perfecta que la actual, y, de haber en nosotros una memoria histórica, no sería raro que los momentos más dulces de nuestra existencia, sea feliz o desgraciada, fueran aquellos en que la naturaleza nos atrae hacia ella, y tomando su olvidado instrumento toca una vieja melodía que hace muchos siglos no se escuchaba en la tierra.

Si la naturaleza produce a veces este efecto peculiar sobre nosotros, restaurando instantáneamente la antigua armonía desaparecida entre el organismo y el medio, uno podría preguntarse: ¿por qué se siente con mayor intensidad en el desierto de la Patagonia que en otros lugares solitarios, en ese desierto seco donde existen tan pocos animales y en el que la vegetación es siempre gris en vez de verde? En lo que respecta a mi propio caso, yo podría explicar de una sola manera ~a experiencia peculiar. En los bosques subtropicales y en las selvas de las regiones templadas, el alegre verdor, los colores brillantes de las flores e insectos, y las melodías y cantos de los pájaros, cautivan los sentidos; hay movimientos y esplendor, formas llamativas, animales y vegetales aparecen continuamente, se despiertan la curiosidad y la expectativa, y la mente está tan ocupada en cosas nuevas que no puede sentirse el efecto de la naturaleza visible en su totalidad. En la Patagonia, la monotonía de las llanuras, el color gris de todas las cosas y la ausencia de animales y objetos que atraigan los ojos dejan la mente libre y abierta para recibir una impresión de conjunto de la naturaleza. Contemplamos el panorama como contemplaríamos el mar, pues, como éste, el desierto se extiende inmutable hasta el infinito, aunque sin el resplandor del agua, sin los cambios de tonalidades que producen la sombra de las nubes y la luz del sol, el movimiento de las olas y la espuma blanca. Tiene un aspecto de antigüedad, de desolación, de paz eterna, de un desierto que ha sido un desierto desde los tiempos más remotos, y que continuará siéndolo siempre. Y sabemos que sus únicos habitantes son un pequeño número de salvajes nómades, que viven de la caza como lo han hecho sus progenitores durante miles de años. En las fértiles sabanas y pampas, puede no haber signos de ocupación humana, pero el viajero que las atraviesa sabe que algún día la marea humana que avanza llegará con sus majadas y manadas, y el antiguo silencio y la desolación habrán desaparecido. Y este pensamiento es ya como una presencia humana, y mitiga el efecto de la naturaleza salvaje. En la Patagonia no asalta la mente ningún pensamiento o sueño acerca de la posibilidad de que el hombre modifique el paisaje en una fecha cercana. No hay agua allí, el suelo árido está constituido por arena y piedras, piedras redondeadas por la acción de los antiguos mares, antes de que existiera Europa; nada crece, excepto las cosas estériles que ama la naturaleza: espinos, algunas hierbas leñosas y penachos de pastos amargos que se ven diseminados por el terreno.

Es indudable que, en la soledad, la naturaleza salvaje no nos afecta a todos en el mismo grado, y aun puede ser que muchos no experimenten en los desiertos de la Patagonia las emociones que he descrito. Otros tienen sus instintos más a flor de piel, y la naturaleza los conmueve profundamente en los lugares

solitarios; creo que Thoreau era uno de ellos. De todos modos, aunque carecía de las luces que a nosotros nos ha dado Darwin, y estos sentimientos eran para él siempre extraños, misteriosos e inconcebibles, “no los ocultaba”. Allí reside el atractivo de Thoreau, eso que parece inexplicable y sorprendente a quienes nunca han sentido la naturaleza, ni los ha impresionado de manera profunda; pero que para otros confiere un sabor peculiar a sus obras. Y no es más que su deseo de un modo más primitivo de vida, su raro abandono cuando recorre los bosques como un sabueso medio hambriento, sin que ningún bocado le parezca demasiado salvaje; el anhelo de llevar una existencia más estable y vivir más que los animales; la simpatía tan grande por la naturaleza, que a menudo lo deja en suspenso; la sensación de que todos los elementos congenian con él, de manera que las escenas de las selvas, le resultan familiares, y se mueve en medio de ellas con la misma facilidad con que lo hace en su propia casa. Solo una vez tuvo dudas, y pensó que la compañía humana era indispensable para la felicidad, pero al mismo tiempo tomó conciencia de su error; pronto fue sensible de nuevo a la sociedad benéfica de la naturaleza y sintió una amistad infinita por todo lo que lo rodeaba.

Dentro de los límites de un capítulo no es posible tratar sino superficialmente un tema tan extenso como el de los instintos y resabios de instintos que hay en nosotros. El doctor Wallace duda que existan, aun en el verdadero salvaje, lo que parece extraño en un observador tan perspicaz y que tanto ha vivido en contacto con la naturaleza y los seres no civilizados, pero es de suponer que sus teorías peculiares referentes al origen del hombre -adquisición de grandes cerebros, cuerpos desnudos y las formas verticales, no a través, sino a pesar de la selección natural- lo inclinaban hacia ese punto de vista. Mis propias experiencias y observaciones me han llevado a una conclusión contraria, y creo que podríamos aprender mirando más allá de las costumbres arraigadas para ir a lo más profundo del ser; y así, por ejemplo, el nuevo estado de ánimo que experimenté en la Patagonia que acabo de describir- permite responder a una pregunta que se hace a menudo respecto de los hombres que viven en estado natural. Cuando consideramos que nuestra inteligencia, al contrario de la de los animales inferiores, aumenta progresivamente, nos parece sorprendente que existan tribus y comunidades de hombres “que se contentan con vivir” en un estado de barbarie durante siglos y aun miles de años, sustentándose de lo que consiguen cada día, expuestos a excesos de temperaturas y sufriendo hambre con frecuencia, aun en medio de la mayor fertilidad, cuando un poco de previsión -“la más pequeña porción de inteligencia que posee el ser más bajo del género humano”- hubiera bastado para mejorar enormemente su destino. Si en su vida natural y salvaje, su estado normal fuera igual al que yo sentí temporariamente, ya no me parecería raro que no se preocuparan del mañana, que se quedaran estacionados y se diferenciaban apenas de otros mamíferos, siendo su superioridad a este respecto solo suficiente para compensar sus desventajas físicas.

Ese estado instintivo de la mente humana, en el que parecen no existir las facultades superiores, ese estado de intensa vigilancia que obliga al hombre a estar alerta, a escuchar y andar silencioso y furtivamente, debe de ser como el de los animales inferiores: el cerebro funciona como un espejo en el que se refleja toda la naturaleza visible cada montaña, árbol, hoja- con maravillosa

nitidez. Podemos aun suponer que si al animal le fuera posible razonar, el pensamiento le resultaría un obstáculo que oscurecería esa percepción clara de la que depende su seguridad. Esta es una parte de la lección que aprendí en la soledad patagónica. La segunda, más amplia, deberá ser muy abreviada, pues puede conducirnos a otros puntos, algunos de los cuales serían considerados “más curiosos que edificantes”. Ese fondo oculto y ardiente está más cerca de nosotros de lo que creemos comúnmente, y hasta nos comunica cierto calor. Esto es, sin duda, motivo de disgusto y basta de pena para quienes se impacientan por la lentitud inconsciente de la naturaleza y quieren independizarse totalmente de esa energía para vivir sobre una corteza fresca y convertirse con rapidez en ángeles. Pero las cosas son como son, y tal vez lo mejor sea quedarse tranquilo por un tiempo, un poco por debajo de los ángeles: no estamos en posición de desechar nuestras cualidades no angelicales, aun en esta compleja civilización que aparenta colocarnos tan eficazmente “a salvo del peligro”. Recuerdo aquí un incidente presenciado por un amigo mío. El y otros compañeros perseguían a un indio que con facilidad pudo haber escapado ileso, pero cuando su único acompañante fue derribado del caballo, se volvió deliberadamente, saltó a tierra y, quedándose inmóvil junto al muerto, recibió en el pecho todas las balas de los blancos. No lo hizo por amor -sería absurdo suponer tal cosa-, sino inspirado por ese espíritu de desafío, fiero é instintivo, que en algunos casos hace que los hombres se desvíen de su camino para buscar la muerte. ¿Por que nosotros, hijos de la luz -la luz que nos hace tímidos- nos conmovemos por un hecho como éste, tan inútil como irracional, y sentimos una admiración tan grande que, comparada con él, todo lo que es puesto en juego por la virtud más noble o por la obra más alta del intelecto parece débil y confuso? Porque en lo más recóndito de nuestro ser, en nuestros más profundos sentimientos, no somos sino salvajes. No admiramos tanto a Gordon por su espiritualidad, por la pureza de su corazón y por la justicia y amor a sus semejantes, como por esa nobleza más antigua, cualidades que tenía en común con el hombre salvaje de intelecto infantil, un viejo vikingo, un osado coronel Burnaby, un capitán Webb que expone locamente su vida, un vulgar luchador galés que entra en una caverna llena de rugientes leones y los maneja como corderos asustados. Es a causa de ese espíritu instintivo y salvaje que hay en nosotros que existe a pesar de nuestra vida artificial y de todo lo que hemos hecho para librarnos de esa herencia- que somos capaces de realizar los actos llamados heroicos; por ello nos exponemos alegremente a las mayores privaciones y penalidades, las sufrimos con estoicismo y enfrentamos la muerte sin parpadear, sacrificando nuestras vidas por la causa de la humanidad, de la geografía o de cualquier otra rama de la ciencia. Se cuenta que, en una recepción, un anciano primer ministro de Inglaterra permaneció parado durante varias horas junto a su soberano, en una atmósfera pesada, sufriendo torturantes dolores en un pie, pues padecía de gota; sin embargo, no hizo ningún gesto y disimuló sus angustias bajo un semblante sonriente. Se ha dicho que así demostró su sangre azul y que, como descendía de ilustre estirpe y tenía la educación y los sentimientos tradicionales de un caballero, era capaz de sufrir con esa tranquilidad. Este error pronto se aclara en un hospital de cirugía o en un campo de batalla cubierto de heridos. Porque el salvaje siempre soporta el dolor más estoicamente que el hombre civilizado.

Mantiene el equilibrio frente a las contingencias,  
como ocurre con los árboles y los animales.

Por grandes que hayan sido los sufrimientos de aquel magistrado, fueron menores que los que soporta voluntariamente un indio joven en Venezuela y la Guayana, antes de considerarse un hombre o pretender una esposa. No los soporta sonriente por el orgullo tradicional del hombre de mundo, sino por ese orgullo más noble y más antiguo, el instinto del sufrimiento del salvaje, que acude en su ayuda y lo sostiene. Estas cosas no nos sorprenden, o en todo caso no deberían sorprendernos. Pueden llamar la atención solo a quienes carecen de instinto viril o a quienes nunca han tenido conciencia de él, a causa de su tipo de vida. Lo único extraño es que el espíritu indómito y severo que hay en nosotros no responde al hombre en todas las circunstancias; muchas veces, estando en el cadalso o teniendo el mundo contra él, es vencido por la desesperación y prorrumpe en lágrimas y lamentaciones, o se desmaya en presencia de sus compañeros. En uno de los pasajes más elocuentes de su mejor obra, Herman Melville describe de la siguiente manera ese espíritu viril o instinto que hay en nosotros y el efecto que nos produce cuando nos falla. "Los hombres pueden parecer detestables como las sociedades anónimas y las naciones; pueden ser pillos, tontos y asesinos, tener caras miserables y vulgares; pero el hombre, idealmente, es tan noble y magnífico, es una criatura tan grande, que ante una ignominia sus semejantes deberían correr y arrojarte costosos vestidos. Esa immaculada hombría que sentimos tan adentro, que queda intacta aunque parezca haber desaparecido nuestra personalidad-experimenta un dolor enorme frente al espectáculo de un hombre que ha perdido el valor. Ni la piedad misma puede sofocar completamente sus reproches contra el destino. Pero esa augusta dignidad de que trato, no es la dignidad de los reyes y de las vestiduras. La verás brillando en el brazo del que maneja el martillo o clava una estaca; esa dignidad democrática que el mismo Dios envía siempre a todos los seres". Hay, pues, algo que decir a favor de esta índole primitiva y animal que existe en nosotros. Thoreau, aunque tan espiritual, "reverenciaba" esa naturaleza más baja que había en él, que lo hermanaba con los brutos. Experimentó y apreció plenamente su efecto tónico. Y hasta que no tengamos una civilización mejor, más llevadera y más igualitaria para todas las clases, si es que debe haber clases, es tal vez una suerte que hayamos fracasado tanto en el intento de eliminar al "salvaje" que hay en nosotros, al "hombre primitivo", como algunos prefieren llamarlo. No un hombre primitivo respetable, pero sí bastante útil en ciertas ocasiones, pues acude en nuestra ayuda cuando necesitamos sus servicios por alguna circunstancia dolorosa.

## XIV

### El perfume de las buenasnoches

Camino a veces por un gran jardín donde se permite crecer a las buenasnoches, pero solo en el fondo del terreno, como si hubieran sido arrojadas contra el cerco, en hermosa confusión con espinos, zarzas y enredaderas silvestres; hacen compañía a unas cuantas amapolas aisladas, malvas, dedaleras blancas y rojas, y otras plantas ordinarias. Todas forman una especie de horizonte, un fondo adecuado para esas flores delicadas y valiosas. Presentan éstas un aspecto descuidado; sus tallos altos, insuficientemente vestidos de hojas, se alejan del contacto con el zarzo y tienen un algo de melancólico que sugiere a la imaginación la idea de una muchacha que, habiendo sido creada originariamente por la naturaleza para ser su más perfecto tipo de gracia y etérea hermosura, se ha desarrollado en exceso, perdiendo la fuerza y la belleza de sus formas, y que ahora vaga indiferente con un vestido descolorido y ajado, el pelo rubio desgredado y sus lúgubres ojos fijos en la tierra con la cual pronto habrá de juntarse.

Nunca paso por ese lugar lleno de maleza y de pálidas flores sin encorvarme para introducir la nariz en uno de sus capullos, luego en otro y otro, hasta que ese órgano, como una abeja industriosa, se cubre densamente de polvo dorado. Si después de un tiempo vuelvo a encontrarme en ese sitio, repito la operación con tanto cuidado como si se tratara de un rito religioso, y cada vez que ando por allí no puedo dejar de aproximarme para aspirar el perfume. Algo semejante le sucedía al gran doctor Johnson: le era imposible pasar cerca de un poste callejero sin tocarlo. Mi motivo, sin embargo, no es supersticioso ni uno de esos hábitos carentes de significado que contraen los hombres y de los cuales apenas tienen conciencia. Cuando vi por primera vez la buenasnoches donde ella es flor silvestre, flor de jardín y muy común, no la olía de cerca, pues solo me satisfacía aspirar su fragancia sutil diseminada por el aire. Y esto me recuerda que en Inglaterra no perfuma tanto como en las pampas de La Plata, especialmente al amanecer; aquí su fragancia, aunque en esencia es la misma, o se ha hecho menos volátil o ha disminuido mucho, puesto que uno no se da cuenta de que la flor posee un perfume hasta que lo aspira de cerca.

El único motivo por el que huelo esta flor es por el placer que me proporciona. Tal placer es infinitamente mayor que el que me dan otras flores mucho más famosas por su fragancia, porque es en gran parte mental y se origina en una asociación. ¿Por qué es este placer tan vivo y tanto mayor que el placer mental despertado ante la vista de la flor? Los libros nos dicen que la vista es el más importante de los sentidos- es el más intelectual, mientras que el olfato -el de menor importancia- es en el hombre el más emotivo. A grandes rasgos, eso es lo que ocurre. Lo explicaré de otra manera.

Sostengo en mis manos una flor de buenasnoches. En realidad, en este momento no tengo más que la pluma con que escribo estas líneas, pero me imagino de nuevo en el jardín y apretando la flor que me sugirió este

pensamiento. La vuelvo hacia un lado u otro, y aunque me agrada, no me deleita, no me emociona; ciertamente, no la considero muy bella, ya que puesta a la par de la rosa, fucsia, azalea o lirio, no atrae en absoluto la vista. En cambio, es como un eslabón que me liga a tiempos idos y trae a mi mente pasajes olvidados. Reconozco que la planta de donde la arranqué tiene un gran poder de adaptación, cualidad difícil de sospechar en ella si solo se la ha visto en un jardín de Inglaterra. Así recuerdo que, cuando por primera vez la conocí, era una flor de jardín que crecía ampliamente sobre una planta de gran tamaño, como aquí; en las noches de verano contemplaba sus capullos abiertos, amarillos y delicados, llamándola, cuando hablaba en castellano, por su curioso nombre nativo: dondiego de noche, y en inglés primula, simplemente. Recuerdo con una sonrisa el efecto que produjo en mi mente infantil descubrir que nuestra primula no era la primula. Luego, cuando tuve edad suficiente para salir a caballo por las llanuras, me sorprendí al saber que esa primula, diferenciándose de la dama de noche, campanillas y otras flores de la tarde de nuestro jardín, era también una flor silvestre. La reconocí por su perfume inconfundible; pero en esa planicie, donde el pasto era corto, la planta se veía pequeña, alcanzando a medir solo algunos centímetros; sus flores no eran más grandes que los "botones de oro". La encontré de nuevo en los montes pantanosos y en los bañados cercanos al río de la Plata; y allí se desarrollaba vigorosa, llegando en algunos casos a casi dos metros de alto, con grandes flores, pero de escaso perfume. Y también más tarde, en expediciones de mayor duración, a veces arreando ganado, la vi en abundancia extraordinaria, diseminada por la planicie, al sur del río Salado; en ese lugar era alta y fina, asemejándose a los pastos entre los cuales crecía, con flores bien abiertas de casi dos centímetros de diámetro, aunque no había más de dos o tres en cada planta. Finalmente recuerdo que, al tocar tierra patagónica por primera vez, en un sitio desierto de la costa, poco después del amanecer, percibí el conocido perfume flotando en el aire, y mirando a mi alrededor descubrí que crecía sobre la arena estéril, a algunos metros del mar; era baja y tenía el aspecto de un arbusto, con tallos rígidos, horizontales y una profusión de pequeñas flores simétricas.

La flor que tengo en la mano me sugiere todo esto, y además muchos hechos y momentos del pasado; pero mientras los recuerdo con alegría, experimento únicamente un placer mental, el que con frecuencia nos invade y es más bien leve. En cambio, cuando acerco la flor a la nariz y aspiro su perfume, siento un deleite infinito, un placer mucho más intenso. Por un lapso tan corto, que si fuera dable medirlo no ocuparía más que una fracción de segundo, ya no estoy en un jardín inglés, añorando el pasado, sino que me encuentro de nuevo en las hermosas pampas, durmiendo profundamente bajo las estrellas. (¡Querría dormir ahora tan profundamente bajo un techo!) Es el momento del despertar; abro los ojos y miro el puro arco del cielo sonrosado con los tenues colores del amanecer, y en el instante en que la naturaleza se muestra ante mi vista en su exquisita frescura y belleza matutina, siento en el aire el perfume sutil de la primula. Sus flores me rodean y se ven en esa enorme extensión por leguas y leguas, como si el viento de la mañana las hubiera arrojado del cielo, diseminando por millones sus pálidas estrellas amarillas sobre la superficie del pasto largo y seco.

No quiero decir con esto que cada vez que aspiro el perfume de la flor experimente ese fuerte placer que he descrito, ni reproduzca con nitidez escenas del pasado; solo me sucede con tal intensidad después de largos intervalos, después de semanas y meses, cuando la fragancia es, por así decirlo, nueva para mí y luego en menor grado en cada repetición, hasta que la sensación acaba por desaparecer. Si continúo aspirando el perfume de la flor una y otra vez, lo hago únicamente para acicatear el recuerdo o a la manera de un acto mecánico, como una persona que, habiendo perdido un objeto de valor en cierto lugar, pasa por él diariamente y, aunque sabe que no lo hallará nunca, mira siempre hacia el suelo con la esperanza de encontrarlo. Otros olores repercuten en mí de un modo semejante, aunque en menor grado, con excepción de uno o dos casos. Así, el álamo de lombardía fue uno de los árboles que primero aprendí a conocer en mi niñez, y desde entonces experimento una gran satisfacción cada vez que lo veo. Pero en primavera, cuando sus hojas recién abiertas exhalan un aroma peculiar, me siento en realidad niño otra vez; me veo entre miles de hojas de álamos que susurran quedamente al impulso del viento cálido de noviembre y resplandecen como plata bajo la luz del sol. Más aún: me veo trepando con agilidad por las delgadas ramas verticales, elevándome a una altura considerable para encontrar en el ángulo propicio, contra la blanca corteza del tronco, el niño pequeño y gracioso que buscaba, y alrededor de mi cabeza, mientras admiro los huevecitos que parecen perlas, revolotean los cabecitas negras, con sus alas doradas, articulando largas notas de inquietud. Todo esto viene y se va como la luz de un relámpago; pero la escena, con los sentimientos que la acompañan, la reproducción de una sensación perdida, es maravillosamente real. Nada de lo que vemos u oímos puede evocar de este modo el pasado. La vista del álamo, el susurro del viento en el follaje, el canto de los cabecitas negras de alas doradas, cuando los veo en cautividad, traen a mi mente el recuerdo de muchas cosas pasadas, y entre ellas, el cuadro que he descrito; mas es solo un cuadro hasta que la fragancia del álamo no llega al nervio olfativo, y entonces se convierte en algo más.

No dudo que mi experiencia sea similar a la de muchos otros, especialmente a la de quienes han hecho una vida rural y han ejercitado sus sentidos desde temprano para atender al mundo que los rodea. Cuando leemos de Cuvier (y el mismo hecho ha sido consignado respecto de otras personas) que el perfume de ciertas hierbas y flores humildes, que le fueron familiares en su niñez, lo afectaba siempre hasta las lágrimas, presumo que el punzante sentimiento de tristeza -tristeza por la pérdida de una felicidad pretérita- sucede a alguna representación tan vívida del pasado como la que acabo de relatar y a la pura y deliciosa reproducción de una sensación desvanecida. No solo el aroma y el perfume de las flores puede producir este poderoso efecto. El es causado por cualquier olor -no forzosamente desagradable que se asocie en cierto modo con algún período feliz de nuestra vida pasada: por ejemplo, el del humo de la turba, el de una cervecería o de una curtiduría, del ganado y las ovejas, del corral, del pasto, zarzas y carbón quemados; el olor húmedo de los pantanos y el olor "viejo y como de pescado" que hay en muchos pueblos y ciudades situadas a orillas del mar. También el olor del mar y de las plantas acuáticas, y el olor a tierra mojada durante las lluvias de verano, el del heno recién segado, el de los establos, el de la tierra que se acaba de arar y tantos otros que el



lector puede agregar a la lista, según su propia experiencia. Siendo esto algo tan común, puede pensarse que me he detenido demasiado en ello. Mi excusa es que algunas cosas son comunes sin ser familiares; y también, que ciertas cosas comunes no se han explicado aún.

Según Locke, a menos que refresquemos nuestras imágenes mentales mirando otra vez el original, ellas desaparecen y al fin se pierden. Bain parece tener la misma opinión, pues expresa: "La más sencilla impresión de gusto, olfato, tacto, oído y vista necesita repetición para perdurar". Cuando después de un largo intervalo vemos algo que no hemos olvidado, una casa por ejemplo, es probable que la imagen no sea distinta a la antigua y ya debilitada - a menos que se encuentre ahora en un marco diferente, sino que cubra la imagen anterior, por así decirlo, quedando de este modo más fresco el cuadro en la memoria. En su mayor parte, las impresiones que recibimos son, sin duda, muy transitorias; pero es un error, ciertamente, creer que todos los recuerdos visuales no renovados de ese modo se debilitan y desaparecen, puesto que cada uno de nosotros sabe por experiencia que muchas imágenes mentales de escenas que hemos contemplado solo una vez, y en algunos casos unos momentos, permanecen con persistencia en la mente. Pero en muy raras ocasiones vemos con el ojo mental, perfectas y con colores vívidos, las escenas recordadas; se asemejan a ciertas pinturas viejas, que siempre parecen opacas y oscuras hasta que, al pasarles una esponja húmeda, recobran el brillo perdido y la nitidez de sus contornos. Volviendo al pasado, la emoción desempeña el papel de la esponja húmeda y es mucho más poderosa en nosotros cuando después de largo tiempo sentimos cierto olor que nos ha sido familiar, asociado en algún modo con la imagen recordada. Pero, ¿por qué? No encontrando respuesta en los libros, me veo obligado a buscar una, verdadera o falsa, en la confusión de mi propia mente.

Considero que los olores -aunque importantes para nosotros- no pueden ser reproducidos en la mente como las cosas vistas y oídas, sino que, por el contrario, son olvidados de inmediato. Es verdad que en los libros el olfato está clasificado a la par del gusto y se lo considera muy inferior a la vista y al oído, por la razón (apenas valedera) de que debe haber un contacto efectivo entre el órgano olfatorio y el objeto que se huele, o una emanación material o parcial de tal objeto, aunque este mismo objeto esté a mucha distancia de la vista y hasta más allá del horizonte. La naturaleza nos muestra bien cuán falso es colocar el olfato y el gusto en la misma línea, y clasificarlos como inferiores y apartados de la vista y el oído. Antes bien, la extrema delicadeza del nervio olfativo eleva al olfato a la categoría de un sentido intelectual, colocándolo casi en el mismo plano de los dos superiores. Pero mientras los sonidos y las cosas vistas se retienen y pueden reproducirse a voluntad (pareciéndose sus recuerdos a la realidad), de un perfume no queda imagen alguna en el cerebro. Para ser más preciso, la representación de un olor o su presentimiento desaparece con tal rapidez cuando se hace cualquier esfuerzo por recobrarla, que no significa nada comparada con la presencia constante de figuras y sonidos. Imaginemos, por ejemplo, que hemos visto a menudo el castillo de Windsor; conocemos su noble aspecto, su historia y muchos otros detalles; cuando lo vemos de nuevo, nos parece familiar y nos causa la misma impresión agradable que en el pasado. Sin embargo, si después de una reciente visita tratamos de

reproducirlo mentalmente, aparece como un montón informe, confuso, blanquecino, que se borra inmediatamente para no volver jamás. Este caso representaría nuestra situación con respecto a los olores, aun los más fuertes y más conocidos. A pesar de nuestra incapacidad para recordarlos, nos esforzamos en hacerlo, y en el caso de algún perfume fuerte que hayamos aspirado en fecha reciente, la mente nos engaña, ofreciéndonos la débil sombra de un fantasma. Este esfuerzo vano o casi vano de la mente parece demostrar que en alguna época pasada de nuestra historia los olores significaron más que ahora para el hombre; que ellos podían entonces ser vívidamente reproducidos y que tal poder se ha perdido o por lo menos es ahora tan débil que resulta inútil. Bain, que en su obra *The Senses and the Intellect*, formula declaraciones diferentes y contradictorias sobre ese asunto, expresa una opinión con la cual coincido: "Haciendo un gran esfuerzo mental, acaso podemos llegar a recobrar un olor que hemos conocido mucho, como el aroma del café, por ejemplo, y si dependiéramos más de las ideas del olfato, podríamos conseguirlo mejor aún". Digamos, de paso, que la condición no es nada trivial; pero probablemente algunos salvajes y unas pocas personas civilizadas con un sentido del olfato muy desarrollado tengan más éxito. Como este sentido está más desarrollado en los perros que en los hombres, no es raro que esos animales retengan los olores con más facilidad que las imágenes y que puedan reproducir la sensación, como parecen demostrarlo sus contorsiones y olfateos cuando están soñando. Esta posibilidad de recobrar un olor fuerte o familiar, este confuso parche blanco, o, hablando metafóricamente, el fantasma de un olor, parece haber sugerido a los filósofos la idea de que es posible reproducirlos mentalmente. Bain, como ya lo advertí, se contradice a sí mismo, y, por lo tanto, exceptuando la frase que he transcrita, debe ser colocado entre los autores cuya opinión difiere de la mía, y con él McCosh, Bastian, Luys, Ferrier y otros que escriben sobre el cerebro y la mente. ¿Se copian unos de otros? Es muy raro que todos nos digan que sabemos muy poco acerca del sentido del olfato y lo prueben, afirmando que podemos recordar las sensaciones producidas por los olores, en algunos casos citando al poeta:

El perfume, cuando se marchitan las dulces violetas,  
Perdura en el sentido que él vivifica.

Al comenzar mis investigaciones sobre este tema, me alarmó seriamente leer las siguientes palabras de McCosh: "Cuando los órganos del gusto y del olfato, que, según Ferrier, ocupan la parte posterior de la cabeza, están enfermos o inutilizados, la reproducción de las sensaciones correspondientes puede ser confusa." Tan confusa era la reproducción en mi propio caso, aun la del aroma del café, que después de leer este pasaje empecé a temer que mi cerebro me hubiese engañado; por lo cual, para desvanecer mis dudas, consulté con amigos y relaciones. Todos trataban de recordar las sensaciones experimentadas por los perfumes que les eran más conocidos. El resultado de sus experimentos me devolvió la tranquilidad.

Exceptuando dos o tres mujeres, que declaraban no estar seguras todavía, los demás reconocieron con tristeza que eran menos capaces de lo que suponían; empezaron por tratar de recordar algunos perfumes, creyendo contar con la

apetito necesaria para ello. Les parecía que casi podrían hacerlo, pero luego vinieron las dudas, hasta que, por fin, sintiéndose impotentes y frustrados, se dieron por vencidos.

Un simple experimento mental puede servir para convencer a cualquier persona de que las sensaciones olorosas no se reproducen en la mente. Pensamos en una rosa, en un lirio o en una violeta, y cierto deleite acompaña el recuerdo; pero que este sentimiento es causado solamente por la imagen de algo bello a la vista resulta evidente al pensar en un perfume artificial o algún extracto o esencia de una flor. Sabemos que el extracto nos proporciona mucho más placer que el leve perfume de la rosa, pero no hay sentimiento de placer al evocarlo, no es más que una idea en la mente. Por otra parte, cuando recordamos un suceso en extremo doloroso del que hemos sido testigos, o un grito de pena o angustia que hemos oído, algo del sufrimiento experimentado en aquel momento se reproduce en nosotros, y es común oír decir a la gente:

“eso me pone triste”, o “me hace desmayar”, o “se me hiela la sangre cuando lo pienso”. Lo que es realmente verídico, porque al pensar en la escena vivida vuelven, en cierto modo, a verla y oírla. En cambio, si recordamos olores desagradables no nos sentimos afectados en absoluto. Podemos, con la imaginación, destapar latas de petróleo y saturar nuestros pañuelos con asafétida y ácido fénico, caminar detrás de un carro de estiércol o atravesar leguas de barro fétido en algún pantano tropical, alzar un animal pestilente como el zorrino y acariciarlo como si fuera un gatito, sin experimentar ningún sentimiento ni sensación de náusea. Podemos, si así lo deseamos, evocar todos los perfumes agradables y desagradables de la naturaleza, como Owen Glendower evocaba a los espíritus de la inmensa profundidad; pero, como éstos, aquéllos se rehusarán a venir, o vendrán, pero no como olores, sino como ideas, por lo que el hidrógeno fosforado no causará desagrado, ni placer la franchipana. Solo sabemos que los olores existen; que los hemos clasificado como fragantes, aromáticos, frescos, etéreos, estimulantes, ácidos y nauseabundos, y que cada uno de esos nombres genéricos comprende un gran número de olores diferentes. Los conocemos a todos ellos porque la mente ha aprendido a distinguir el carácter diferente de cada uno y conoce los efectos que producen en nosotros, y no porque en nuestro cerebro se haya registrado una sensación que puede reproducirse a voluntad, como en el caso de algo que hemos visto u oído. Es cierto que somos igualmente incapaces de reproducir los gustos. Bain admite que “estas sensaciones son deficientes con respecto al poder de ser recordadas”; aunque no descubrió el hecho por sí mismo, ni lo comprueba por su propia experiencia, diciéndonos simplemente que “Longet observa”. Pero el gusto no es un sentido emotivo. Yo sé que si tuviera que ingerir algún plato que antes me era familiar y que me gustara desde largo tiempo, aderezado, por ejemplo, con un condimento repugnante (para el paladar inglés), como granos de comino o ajo, alguna legumbre o fruta, silvestre o cultivada, que no haya visto nunca en Inglaterra, no me conmoviría como me sucede con un perfume, y me produciría tal vez menos placer que un plato de frutillas con crema. Porque en el sabor hay un contacto obvio con el órgano del gusto; la finalidad de lo que se come es satisfacer una necesidad corporal, dando al mismo tiempo un deleite momentáneo y puramente animal. Por lo tanto, para la mente, no está en la misma categoría, sino mucho más

abajo que ese algo invisible e inmaterial que vuela hacia nosotros, no para dar solo un placer a los sentidos, sino también para conducir, prevenir, instruir y traer a la mente hermosas imágenes de cosas desconocidas. En consecuencia, nuestra ineptitud para recordar sabores que hemos gustado antes no ha sido considerada como una pérdida y no se ha hecho ningún esfuerzo para recobrarla; esos sabores se perdieron y no valía la pena guardarlos. Esta es para mí, pues, la razón por la cual el olfato es un sentido emocional en tan alto grado, comparado con los otros; porque es intelectual, como la vista y el oído, y porque, a diferencia de éstos, sus sensaciones se borran. Cuando después de largo tiempo se percibe un olor olvidado, antes familiar y ahora estrechamente unido al pasado, la recuperación repentina e inesperada de la sensación perdida nos impresiona tanto como el descubrimiento accidental de un montón de oro escondido por nosotros en otra época de la vida y olvidado luego; o dei mismo modo que nos emocionaría encontrarnos frente a un amigo querido, a quien no veíamos desde hacía mucho tiempo y que suponíamos muerto. La sensación recobrada sorpresivamente es, para nosotros y por un momento, más que una simple sensación: es como rescatar algo del pasado irreparable. No nos emocionamos de este modo, o por lo menos en el mismo grado, viendo objetos y oyendo sonidos asociados con escenas pasadas, simplemente porque no hemos olvidado nunca las viejas imágenes y voces familiares, ya que son como fantasmas que han existido siempre en nuestro cerebro. Si, por ejemplo, oigo el canto de un pájaro que no he escuchado en los últimos veinte años, no me parece que en ese lapso no lo haya oído realmente, puesto que lo recuperé en la mente miles de veces; por eso no me sorprende o me llega como algo que, habiéndose perdido, se ha recobrado ahora y, por lo tanto, no me conmueve. Y así también ocurre con las sensaciones de la vista: no puedo pensar en una flor fragante que creció en mi hogar lejano, sin verla, y de tal manera puedo gozar siempre de su belleza, mas -por desdicha- su fragancia se ha desvanecido y no vuelve...

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

